

LOS GRANDES EXPLORADORES
ESPAÑOLES



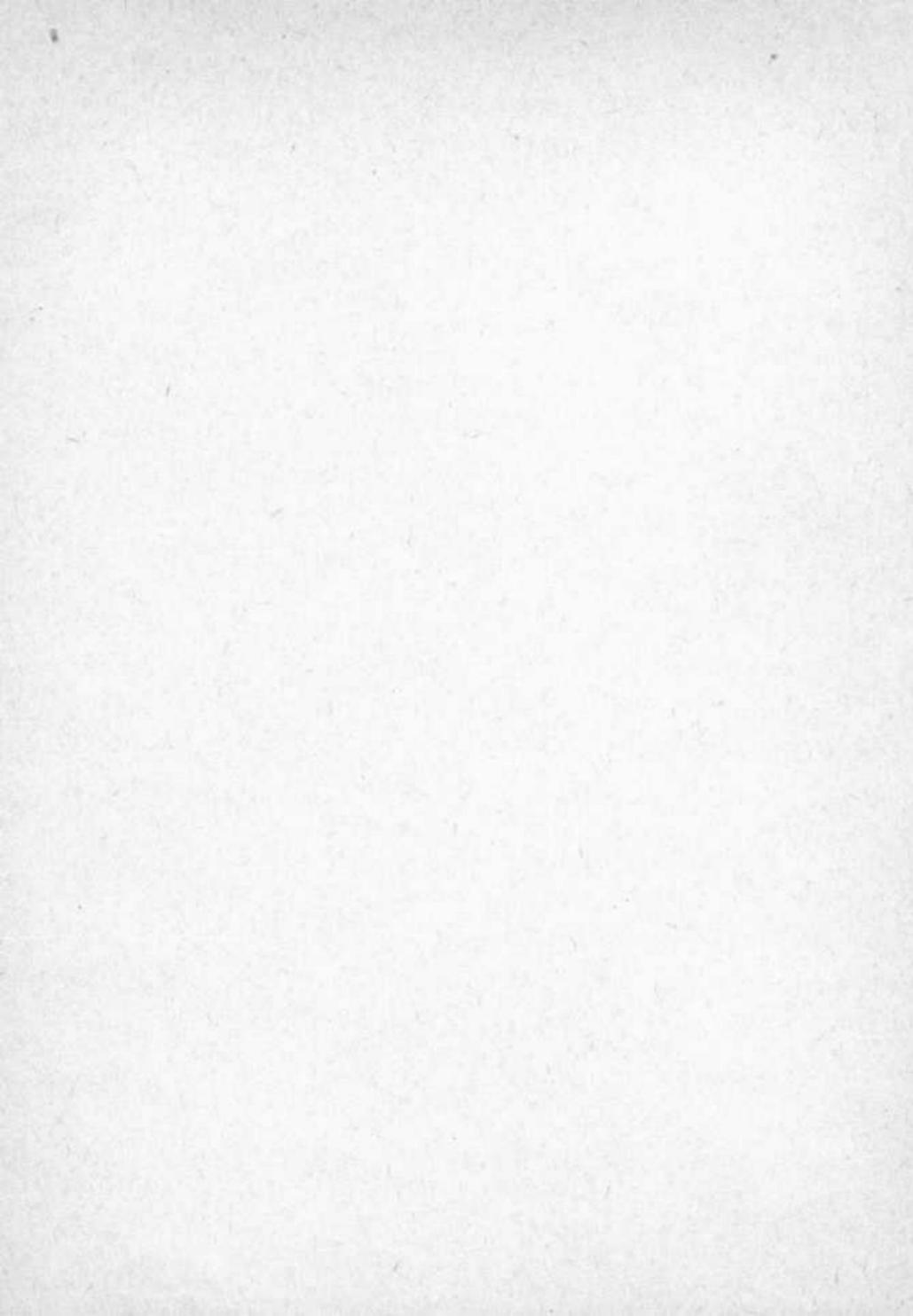
LA FUENTE
ENCANTADA



S. A. INDUSTRIAS GRÁFICAS



SEIX & BARRAL HERMS.



JUAN PONCE DE LEÓN

LOS GRANDES EXPLO-
RADORES ESPAÑOLES

OBRAS PUBLICADAS

EL DESCUBRIMIENTO DEL PACÍFICO
(Vasco Núñez de Balboa)

LA PUENTE ENCANTADA
(Juan Ponce de León)

EN PREPARACIÓN

LA CONQUISTA DE MÉJICO
(Hernán Cortés)

EL PAÍS DEL ORO
(Francisco Pizarro)

LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO
(Juan Sebastián Elcano)

SIETE AÑOS DE VIDA ERRANTE
*(Alvar Núñez, Cabeza de
Vaca)*

& & &

LOS GRANDES EXPLORADORES ESPAÑOLES

VOL. II

Juan Ponce de León

o
La Fuente Encantada

NARRACIONES NOVELESCAS DE LA CONQUISTA DEL NUEVO MUNDO

por

JOSÉ ESCOFET



1924





ES PROPIEDAD

COPYRIGHT 1924 by I. G. Seix & Barral Herms., S. A. - BARCELONA

I

Una aventura vulgar

El tropiezo aconteció en un estrecho caminejo de herradura, abierto entre la maleza de un bosque. El lugar era solitario y umbrío. Los árboles, muy altos y corpulentos, tejían con sus ramas un espeso toldo de follaje, no dejando ver sino leves vislumbres de sol. Paraje llano y bajo, en el Trópico, tenía la cálida humedad y la imponente vegetación de las espesuras del Nuevo Mundo todavía poco frecuentadas por el hombre. Una nube de periquitos y cotorras revoloteaban de rama en rama, en medio de una descomunal chillería, y si un momento cesaba su escándalo, oíanse entonces las finas trompetillas de los insectos y el silbido de la serpiente, oculta entre un enredijo de arbustos. Se hacía sentir un calor de infierno, repelente y terrible.

Una india que avanzaba por el camino con lentitud, llevando una cesta de frutas en la cabeza, sintió galopar un caballo a su espalda. Se volvió prestamente para verle venir y dejarle libre el paso. Aún no se habían familiari-

zado los indios de la isla Española con los caballos, y les tenían miedo; ante la carrera veloz del noble bruto, solían sentirse sobrecogidos de espanto, como si les atacara un león.

— ¡Eh, buena mujer! ¡Hazte a un lado! — gritó de lejos el hombre que venía caballero, viendo que la india vacilaba, no sabiendo por dónde escapar.

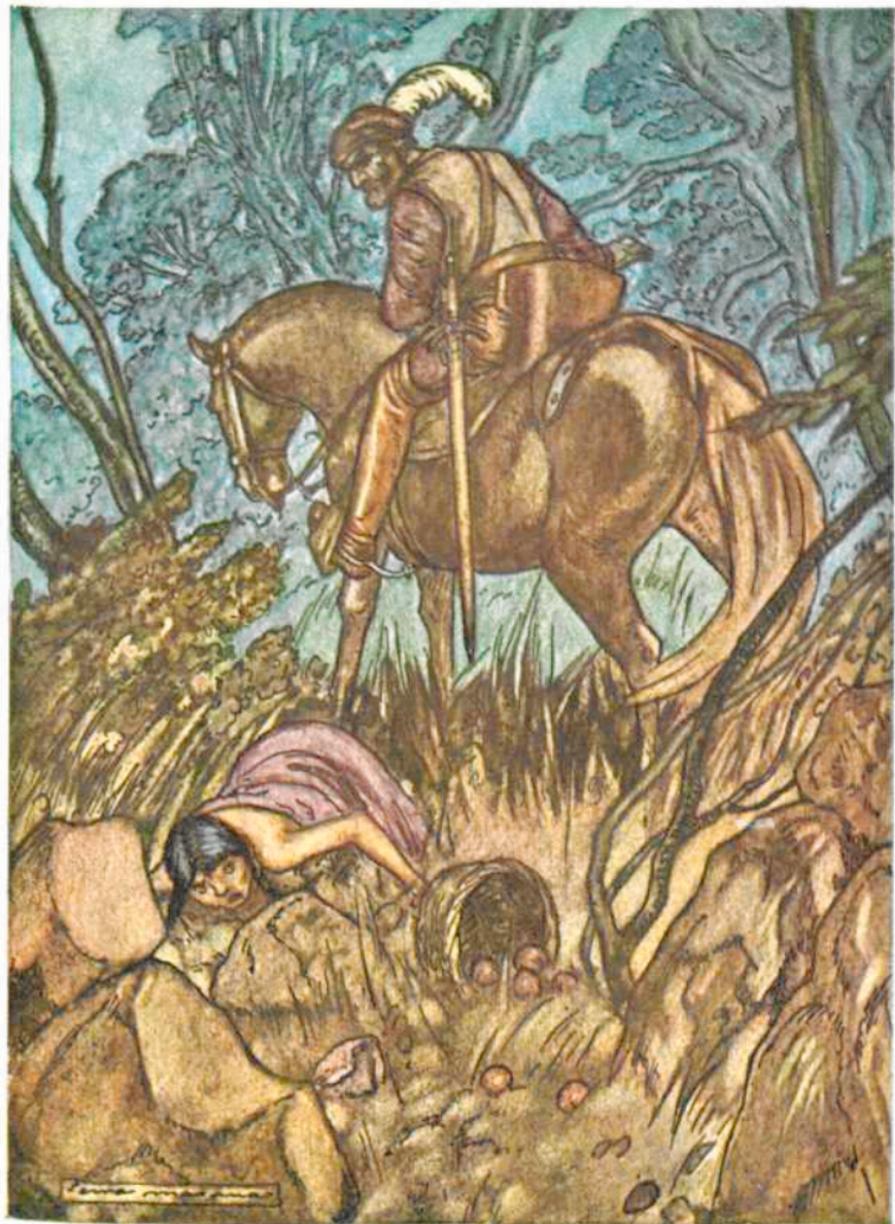
El camino era tan angosto, que la ramazón baja y espinosa hería al caballo en el pecho y en los ijares, haciéndole confundir la rozadura de una zarza con el acicate de las espuelas. Por esto le fué difícil al jinete detener la carrera, y la india, aunque quiso incrustarse entre los arbustos que le impedían la huída, lo intentó demasiado tarde, a causa de su azoramiento, y fué a caer, con su cesta, bajo las manos del brioso corcel.

— ¡Válgame Dios, qué torpeza! — exclamó el caballero, tirando con fuerza de las riendas, para detener al caballo, que se levantó sobre sus patas traseras. — ¿Te has hecho daño, mujer?

Saltó en tierra sin perder momento y acudió en auxilio de la caída.

— ¡A ver! ¿Qué ha sido? ¡Por vida de un corchete ladrón!...

La india no podía levantarse del suelo por sí sola, pero no exhaló ni una queja.



... y la india... fué a caer, con su cesta, bajo las manos del brioso corcel.

— ¡Perdón, señor capitán! Yo no había visto... — murmuró humildemente. Pero el dolor le había llenado de lágrimas los ojos.

El caballero observó que la pobre mujer tenía sangre en la cara y que se apretaba un tobillo con ambas manos.

— Déjame que vea si son de cuidado tus heridas — dijo —. Voy a curarte con vino, que es el mejor remedio. Espera...

Y se acercó al caballo, causante de la desgracia, que piafaba, impaciente. A la india le pareció que el animal, al relinchar, golpeando el suelo con sus cascos, le amenazaba con una nueva acometida. Asustada, hizo un esfuerzo para levantarse, y entonces no pudo detener un grito de dolor.

— ¡Eh! ¿Qué te pasa? — preguntó alarmado el caballero, que estaba registrando las bolsas de la montura, buscando su cantimplora.

Al volver la cabeza, vió que la india yacía en tierra, abiertos los brazos en cruz y, al parecer, privada de sentido. En torno suyo se veían desparramadas las frutas de la cesta, que se volcó al caer: mameyes, zapotes, naranjas y guayabas.

— Se ha desmayado — pensó el caballero —, y no voy a dejarla aquí, para que se la coman los mosquitos.

Probó de reanimar a la india vertiendo un poco de vino en su boca, que tenía entreabierta, y mojándole después las sienes con un pañuelo empapado del mismo licor. Pero la india continuaba inmóvil, como si no le quedara vida.

Viendo el caballero que sus esfuerzos por reanimar a la pobre mujer resultaban inútiles, adoptó la resolución de llevársela, atravesada en la silla, hasta la salida del bosque. A media legua de allí, debía haber algunos bohíos, si no andaba el caballero trascordado, y, aunque no hubiese bohíos, antes de ponerse el sol llegaría a Santo Domingo.

— Lo que no comprendo — siguió pensando el caballero, mientras apretaba la cincha al caballo y volvía a poner en su sitio la cantimplora del vino — es de dónde venía esta mujer ni adónde iba. Este bosque es pequeño, y a la salida debe de haber un poblado. ¡Ea! ¡A caballo! ¡Ya veremos!

Era hombre robusto, aunque ya entrado en años, y le fué fácil levantar en vilo a la india y atravesarla en la montura de su corcel. Montó él después, con agilidad asombrosa en quien debía haber cumplido ya el medio siglo, y sujetando con un brazo a la mujer privada, que llevaba delante, picó espuelas. El caballo partió velozmente, lanzando al aire el remolino de sus crines. Detrás

se quedaron la cesta vacía y las frutas abandonadas en medio del camino.

La carrera fué larga y tendida. Antes de que salieran del bosque, volvió la india en sí. Por consejo del caballero, rodeóle a éste la cintura con un brazo, y pudo incorporarse, al objeto de buscar una posición más cómoda. Y así, yendo ella fuertemente asida, pero sin decir palabra, siguieron corriendo por el cañón abierto en la espesura. Por fin, clarearon los árboles y se vió, combada y augusta, la inmensa bóveda del cielo.

— ¿Dónde está tu casa, mujer? — inquirió el caballero, a tiempo que sofrenaba al caballo. — ¿Vives lejos de aquí?

— No, señor capitán — dijo la india —. Río abajo está mi bohío, pero falta un trecho.

— ¿Te sigue doliendo el tobillo?

— Sí, señor capitán.

— Pues descansemos aquí, y veré lo que tienes.

El río pasaba cerca, deslizándose sosegado entre umbrrosa arboleda, que bien podía ser saucedal, según se inclinaban las ramas sobre el espejo de la mansa corriente. El lugar era fresco y abierto en dilatada llanura. Había hermosas palmas reales, que se balanceaban con elegante y rítmica inclinación, a impulsos de un vientecillo blando y casi melodioso. A corta distancia, se veían las grandes

masas verdes de los platanares, y, más lejos, los extensos campos de maíz. Detrás, quedaban los rumores inquietantes de la selva.

El caballero tomó a la india en brazos y la llevó a la orilla del río. Una vez la hubo dejado sobre la hierba, fué a mojar un pañuelo en el agua, para lavarle las heridas de la cara, que eran leves. Después le miró el tobillo; lo tenía la pobre mujer dislocado, y habría sido insensato que intentara llegar a su casa por su pie.

— Si no tienes prisa por irte — dijo el caballero — podemos esperar aquí a mis hombres, que me siguen, y ellos te llevarán. Se quedaron atrás, a la entrada del bosque, pero ya no deben estar lejos.

La india dirigió al caballero español una mirada de gratitud. Era un hombre alto y nervudo, de arrogante presencia; pero con la barba y el cabello grises, y la piel de la cara muy morena, muy arrugada y muy curtida. Vestía trusas y jubón de tela recia y colete de ante; calzaba botas altas de montar, y cubría su cabeza con un bonete de fieltro, donde oscilaba una pluma amarilla. La espada que pendía de su cinto era enorme, de puño cincelado y doble juego de gavilanes. Sujetos también en el cinto, llevaba un bolso de seda y unos guantes de piel.

— Eres capitán, ¿verdad, mi señor? — preguntó la india.

— Soldado viejo y de toda la vida. ¿No me conoces? ¿No conoces tú a Juan Ponce de León, que gobierna la provincia de Higüey? Este soy yo.

Le miró la india con espanto.

— ¡Juan Ponce de León! ¡Juan Ponce de León!... — hubo de repetir, teniendo los ojos muy abiertos y las manos juntas, en actitud de plegaria —. Juan Ponce de León es un castigo de mi raza, como Esquivel y el gobernador Ovando. Me engañas, señor; tú no eres mi enemigo.

El caballero se echó a reír, ante el temor de la infeliz mujer, y acercándose a ella, murmuró, bromeando:

— ¿Temes que vaya a comerte? Repito que soy Juan Ponce, soldado, en Granada, contra los moros, y en tierras del Nuevo Mundo, contra los indios rebeldes. El diablo me lleve si no digo la verdad. ¡Eh, no te asustes!...

La india volvió a desmayarse.



Para un soldado viejo, como hubo de llamarse a sí mismo Juan Ponce, aquella situación no podía ser embarazosa. Los soldados viejos obrarían generalmente, en casos tales, con indefectible simplicidad: se podía dejar allí a la india, o llevársela, para tenerla por esclava; de cual-

quier modo, la duda duraría un instante y la resolución sería en extremo sencilla.

Pero Juan Ponce de León, a pesar de sus canas y de su larga experiencia de la vida, era muy dado a soñar despierto y a dar a los hechos más insignificantes proporciones fabulosas. Ahora no cuidó de socorrer a la india con la diligencia de antes, sino que fué a sentarse a su lado y se puso a mirar el río con una atención impropia de las circunstancias. El río no tenía de particular sino que era clara su linfa y que estaban llenos de plantas acuáticas sus hermosos remansos.

Sin embargo, Juan Ponce veía reflejada en el móvil cristal, nada menos que una hazaña de su juventud. Una novelesca aventura que no sabía a punto fijo si la vivió realmente o la estaba inventando ahora su imaginación. Daba lo mismo, para el efecto de recrearse con ella, al evocarla o viéndola surgir de repente por obra y gracia de la fantasía.

Es el caso que allí iba Juan Ponce río abajo, caballero en un magnífico corcel, negro como la noche y más veloz que el viento. Juan Ponce tenía treinta años menos; era mozo y apuesto. Iba armado de todas armas, que relucían a la luz de la luna. La fantástica aventura era así realizada por la magia de la nocturnidad poética, muy conveniente a una aventura de amor. Porque Juan Ponce se llevaba

consigo, río abajo, a una encantadora princesa mora, hija del rey de Granada, de cuyo corazón se hizo dueño con sólo haberla mirado en los ojos una vez...

El grupo era hermoso: un caballo galopando a través de la vega granadina, perfumada por la flor del naranjo, y un gallardo doncel cristiano, que llevaba en sus brazos la dulce carga de una cautiva bella. Flotaban al aire las crines negras del caballo y las luengas vestiduras blancas de la mujer, y se rompía la luz de la luna en los bruñidos aceros del arnés y de las armas, que parecían de plata luminosa.

Eso es lo que veía Juan Ponce en el río; pero fué acercándose tanto, atraído por el encanto de aquella ilusión, que el agua reflejó su cara verdadera, y entonces vióse barbudo y canoso, arrugada la frente y apagado el fulgor juvenil de sus ojos. Volvióse luego a mirar a la dama tendida allí cerca, y vió que era una india de color leonado, no vieja, pero tampoco hermosa. Aparecía pobremente vestida con una burda manta enrollada al cuerpo; los pies descalzos, y el cabello hirsuto. Aquella mísera mujer tenía los ojos pequeños y oblicuos; la nariz, chata; los labios muy abultados, y las mejillas flácidas y mustias. ¡Qué distinta de la princesa mora! ¡Y qué diferente también él, Juan Ponce de León, del apuesto galán que imaginó el viejo soldado soñador!

Suspiró Juan Ponce con más tristeza que si hubiese perdido una batalla.

Había nacido el veterano en Tierra de Campos, allá por el año de 1460, y pertenecía a una de las familias palentinas más nobles y más antiguas. Educado en la corte de Aragón, fué paje del infante don Fernando, y habría hallado ocasión propicia a medrar, aumentando sus títulos de nobleza, si no le llevara su inclinación natural a la vida aventurera del soldado.

Juan Ponce no había nacido para vegetar, como planta de salón, entre las sedas y brocados de un palacio, ni le atraían los libros ni mucho menos le conmovía la piadosa ejemplaridad de los frailes. Tampoco sentíase muy orgulloso de pertenecer a una familia noble. El deseo vehementemente de ver mundo y de alcanzar fama de esforzado, orientóle hacia la guerra. Muy joven aprendió a manejar la espada y la ballesta, a montar a caballo, a resistir el empuje de una lanza enemiga, a permanecer sereno ante el peligro. Fué uno de tantos nobles españoles del siglo XV que no concebían la vida separada de las armas; y como en Granada quedaban infieles a quienes combatir, a Granada se fué y allí empleó sus energías batiéndose cien veces en defensa de la Cruz y del honor castellano.

España era en aquella época un maravilloso plantel de hombres bravos; para sobresalir entre tantos valientes,

se necesitaba ser un Gonzalo de Córdoba. Juan Ponce de León derramó muchas veces su sangre y peleó como un héroe, pero la gloria se le mostraba esquiva. Sus hazañas quedaban apagadas por otras hazañas, si no más grandes, sin duda más felices. Tenía ya Juan Ponce treinta y cinco años; llevaba tres lustros de estar en tratos con la muerte, en los campos de batalla, y aún seguía siendo un soldado con mando, pero sin gloria y sin fortuna. "Es un león en el nombre y en los hechos", decían sus camaradas; mas su fama no lograba traspasar los límites del campamento. Hasta que un día, cuando casi había perdido la esperanza de elevarse a la cumbre soñada, oyó hablar de los descubrimientos de Colón, y pensó hallar en tierras del Nuevo Mundo ancho campo para sus empresas y un éxito a la altura de su valor.

Es conveniente advertir que Juan Ponce, aunque disgustado de su mala estrella, no se arrepintió jamás de haber trocado el boato y la molicie de la corte por las penalidades de la guerra, ni tampoco se sintió un momento abatido ante los reveses. De carácter abierto y franco y ánimo alegre, perdía cien doblones en una mala jugada o rodaba mal herido por el suelo, en el fragor del combate, y se mantenía con el alma riente y ufano el corazón. Para soñar y para correr nuevas aventuras, nunca le faltaban ni tiempo ni ganas; zurcida y rezurcida su piel por las



cicatrices y herido más a fondo por los desengaños, conservaba todavía el candor de sus años juveniles y, a ratos, parecía el mismo inocente pajecito que sirviera a un príncipe aragonés.

¿Cuándo fué que se trasladó con sus sueños al Nuevo Mundo? El mismo no se acordaba, o aparentaba no acordarse, por no hacer cuenta de un pasado ingrato; hay indicios que permiten situar su salida de España en 1493, cuando Colón emprendió su segundo viaje a Indias; pero de cierto sólo se sabe que se hizo a la mar el 13 de febrero de 1502, partiendo de Sevilla con la escuadra de Nicolás de Ovando, nombrado entonces gobernador de la Española.

Ya era Juan Ponce un hombre maduro y le tenía Ovando por uno de sus mejores capitanes. ¿Por qué había cruzado ya el Océano? No se sabe. ¿Por ser soldado experto y valeroso? Esto es lo seguro. Lo que aquí más importa es observar que, en el año de 1502, Juan Ponce de León no arribó a las playas americanas como un *Don Nadie*; era un oficial distinguido a quien el gobernador otorgaba protección y amistad sincera. Tanto es así que en seguida se le confiaron los cargos de más responsabilidad y las misiones más delicadas. Se le estimaba por valiente, lo mismo que por discreto y por leal. Juan Ponce, aunque ambicioso, era incapaz de traicionar a sus supe-

riores. Quizás por esto, por vivir tan distante de la intriga y la doblez, se pasó tantos años andando aperreado tras la fortuna.

El gobernador Nicolás de Ovando tenía la mano dura para reprimir rebeliones de los indios, y puede decirse que la mano de Ovando era Juan Ponce de León. A este le tocó ser uno de los capitanes que más se distinguieron en la pacificación de la isla, y obra suya fué la paz en la provincia de Higüey, donde habitaban las tribus más indómitas. Al fin iba el capitán palentino adquiriendo fama, bien que esa fama fuera triste, por tener por origen el terror de los indios. No era una fama así la que deseaba Juan Ponce; pero el destino manda: obligado a imponer por la fuerza la soberanía de España en tierras indianas y estimando en más la vida de un español que la de cien salvajes, extremó con éstos el rigor, cuando necesitó someterles, y les hizo pagar con sangre los desmanes, que, a su entender, eran traiciones.

Pero Juan Ponce de León no era cruel sino las veces que le forzaba a serlo la necesidad. A través de todas sus aventuras y reveses, habituado a la lucha y ya casi insensible a los golpes más rudos, conservaba su ingenuidad de incorregible soñador y tenía el corazón como el de un niño. ¿No es noble el león en su misma fiereza? Pues así era Juan Ponce. Pesaba como un mazo su guantelete de

hierro, pero jamás una intención aviesa guió su mano. Pudo de este modo devastar una provincia y dolerse luego de ver una india atropellada por su caballo; que el hombre fiero en la guerra puede mostrarse como un cordero en la paz, y una cosa es atravesar con la espada a un enemigo y otra muy distinta ser insensible al dolor ajeno.

El caballero que llevó a la india en brazos hasta la orilla del río y que después se puso a pensar fantasías, fijos los ojos en la corriente cristalina y mansa, era capaz todavía de dar crédito a un cuento de hadas. Tras la coraza del guerrero, vivía, ignorado de todo el mundo, un simpático y cándido poeta.



Ya se disponía el capitán español a socorrer a la india nuevamente, una vez vuelto en sí de su sueño, cuando se oyeron recias voces y pisadas de caballos, señal de que había llegado la pequeña escolta de Juan Ponce.

— ¡Eh! ¡Por aquí, Ortubia! — gritó éste —. ¡Aquí estoy, junto al río!

— ¡Allá vamos, capitán! — contestó una voz enérgica y joven.

Momentos después, llegaban hasta veinte soldados,

todos a caballo. Al ver desmontado a Juan Ponce y a una india tendida en el suelo, saltaron de sus estribos y se mantuvieron de pie, a respetuosa distancia, sin abandonar las riendas de sus cabalgaduras.

— ¿Os ha ocurrido un lance? — preguntó Juan Pérez de Ortubia, el teniente, mozo de buena figura y agraciado semblante —. ¿Qué le pasa a esa mujer, que parece muerta?

— La tropecé en el camino y la pisó mi caballo; pienso que tiene roto un tobillo — dijo Ponce de León.

Se destacó un hombre bajito y rechoncho de entre los soldados, y pidió la venia del capitán para observar de cerca a la india. Era González, Juanuco González, que presumía de estar iniciado en todo ramo del saber humano y servía para todo menos para su oficio de guerrero: era fama que no se hubiera hallado en Indias hombre más tímido ante el peligro.

González se inclinó sobre el rostro de la mujer desmayada, y en seguida volvió a enderezar el cuerpo, dándose una fuerte palmada en la frente.

— Es Banoa, una espía — dijo —. La conozco bien; servía de correo entre las tribus rebeldes del Higuey. ¡Mala peste! Creo que lo mejor que podríamos hacer con ella es arrojarla al río.

— ¡Aparta, necio! — replicó el capitán —. La guerra

ha terminado, y esta pobre mujer ya no puede hacernos daño alguno.

— Pero lo hizo ¡voto al diablo! — hubo de insistir González —. Si no quiere su merced arrojarla al río, al menos podría permitirnos que le cortáramos las orejas.

— Con pobres mujeres desmayadas te atreverías tú, cobarde, y no con hombres — rugió Ponce de León, arrugando el ceño —. A ver si te corto a ti la lengua y acabas de decir impertinencias.

González se sonrió con malicia y dijo:

— Advierta su merced que la lengua es lo más útil de mi persona, pues hablo el lenguaje de los indios y sirvo mejor con mi lengua que otros con su espada.

Era la verdad. Juan González, un poco letrado, otro poco curandero, cirujano en casos de urgente necesidad, cocinero siempre que hacía falta, tañedor de vihuela y hasta inventor de coplas y romances, contaba entre sus muchas habilidades la de entenderse con los naturales del país, hablándoles en su propia lengua. Llevaba muchos años de residencia en el Nuevo Mundo y era un excelente auxiliar en las exploraciones, como inmejorable intérprete. Tenía dos grandes defectos: su cobardía y su afición al vino; pero se lo toleraban los camaradas en gracia a lo mucho que les servía y a los buenos ratos que les proporcionaba con sus travesuras y donaires. El mismo

Ponce de León, que ahora parecía reñirle, indignado, nunca fué con él severo sino en los dichos: le amonestaba, empleando los términos más duros; mas nunca de las amenazas pasó a las obras.

— ¡Vamos! ¡Pronto! — ordenó el capitán, dirigiéndose al rechoncho Juanuco —. Mira si puedes curar a esta mujer, y sobre todo haz por que vuelva en sí de su desmayo.

González se ocupó en auxiliar a la india, y el capitán, cogiendo a Ortubia de un brazo, se fué con éste paseando por la orilla del río.

— ¿Creéis vos que el gobernador me permitirá dejar la provincia de Higüey y explorar la isla grande de Oriente? — preguntó Ponce de León.

— No lo he dudado un momento — dijo Pérez de Ortubia —. En el Higüey no se mueve ya ni un mosquito, gracias a vuestra campaña, y la exploración de las islas promete un rico botín. Por cierto que tal vez esa india Banoa, siendo, como dice González, una espía, podría daros noticias de la tierra adonde queréis ir. Preguntadle, y si algo sabe, soy de la opinión que no la dejéis marchar.

— No está mal pensado — observó el capitán —; he de seguir vuestro consejo; pero lo más importante es que Ovando acceda a mis súplicas.

— Seguramente le interesa teneros cerca, pues le ser-

vís con lealtad y harto provecho. No dejará, no obstante, de premiaros vuestros servicios, otorgándoos la autorización que vais a pedirle; pues con ello, al mismo tiempo que os recompensa, sirve los intereses del rey, nuestro señor. Todas las islas han de ser exploradas y lo mismo la costa firme, para gloria de España.

— Decid también que para gloria nuestra. ¿No mereceremos nosotros que se pronuncie nuestro nombre con admiración, si al fin realizamos una empresa digna de ser recordada?

— Cierto que sí, y aún podemos hacernos ricos, si encontramos oro.

Ponce de León movió la cabeza, demostrando que no le interesaba el oro tanto como la fama.

— Vale más ser un gran capitán, Ortubia — dijo —. Vale más asombrar a las gentes con nuestras hazañas.

Entretanto González había lavado cuidadosamente las heridas de la india Banoa y estaba examinándola el tobillo. Los soldados se dividieron en dos grupos: uno se quedó charlando junto a los caballos, que pacían la hierba fresca; otro rodeó a la india, para ver cómo la curaba González.

— ¿Qué hay? ¿Tiene roto el hueso? — preguntó un mocetón de largos y retorcidos bigotes y facha de espadachín.

— No hay hueso roto; pero la torcedura es para ha-

cer chillar a un hombre tan fuerte como vos. Tiene para estarse echada quince días o tres semanas. Pero callad; ya parece que vuelve a la vida.

En efecto, la india comenzó a quejarse débilmente, mientras Juanuco la vendaba hasta media pierna con una tira de lienzo que arrancó de una capa vieja.

— Pues la moza, aunque chata y morenilla, se puede mirar — dijo un soldado —. Sería lástima que se quedara coja.

— Mucho más feas las he visto, ¡por mi salud! — atestiguó otro mirón.

— Yo os digo que daría por ella hasta diez pesos de oro, la mitad de mi fortuna — declaró, a su vez, el de los grandes bigotes, que apoyaba las manos en el cañón de su arcabuz, teniendo el cuerpo muy inclinado hacia adelante, como para observar de más cerca a la india.

González se incorporaba en aquellos momentos. Había permanecido de rodillas, y, al levantarse, chocó su cabeza violentamente contra la barbilla del soldado bigotudo.

— ¡Mal rayo! Me habéis deshecho la quijada. ¡Vaya un modo de topar, señor Carnero! — gritó.

— ¡Por las barbas de un chivo, que sois necio! — dijo González, llevándose la mano a la parte dolorida —. ¿Es que tenéis los ojos en el cogote? ¿O es acaso que os impiden ver las puntas de vuestros mostachos?

La india Banoa, al abrir los ojos y verse rodeada de tantos hombres, creyó que éstos se habían reunido para jugarle a ella una mala pasada. Verdad es que tampoco podía tener muy tranquila la conciencia, si era espía, y que motivos de zozobra no le faltaban.

— ¡No me hagáis daño, por vuestro buen Dios! — suplicó, juntas las manos y sentada en el suelo.

Se acercaron Juan Ponce y el teniente Ortubia. El primero dijo a la india:

— Vas a venir con nosotros a Santo Domingo; pero nada temas, que ningún mal queremos hacerte. Sé que has sido espía de los rebeldes del Higüey. No importa. Tus amigos pagaron cara su traición, y agua pasada no mueve el molino. Ahora vas a servirme a mí. Dime, ¿tú conoces la isla de Boriquen?

— Nunca he estado en ella, señor capitán — declaró Banoa —. Bien puedes creerme, pues digo la verdad.

Juan Ponce se quedó pensativo.

— Tú no habrás estado en la isla — hubo de observar Pérez de Ortubia —, pero tienes noticias de lo que hay allí. ¿Crees que ignoramos tus correrías y tratos con los caciques? Aquí tienes un castellano que te conoce bien.

Y señaló con el dedo a Juanuco.

— Sí que te conozco — dijo éste, sonriendo con picardía —. ¿No recuerdas al indio Chiriquí, a quien los de

tu tribu tenían por caribe? Pues Chiriquí era tan indio y tan caribe como tu padre fraile. Yo soy Chiriquí; mírame bien, mujer.

Banoa miró a González con ojos donde se reflejaban a la vez la sorpresa y el espanto.

— ¡Chiriquí! ¡Chiriquí! ¡Qué gran pícaro era Chiriquí, que supo burlaros a todos! — insistía González, puesto en jarras y torciendo la boca con mohín grotesco.

Los soldados, que observaban la escena en silencio, no pudieron contener la risa. Juan Ponce siguió interrogando a Banoa.

— Dime lo que sepas de la isla de Boriquen, y prometo pagarte los informes que me des con la libertad de los tuyos. ¿Trabajan tus padres en las minas? ¿Han entrado en algún repartimiento? Eso no debe inquietarte; yo los sacaré de donde estén. Pero habla pronto. ¿Hay en la isla de Boriquen tierra buena y abundante para la labor? ¿Se conoce allí el oro? ¿Son muy fieros los hijos del país? No esperes a que tenga que tirarte de la lengua ¡voto al infierno! porque no estoy nunca sobrado de paciencia.

— La isla de Boriquen es buena, señor, y de oro tiene las arenas de sus ríos — declaró, al fin, Banoa, toda temblorosa —. Tiene montes muy altos y campos adecuados al cultivo del maíz. Allí se dan las frutas como aquí, y hay buenos plátanos, y piñas, y nísperos, y guayabas,

y anones y mameyes. Los indios son mansos, pero se defienden cuando los atacan los caribes y saben pelear. Yo nunca he estado en aquella isla, pero he conocido hombres que sí estuvieron y gustaron de la hermosura de sus valles. Y no sé más; aunque me mataras, no podría decirte más. Vosotros los españoles, que sois tan valientes y a todo os atrevéis, sabréis conquistar para vuestro rey la isla de Boriquen y someter a sus moradores, mal que les pese. No hay poder humano que resista a vuestro ardimiento y porfía. Lleváis el rayo en el cañón de vuestros arcabuces y es terrible el tajo de vuestras espadas. El buen Dios está con vosotros. Ve a la isla de Boriquen, Juan Ponce de León, y la isla será tuya. ¿Puede haber en el mundo otros hombres más bravos y porfiados que tú? ¡Desdichados los que intenten rechazar-te! ¡Correrían la misma triste suerte de los rebeldes del Higüey!

Ya que no podían aprovecharle mucho a Juan Ponce los informes de la india, al menos le halagó el tono de alabanza con que Banoa hubo de pronunciar sus últimas palabras. Dirigiéndose a su teniente, dijo:

— ¡Riño con Ovando si no me deja meterme en Boriquen! Voy a comprometer en la empresa todo el oro que tengo y mi honor de soldado. Quiero añadir nuevos florines a la corona del rey.

— Os auguro una gran victoria — afirmó Ortubia con una energía que transparentaba la más firme convicción.

Caía la tarde y se inclinaba el sol a su ocaso con soberano lujo de resplandores. Era la agonía augusta de las tardes serenas en el Trópico. Por la inmensidad del espacio navegaban las nubes incendiadas, apareciendo el azul del cielo brillantado por un polvillo luminoso, que descendía hasta dorar la llanura exuberante. Volaban los pájaros a bandadas de miles y miles, yendo a llenar de rumores dulcísimos las copas de los árboles, y algunos, los de plumaje más vistoso, se posaban en las ramas más bajas, como para dejarse ver, llevados tal vez del instinto de la coquetería. El río, oculto entre la densa ramazón de sus árboles desmayados, pareció elevar el tono de su eterno soliloquio, mientras pasaba, acariciando la pompa de los campos, un aire suave, pero caliente y húmedo, como vaho de la selva.

Juan Ponce de León dió orden a sus hombres de que se dispusieran a montar otra vez a caballo. Mas antes debían dejarle a él tomar ventaja, pues gustaba de marchar muy destacado y delantero. Tenía ya un pie puesto en el estribo, cuando, de repente, pasó una flecha silbando tan cerca de su cabeza que se le llevó el bonete.

— ¡Rayo de Dios! — gritó, saltando a los lomos de

su caballo con presteza —. Por ahí debe haber indios emboscados. ¡Estad atentos, que tiran a dar!

Pasaron volando y silbando otras flechas, yendo a perderse en la arboleda del río.

— ¡Juraría que tiran desde el bosque! — dijo Pérez de Ortubia.

— ¡Pues montad y vayamos al bosque! — ordenó el capitán.

Luego, viendo a Juanuco González que se había agachado, vuelto de espaldas y mostrando la parte más carnosa del cuerpo, dióle voces para que se enderezara y montase a caballo.

— ¡Eh, tú, cobarde! No quieras que te llegue yo a las ancas con el pie. ¡Al bosque todos!

Partieron todos a galope tendido con dirección al bosque. Iba delantero Ponce de León, y atrás, muy rezagado, seguía González. Al llegar a la entrada del bosque, se dividieron en varios grupos, por orden del capitán, y se internaron en la espesura. Fué una batida inútil. Si los indios habían tirado escondidos entre la maleza o desde las copas de los árboles, tiempo y ventaja tenían para haberse puesto fuera del alcance de sus perseguidores. Los indios eran ágiles y conocedores del terreno: sabían deslizarse a rastras, como serpientes, por entre los zarzales espinosos, y también, subidos a los árboles, saltar de rama

en rama, como los monos. La maraña de arriba no era menos complicada y tupida que la de abajo. No ya cazar a los emboscados, ni siquiera verlos se podía. Ponce de León comprendió que estaba perdiendo el tiempo en una persecución ineficaz; optó por abandonarla y seguir su camino a Santo Domingo.

— Vámonos de aquí — dijo a sus soldados —. Está muriendo la tarde y quiero llegar a la ciudad con luz de día. Esos se han perdido como granos sueltos de trigo en un pajar; no daríamos con ellos ni que los estuviéramos buscando hasta mañana. Vamos a recoger a la india Banoa, que dejamos junto al río.

Pero tampoco hallaron a la india, aunque la buscaron largo rato por entre los cañaverales y miraron todos los rincones donde sospechaban podía haberse escondido.

— ¡Parece cosa de brujería! — observó el capitán —. No podía ni tenerse en pie; yo lo he visto, lo ha visto también Juanuco, que entiende los males. No eran falsas sus quejas, estoy cierto. ¿Cómo ha podido, pues, escapar?

— ¡Son el diablo esos salvajes! — dijo un soldado —. Quizás se ha tirado la india al río, si sabía nadar. La corriente es mansa y se lleva fácilmente a una persona.

— O acaso vinieron a buscar a Banoa los mismos que

nos tiraron las flechas, mientras nosotros creíamos andar tras ellos — advirtió el teniente Ortubia.

— Alas para que huyera volando, no tenía — añadió González —. Pero ya os dije que era una mujer mañosa y embustera; habría sido medida de prudencia cortarle la lengua y las orejas o dejarla coja de los dos pies. ¡Mala peste!... La mejor india no vale ni para hacer tambores con su piel. ¡Que el diablo las lleve a todas!

Ponce de León, aunque muy contrariado, hubo de resignarse a seguir su camino. Aquel día no le salían bien las cosas. Menos mal si al gobernador Ovando no le daba la ventolera por mandarle otra vez a la provincia de Higüey, y entonces tenía él que hacer una hombrada, rebelándose contra la autoridad del representante del rey, por primera vez en su vida.

— ¡Ya veremos lo qué pasará mañana en Santo Domingo! — dijo, al poner pie en el estribo nuevamente.

Y contra su costumbre, no se destacó de la escolta, permitiendo a su caballo marchar al paso de los demás. Iba pensativo y malhumorado, como hombre a quien solicitan a un mismo tiempo la esperanza luminosa y la duda sombría. De pronto, volviéndose a Pérez de Ortubia, que marchaba a su lado, murmuró:

— Vale más la fama que el oro, os lo repito. ¡Qué gran cosa es ser un famoso capitán!

II

De Palacio a la herrería

Nicolás de Ovando llevaba ya siete años gobernando la isla Española cuando fué a pedirle Juan Ponce autorización para explorar las tierras de Boriquen.

El gobierno de Ovando se había significado por los beneficios materiales que proporcionaba a la Corona. Era el gobernador uno de los pocos españoles con mando en Indias que sabían servir al rey con lealtad y provecho, trabajando al mismo tiempo por la prosperidad de las colonias.

Es de justicia, al par que conveniente para la fácil comprensión de los sucesos que se irán narrando en estas páginas, dedicar unos párrafos a la obra fructífera de Ovando, que, repetimos, fué un excelente mandatario de la Corona y un español a quien debe la patria inolvidables servicios.

Joven todavía, pues nació en 1460, fué nombrado gobernador de la Española — que los indígenas llamaban Haití, significando con esta palabra bárbara la aspereza

de la tierra virgen — allá por los albores del siglo XVI. Nicolás de Ovando había sido favorito del rey Fernando y ostentaba títulos de nobleza, entre ellos la encomienda de Lares, en la Orden de Alcántara. Pero ni sus limpios blasones ni la estimación en que le tenían los reyes Isabel y Fernando, despertaron la vanidad en su alma ni torcieron el recto camino de su vida.

Es ello digno de que se observe con atención, porque no era lo frecuente en aquellos tiempos, ni lo es ahora, entre cortesanos favoritos. Por el contrario, casi todos los hombres que llegaban al Nuevo Mundo provistos de cédula real, o sea un poder otorgado por los monarcas, se distinguían por su codicia desatada, por su orgullo insolente y por su carencia absoluta de condiciones adecuadas al mando. Escogían los reyes a los gobernadores de Indias entre los caballeros de la Corte, que, generalmente, llevados de su necia vanidad o de su loca ambición, iban a destruir la obra felizmente comenzada por un puñado de aventureros de sangre plebeya, pero de corazón heroico.

Nicolás de Ovando quiso merecer la confianza regia antes y después de haberla conseguido. Se embarcó para trasladarse al Nuevo Mundo cuando sólo contaba cuarenta años, y tal era ya su arraigo en la Corte, que su escuadra fué la mayor de cuantas hasta entonces habían

hecho rumbo hacia las tierras descubiertas por Colón. Componíase de treinta bajeles, capaces de contener hasta 2.500 personas y una enorme provisión de víveres, armas, aperos de labranza, caballos y otros animales que se deseaba aclimatar en los países del otro lado del Océano. Figuraban en la expedición muchos caballeros nobles, llevando algunos consigo a sus familias, así como artistas y obreros para la construcción de edificios, un médico, un cirujano, un boticario y una guardia de veinte escuderos para el gobernador. Además, para que pudiera presentarse Ovando con la dignidad que realza la importancia de un alto cargo, se le permitió el uso de sedas, brocados, piedras preciosas y otros adornos entonces prohibidos en España a causa de la ostentación excesiva de la nobleza.

Sin embargo, aunque Ovando estimara este último favor del soberano, por ser una prueba más de confianza y simpatía, jamás demostró el menor apego a las pompas vanas. Por el contrario, su inclinación espontánea le adelantaba mucho al espíritu de su tiempo; prefería significarse por su sobriedad y llaneza, llevando a tal extremo el amor por las costumbres sencillas y por las relaciones cordiales, que hasta prohibió que le dieran tratamiento.

La magnífica escuadra de Ovando llegó mermada a la Española, por haberla sorprendido un temporal que hizo naufragar una carabela y ocasionó la pérdida de un cen-

tenar de vidas humanas. Pero, pese a este sensible contratiempo, aún era la escuadra lo suficiente numerosa para dar a la colonización de la isla un considerable impulso. Por otra parte, las disposiciones del nuevo Gobernador fueron atinadísimas desde el primer momento, aunque vieran acompañadas de un extremado rigor en el castigo de los españoles desmandados y de los indios rebeldes.

Antes que Ovando, había tenido el gobierno de la isla Española un hombre de muy holgada conciencia, de muy pocos escrúpulos y también de una avaricia insaciable; atribiliario, rencoroso, cruel con los indios, perseguidor obstinado del mérito, enemigo de Cristóbal Colón, a quien envió a España cargado de cadenas, y contraventor de las disposiciones reales; en fin, uno de tantos personajes vacuos, pero exageradamente ambiciosos, a los que la Corte enviaba al Nuevo Mundo, creyéndoles capaces de gobernar con acierto, aunque demostraban después ser juguete de sus pasiones y sólo atendían a su conveniencia particular. Dicho personaje, llamado Francisco de Bobadilla, había cometido tantas arbitrariedades y tantas torpezas, que la isla no daba de sí provecho alguno y la colonización no adelantaba un paso. Los naturales del país emigraban buscando en otras islas la libertad; los colonos, viéndose despojados de cuanto obtuvieron como fruto de sus desvelos y rudos trabajos, clamaban en vano justicia; los sol-

dados vivían en una continua francachela y en el más espantoso desorden.

Podemos atribuir a este estado de cosas, por demás deplorable, la dureza del gobierno de Ovando, aunque tuvo éste la debilidad — otros dirían injusticia — de inclinarse a la benevolencia sólo cuando los culpados eran españoles, mostrándose, en cambio, inflexible con los hijos del país. Pero ¿quién, en su lugar, no habría distinguido igualmente a sus compatriotas con una mayor dosis de tolerancia? No puede haber un grande hombre sin defectos, y el defecto que Ovando tenía, entre sus excelentes cualidades, era el de llevar su rigor con los indios rebeldes a extremos muy duros y muy crueles. De no haber ido demasiado lejos en la represión, su gobierno habría dado todavía más sazonados y abundantes frutos.

Al principio, sin embargo, no fué exagerado en los castigos. Hizo cuanto pudo por ordenar lo que Bobadilla dejara espantosamente desarreglado, y declaró libres a los indios, acatando las sabias y humanitarias disposiciones de los Reyes Católicos; pero los indios, acostumbrados a vivir sin hacer nada, no querían trabajar en las minas de oro y otros metales, que el Gobernador necesitaba mantener en explotación para enviar a España los beneficios, y obtener así de la Corte un apoyo constante. Por otra parte, en distintos puntos de la isla estallaban frecuentes rebeliones,

cuya consecuencia inmediata era la devastación de los poblados y de los campos que un trabajo tenaz había hecho florecientes. Vió Nicolás de Ovando que con blanduras no conseguiría sino continuar la desdichada administración de su antecesor, lo cual le ponía fuera de sí, y ello le determinó a pedir a los soberanos españoles más amplios poderes para gobernar según su leal saber y entender, libre de trabas y limitaciones.

Contestaron los reyes a esta petición facultando a su mandatario para que hiciera trabajar a los indios, aunque siempre con moderación y dejándoles tiempo para el descanso y para instruirse en la doctrina cristiana; y expresaba asimismo la disposición real, de modo explícito, que debía pagarse a los trabajadores, religiosamente, su salario.

Ovando, una vez tuvo en sus manos el documento que le autorizaba para modificar el régimen hasta entonces seguido, dió a cada colono español un número considerable de indios, que debían dedicarse a la explotación de las minas y al cultivo de la tierra; organizó un sistema de enseñanza, y, en fin, empleó a la soldadesca ociosa en la pacificación de las provincias alzadas contra la autoridad de Castilla. Trabajaba él también sin descanso, unas veces poniéndose al frente de sus huestes para batir a los rebeldes, otras recorriendo la isla y estudiando su geografía

sobre el terreno, lo que le permitió levantar un mapa, excelente en aquellos tiempos. Por último, aceleró la construcción de casas en Santo Domingo, que fué creciendo rápidamente hasta convertirse de modesta colonia en hermosa ciudad.

¡Lástima que la guerra, sostenida con los indios de Jaragua y del Higüey, diera ocasión a matanzas que empañan el brillo del gobierno de Ovando en la Española! ¡Lástima también que los colonos poco escrupulosos — en ninguna parte faltan hombres sin conciencia — se aprovecharan de la esclavitud de los indios para hacerles trabajar con exceso y para pagarles con tacañería! Ovando no pudo evitar estos abusos ni supo él mismo poner a su energía un límite discreto. Admirable por su capacidad de trabajo y por su inteligente gestión ordenadora, cayó, en cambio, en lamentables exageraciones cuando creía administrar justicia y castigar desmanes. Las colonias prosperaron mucho con su mando, produciendo a la Corona una renta pingüe; pero los indios consideraron a Ovando como el peor enemigo de su raza e hicieron llegar a España la triste fama de su crueldad. Se cuenta que la reina Isabel, ya en su lecho de muerte, hizo prometer al rey Fernando que sería Ovando destituido. Aquella gloriosa reina sentía que le rebosaba el corazón de amor y de caridad hacia los pobres salvajes del Nuevo Mundo: el solo nombre

de Ovando turbaba su alma, llenándola de angustiosa inquietud.

Tal era el hombre a quien el valiente y fantástico Juan Ponce de León iba a pedir permiso para explorar la isla de Boriquen, que levantaba el airoso y enigmático macizo de sus montañas al Este de Santo Domingo.



Ya se ha hecho observar al lector oportunamente que don Nicolás de Ovando no era amigo de andarse con las etiquetas propias del alto puesto que ocupaba. Cuando fué un escudero a decirle que esperaba Juan Ponce en la antesala, el gobernador hallábase todavía en su lecho, de donde se levantó en seguida, diciendo al criado:

— Dile al capitán que me haga la merced de aguardar. Voy a vestirme.

Y mientras se metía las calzas apresuradamente, añadió, hablando consigo mismo:

— ¿Qué pasará en Higüey? Es extraño que Ponce de León haya venido a la ciudad y me visite tan de mañana.

Entretanto el escudero había salido de la cámara para trasladar al visitante el ruego de su señor. Acompañó a Juan Ponce a otra habitación, en la cual despachaba

el gobernador con sus oficiales, y abrió un ventanal que daba al huerto.

— Esperad aquí — dijo —, que no será por mucho tiempo.

Juan Ponce no quiso sentarse. Se acercó a la ventana y respiró con deleite el aire matinal. Desde allí se dominaba el huerto del gobernador, poblado de rosales y naranjos enanos, y una extensa y hermosa llanura, entre cuya exuberante vegetación predominaban los cocoteros. El sol, todavía no muy alto, irradiaba oblicuamente su fuego contra la ventana donde estaba Ponce de León, quien se volvió de espaldas para apartar los ojos de los rayos deslumbrantes.

Y hubo entonces de ponerlos en un gran arcaz de roble, artísticamente tallado por un imaginero, cuyos relieves de asunto religioso y estilo ojival, remataban con los monogramas de Jesús y María.

— Dicen que en ese arcaz guarda Ovando su fortuna — recordó Juan Ponce —, y que tiene más oro que un príncipe.

Sonrió, encogiéndose de hombros, y siguió pensando:

— ¡Bah! No me contentaría yo con sólo el oro que cabe en un arcaz, si fuera el oro, para mí, lo más amado.

Aparte el arca, había en la habitación, por cierto muy alta de techo y espaciosa, cuatro recios sillones de vaque-



ta, cuyos grandes clavos dorados eran cabezas de pavones, y amplio escritorio de labor delicada, con taracea de marfil. Ovando se había traído de España algunos muebles ricos, aunque era enemigo de la ostentación; acaso los conservara por ser recuerdo de familia. En cambio, las puertas estaban desnudas de cortinajes, que habrían armonizado mal con la sobriedad del gobernador, además de no convenir con el clima del país. Allí no había más brocados que el de unos cojines puestos en algunos taburetes, para mayor comodidad de los visitantes. Y es de advertir, pues hay ocasión oportuna para decirlo, que la etiqueta de los tiempos señalaba quién debía sentarse en sillón, quién en silla, quién en taburete con almohada y quién sobre la dura madera.

A Ponce de León le fué ofrecida por el gobernador, cuando éste vino a su encuentro, una silla faldistorio, de asiento ricamente acolchado, significando con ello Ovando la preferencia con que distinguía al veterano capitán.

— Me duele haberos hecho esperar — dijo —, permaneciendo él de pie y sonriendo con sincera satisfacción; — pero ¿cómo pensar que habíais de venir a verme? Yo os creía distante muchas leguas...

Era Ovando de mediana estatura, pero de compleción recia, sin estar sobrado de carnes; y vestía de negro, con lo cual resaltaba el color blanco de su tez y de sus manos,

finas éstas como las de una dama. Usaba una gran barba roja, y tenían sus ojos, del color de la turquesa, un mirar sereno y humilde.

— ¿Anda otra vez revuelto el Higuey? — preguntó.

— Tranquilo lo he dejado — dijo Juan Ponce — como una balsa de aceite. No espero que los indios quieran volver a ponerse bajo el filo de nuestras espadas.

— Decidme entonces por qué habéis venido — inquirió el gobernador.

El capitán estuvo vacilando unos momentos. Tenía los ojos bajos y acariciaba la vaina de su tizona, cruzada sobre sus muslos. Por fin, dijo, levantándose súbitamente de la silla:

— Yo no puedo permanecer ocioso en la provincia que habéis confiado a mi mando. Me canso de no hacer nada, me desespero. He venido a pedir os que me busquéis sucesor y que me permitáis a mí explorar las islas de Oriente.

Ovando arrugó el entrecejo, y su mirada, sin perder nada en modestia, fué cobrando energía.

— Siempre seréis el mismo; está vuestra cabeza llena de sueños locos.

Y una vez pronunciadas estas palabras, comenzó el gobernador a pasearse, dando evidentes pruebas de que le preocupaban los deseos y los sueños del capitán.

Este seguía porfiando para que se le dejara marchar en busca de aventuras.

— Tengo oro bastante para cubrir los gastos de la expedición — alegó —. Ni el dinero del Trono ni el vuestro correrán ningún riesgo. Si hubiera pérdidas, serán todas para mí; si se lograran ganancias, a la Corona corresponderá la mayor parte. Dadme vuestro permiso, y con él me volveréis a la vida, porque yo no vivo desde que hay paz en mi provincia. ¡El diablo me lleve, si he de estarme siempre mano sobre mano, contemplando el vuelo de los mosquitos! ¿Pensáis acaso que un soldado de las guerras de Granada no puede emplearse en cosa mejor?

— Yo creía haber premiado vuestros grandes servicios — dijo Ovando, sonriendo con algo de socarronería —. Ya no sois un muchacho. Os sentaría bien la vida reposada en el Higuey, o en Santo Domingo, si queréis, cuidando de una vasta y rica hacienda.

— ¡Ira de Dios!... — casi gritó Juan Ponce, herido en lo más vivo de su alma, al sospechar que Ovando le despreciaba por viejo —. No me haréis la ofensa de creer que valen más que yo los capitanes mozos. Quisiera ver si hay alguno que me gane en vigor, agilidad y destreza.

Se le acercó el gobernador, reflejando en su semblante el agrado con que oía las palabras del veterano, y le pasó

un brazo por los hombros. Teniéndole así, medio abrazado, para disipar el nublado de su cólera, le dijo:

— Al fin, habré de hacer lo que vos queráis, porque os debo gratitud por vuestras hazañas. Pero ¿quién podrá responderme de la tranquilidad del Higüey, mientras vos os empleáis en empresas inciertas?

— ¡Yo respondo con mi cabeza! — contestó el capitán.

Ovando movió la suya con aire de duda.

— Vos no podéis responder si no estáis presente — hubo de advertir —. Mas no quiero negaros lo que me pedís con tanta insistencia. Ya buscaré quien os substituya. Tenéis mi permiso para explorar las islas, y pido a Dios que os ayude para que alcancéis provecho y gloria.

A Ponce de León le chispearon los ojos; resplandecía de contento. Pidió al gobernador su venia para abrazarle. Se dejó abrazar Ovando, satisfecho también él, y con esto terminó la entrevista.

Quedaron en que se le daría a Ponce la autorización por escrito y que desde aquel mismo momento podía ya ocuparse en organizar su modesta escuadra, que no sería, ni mucho menos, como la que mandó Ovando cuando vino a la Española.

Al salir de la casa del gobernador, iba Ponce de León más alegre que el enamorado a quien su dulce tirana acaba de dar el sí, después de haberle tenido suspirando largo tiempo. Marchaba erguido, engallado, al aire la pluma de su capacete, puesta la mano en el puño de la espada y pisando recio. Aunque cincuentón, nada había perdido de su gallardía. Menos curtida su tez y menos poblada de canas intrusas su barba, aún hubiera podido robar corazones.

Le saludaban respetuosamente, al cruzarse con él en las calles, los oficiales y los colonos; pues le tenían todos por el mejor capitán español del Nuevo Mundo. Algunas ventanas se abrieron para verle pasar, y damas nobles, que con él vinieron de España, le miraron a través de sus celosías.

La ciudad de Santo Domingo, recién comenzada su construcción, no se parecía mucho a las de España; abundaban los bohíos más que las casas, y aún eran éstas muy modestas, de paredes de tapia y cubiertas pajizas. En las calles, sin empedrar, había muchos baches y relejes, y se solazaban en ellas, más holgadamente que en los corrales, gallinas y cerdos. Se cruzó Ponce de León con algunos indios que vendían frutas y con chamarileros castellanos dedicados al comercio de baratijas.

Pero aquél no ponía atención en lo que pasaba por su

lado, aunque, cortés y sonriente, contestara a todos los saludos. Siguió andando con paso largo y no se detuvo hasta llegar a una herrería, donde, sentado en un poyo de la puerta, estaba el rechoncho Juan González tocando la vihuela y cantando coplas, mientras herraban a un caballo blanco. Era precisamente el de Ponce, y a buscarlo iba el capitán.

González había visto aproximarse a Ponce, y antes de que llegara éste a la herrería, cantó, en voz baja, una copla de su invención. Decía la copla:

*Tempranico se levanta,
temprano viene hacia aquí;
lleva en la cara la aurora,
porque le han dicho que "sí".*

El astuto soldado había adivinado, por el aire del capitán, la respuesta favorable del gobernador. Pero nadie recogió el sentido de su copla, que apenas había oído nadie, apagada por el continuo golpear del martillo sobre el yunque y por las voces que daban los herradores. Pretendían éstos que se aquietara el caballo, el cual moviase de un lado a otro y tiraba con fuerza del ronzal que le tenía sujeto el hocico a la pared.

Presenciaban la operación a que estaba sometido el noble bruto, unos cuantos indios casi desnudos, de piel

atezada y cabellera hirsuta. Los indios miraban al caballo con un respeto no ajeno a la superstición, y se mantenían a prudente distancia, no pudiendo impedir un movimiento de sobresalto cada vez que el animal daba alguna muestra de malestar o impaciencia. Cuando los herradores aplicaban el hierro candente a un casco del caballo, produciéndose unos momentos de humareda y de olor a chamusco, los indios cerraban los ojos, espantados. Otro tanto hacían al ver atravesar el casco con largos clavos, a golpes de martillo.

Al llegar Ponce de León, se produjo en la herrería y en sus alrededores una expectación justificada por la popularidad de que gozaba el capitán palentino. Los herradores cesaron en su trabajo y enderezaron el cuerpo quienes lo habían tenido encorvado; dejó González la vihuela, levantándose de su poyo; cesaron los martillazos sobre el yunque y los resoplidos del fuelle que avivaba la lumbre de la fragua; relinchó el caballo al sentir la proximidad de su dueño; retrocedieron los indios unos pasos, adoptando la actitud contrita que mejor convenía a su servidumbre, y, en fin, aparecieron en el marco de las puertas y de las ventanas, inesperados curiosos.

— ¡A la paz de Dios, amigos! — dijo el capitán, de suyo campechanote y ahora más efusivo que nunca —. Tratadme bien a esa bestia, que le estimo como si fuera de oro. ¡Hola! ¿Por dónde anda ese pícaro de Cosme?

Cosme era el dueño de la herrería, hombre ya maduro, muy moreno y, además, tizado. Se presentó cubierto con su delantal de piel y con los brazos arremangados, alto y enjuto, entreabierta la boca por una sonrisa que descubría las ruinas negras de su dentadura. Llevaba todavía colgado de su diestra y moviéndolo como péndulo de un reloj, el martillo macho.

— Juraría, capitán, que tenemos embarque — dijo Cosme, acercándose —. Si no me engaña la cara de su merced, es ocasión de albricias.

En esto, Juan González, que había cogido de nuevo su vihuela, volvió a cantar su copla de antes:

*Tempranico se levanta,
temprano viene hacia aquí;
lleva en la cara la aurora,
porque le han dicho que "sí".*

— ¡Ah, gallofero, mosquito borracho, grandísimo holgazán! — gritó Ponce de León al cantador, aunque demostrara con su talante que la copla había sido de su agrado —. ¿Quieres que pague tu ingenio con una jarra de vino? Pues por haberme faltado al respeto, cantando sin mi permiso, te condeno a que nos veas beber de lo añejo sin catarlo tú. ¡Cosme! — añadió, dirigiéndose al herrador —. Deja el martillo y tráenos lo mejor de tu bodega.

El dueño de la herrería, que servía para todo y comerciaba con todo, fué en busca de unas venerables botellas de vino que tenía guardadas para las ocasiones solemnes. Entregáronse con ello los invitados a una alegre algazara, mientras Juanuco dejaba caer al suelo su vihuela y languidecía como si fuera a desmayarse. Ponce se vió rodeado en seguida por los obreros, los vecinos y aún los mismos indios que habían estado mirando herrar al caballo del capitán. Surgieron no se sabe de dónde, como si al conjuro de la palabra *vino* los hiciera brotar la tierra de su seno, soldados y oficiales, que festejaban a Ponce de León con abrazos y aclamaciones. Uno de los primeros en abrazar a Ponce fué Pérez de Ortubia, su grande amigo, que había venido montado a caballo y al galope.

Media hora después, más de la mitad de los habitantes de Santo Domingo hallábanse reunidos en la herrería de Cosme, donde bebían todos menos el triste Juan González, quien se puso a cantar, protestando de su forzosa abstinencia:

— *De León tienes el nombre
y las entrañas de hiena,
si no me sacas los ojos,
para que, al menos, no vea.*

Y luego:

— *El vino del herrador
dicen que está bautizado;
yo sólo digo que dicen,
pues no me dejan probarlo.*

— ¡Por vida de una bruja vieja! — gritó Cosme, ofendido en su dignidad de bodeguero acreditado —. Dadle a catar mi vino, y ¡comida vea después por los perros su lengua calumniosa!

— No ha de probarlo — dijo Ponce de León — si, de rodillas, no nos canta otra copla, declarando haber mentido.

González fué a ponerse de hinojos ante el herrador, y, con los brazos en cruz, abandonada en el suelo la vihuela, cantó de esta guisa:

— *Vino que no ha visto el agua,
es más moro que Almanzor;
no hay vino menos cristiano
que el vino del herrador.*

Siguió a este cantar una explosión de risotadas. Cosme, dándose por satisfecho, escanció vino en un vaso de estaño y alargó el vaso al coplero penitente. Pero se inter-

puso Ponce de León, preguntando a González, a quien se le iban los ojos tras el caldo prometido:

— ¿Pero no vas a brindar, goloso?

— Sí que voy a brindar — dijo Juanuco —, si su merced me da su venia.

— ¡Pues alza del suelo y brinda! — autorizó el capitán.

González no se hizo repetir el permiso. Púsose de pie, con movimiento rápido, y, tomando el vaso que le ofrecía el herrador, lo levantó por encima de su cabeza, diciendo:

— Brindo por el capitán más bien portado y más valiente que ha pisado tierra de Indias; brindo porque obtenga más gloria en sus empresas que alcanzó Colón en las suyas; brindo porque sean de oro las montañas de la isla de Boriquen y porque corra el vino y no el agua por sus ríos.

— Eso es pedir a la palmera que dé manzanas — observó el herrador, hombre poco dado a las fantasías —; pero, en fin, bien dicho está, y creo que el capitán debe dar su venia a Juanuco para que beba.

Este no tuvo paciencia para esperar más; se zampó el contenido del vaso de un solo trago. Se estaba relamiendo y le chispeaban los ojillos como brasas vivas, cuando Ponce hubo de amonestarle por su incontinencia.

— Capitán — musitó González, humildemente — me

lo pedía el cuerpo con las mismas ansias con que pide confesión el alma de un moribundo.

Todavía estuvieron bebiendo y bromeando largo rato, hasta que rodaron las palabras hacia la verdadera causa de aquella inusitada alegría, que no era el donaire de González precisamente, sino la autorización dada por Ovando a Ponce para explorar la isla de Boriquen.

Se trató de la próxima expedición y se aceptó en seguida el ofrecimiento de los hombres que deseaban ser de la misma. Pérez de Ortubia fué el primero en dar su nombre para la lista que en el acto se dispuso a escribir el viejo Cosme. Este no intervendría en la empresa con su prestación personal; pero, antiguo amigo y devoto admirador de Ponce, puso a disposición del capitán palentino su pericia como forjador de herrajes y sus ahorros de artesano que no había ido al Nuevo Mundo a perder el tiempo. Solicitaron asimismo acompañar a Ponce de León, como guías, algunos indios, y, en fin, no pudo el capitán aceptar a todos los soldados que querían ir con él, y se acordó escoger a los más fuertes y de resistencia probada en otras campañas.

Cuando Juan Ponce puso pie en el estribo de su caballo blanco, en medio de las aclamaciones y entusiasta algazara de su gente, daba ya por cierto que haría estremecer al rey y a la corte de España con proezas nunca vistas.

III

La isla de San Juan

Los preparativos para su traslado a la isla de Boriquen, ocuparon a Juan Ponce de León bastantes días. Además, el gobernador le entretuvo, pidiéndole informes del estado de la provincia que hasta entonces había tenido Ponce bajo su mando. Nicolás de Ovando, aunque se prometiera algún provecho de la aventura en la cual iba a emplear su valor y sus caudales el capitán palentino, demostraba mayor interés por mantener en paz las tribus ya sometidas, y prefería, como es natural, las seguridades de la Española a las incertidumbres de una isla todavía no explorada.

Juan Ponce tuvo que poner freno a su impaciencia y explicar al gobernador, con toda suerte de pormenores, la situación verdadera en que había dejado la provincia del Higüey. Dicha situación era satisfactoria, pero quedaba el rescoldo de la gran hoguera extinguida: Ponce no podía olvidar que fué objeto de una emboscada al venir a Santo Domingo, a raíz de haber tropezado

con la india Banoa; y chispazos como éste, que demostraban un estado de rencor latente en el ánimo de los hijos del país, se producían con frecuencia.

Por cierto que, mientras se corrían los trámites que precedieron al nombramiento de un substituto de Ponce en el Higüey, le ocurrió a este capitán un lance que llegó a inquietarle por lo extraño y misterioso. Ello fué que Ponce estuvo malo de un pie, por haberle picado una pulga que los indios designaban con el nombre de *nigua*. La *nigua*, aunque animal minúsculo, había dado a los colonos de la Española disgustos serios. Su picadura era superficial y siempre en los pies; pero lo grave es que, al picar, se quedaba metida entre piel y carne, y allí criaba, hasta formar una colonia de niguas extraordinariamente peligrosa para la salud del hombre. Muchos españoles habían perdido los dedos del pie, y algunos todo el pie hasta el tobillo, a causa de la pulga maldecida, lo cual determinó a los previsores a dormir calzados.

Picado Ponce de León por la *nigua*, no dió importancia al hecho ni cuidó de buscar el escondite donde el dañino insecto iba a procrear, según era su costumbre. ¿Cómo podía un León demostrar la menor inquietud ante la amenaza de una pulga? Mas no hay enemigo despreciable, por muy pequeño que sea, y el valiente

capitán sufrió las dolorosas consecuencias de su excesiva despreocupación. Ya hablaban los cirujanos de aplicarle un ascua a la parte dañada, como cauterio, y de cortarle un par de dedos del pie, cuando, cierto día, se presentó la india Banoa en casa de Ponce, pidiendo ver al enfermo.

Los soldados y siervos del capitán quisieron apoderarse de aquella mujer, a la que tenían por espía; pero Ponce dió orden para que la trajeran a su presencia, sin hacerla objeto de ningún maltrato.

— ¿Por qué te escapaste cuando nos tiraban flechas los indios escondidos en el bosque? — preguntó a Banoa el capitán, mirando a la supuesta espía con ojos donde se reflejaba un severo reproche —. ¿Por qué vienes ahora a buscarme?

La india, sin atreverse a levantar la cabeza, para que su mirada no chocara con la del guerrero cristiano, contestó dulcemente y con la mayor humildad:

— No te importe cómo pude escaparme y piensa sólo que vengo a traer remedio a tu mal. No permitas que te quemén ni corten los dedos del pie; aplica a la llaga este bálsamo, hecho con jugo de hierbas que sólo yo conozco, y te curarás en tres días. Si a los tres días no estuvieras completamente curado, yo volvería a tu casa para que me hicieras matar por haber mentido.

Los cirujanos, entre ellos Juan González, estuvieron largo rato mirando a trasluz el bálsamo que Banoa ofrecía, y acabaron por declarar, después de este examen, que aquello no podía ser sino un veneno.

Pero el valor y la fantasía de Ponce le inclinaban indefectiblemente hacia lo extraordinario o maravilloso; despreció los consejos de sus médicos y amigos y quiso que la india, con sus propias manos, le aplicara el unto al pie dolorido. Esta operación la llevó a cabo Banoa con insuperable delicadeza, pidiendo después al capitán que la permitiera retirarse.

— ¿Cuándo volveré a verte? — interrogó el enfermo, ya sin cólera en los ojos y entreabiertos los labios por una afectuosa sonrisa.

— Dentro de tres días, si no curas—dijo la india—; y si curas, cuando menos lo esperes.

— No la deje marchar su merced — insistió González, recelando la traición —. ¡Es una bruja! Que aguarde aquí los tres días que dice tardará su merced en curar.

Este era el parecer de todos los que habían presenciado la escena; especialmente los cirujanos, lo expresaban con vehemencia.

Sin embargo, Ponce de León dejó marchar a Banoa; y pasados tres días, el capitán se sintió radicalmente

curado, hecho que se comentó en Santo Domingo en medio de general estupor. Algunos españoles que andaban achacosos de diversos males, buscaron a Banoa, con la esperanza de encontrar remedio; pero Banoa no apareció en parte alguna ni se encontró rastro de su paso por la ciudad.

Este fué el lance misterioso que había inquietado al capitán Ponce de León, aunque, al fin, hubo de olvidarlo, solicitado más vivamente por los transcendentales negocios en que iba a emplear sus energías.

Es decir: las conversaciones con el gobernador y los preparativos para la expedición, le absorbieron el tiempo y el pensamiento. Cuando, nombrado ya nuevo jefe para el Higüey y dispuesto lo indispensable para hacerse a la mar un mal armado carabelón, llegó para Ponce y sus amigos el momento del embarque, en la memoria del capitán no quedaba ni sombra del recuerdo de Banoa.

Era llegado el buen tiempo. El traslado a la isla vecina no daba lugar a recelos respecto a temidas tempestades, por manera que pudieron aventurarse los expedicionarios a emprender el viaje en un barco viejo, a toda prisa calafateado y desprovisto de elementos de guerra.

Este primer viaje a Boriquen tenía por objeto úni-

camente explorar la isla, sin adentrarse a ella, si no lo que permitiera la prudencia. Bien es verdad que la prudencia de los intrépidos exploradores españoles, lindaba con la temeridad. Se sabía de la tierra de Boriquen que estaba muy poblada y que sus habitantes sostenían frecuentes guerras con los indios caribes. Por consiguiente, era de temer la resistencia de los naturales del país a toda invasión extranjera.

Pero Ponce de León y el puñado de valientes que le acompañaban, desecharon todo temor, y animosamente izaron las velas castellanas de su achacoso bajel, poniendo proa al punto cardinal por donde amanece el sol.

Aconteció el hecho en un día claro y sereno del mes de junio, cuando la atmósfera de los trópicos se mostraba más transparente, y el verde esmeralda del mar, bajo la bóveda celeste, parecía encerrado en una inmensa urna de cristal. Saltando sobre las olas mansas, rizadas de blanca y furtiva espuma, iba el navichuelo, seguido por una bandada de aves marinas, bellas como un augurio de buena suerte.



Juan Ponce, antes de poner pie en tierras de Boriquen, dió un rodeo a la isla, buscando la playa que más

fuera de su agrado, para desembarcar en ella. Tuvo acierto al elegir, pues no sacó de este primer tanteo de penetración sino agradables sorpresas.

Halló la playa hermosa que buscaba y una tierra fértil, a juzgar por la espesura de sus bosques.

Los expedicionarios, entre soldados y guías, no llegaban a medio centenar. Su primer cuidado, al pisar las doradas arenas borriqueñas, fué arrodillarse y agradecer a Dios, con el testimonio de fervientes oraciones, los buenos auspicios que se anunciaban al comienzo de su aventura. Era el día de San Juan, y el nombre de este santo dieron a la isla.

Rendido este tributo de fe a la Providencia, establecieron en la playa su campamento, que quedaría bajo la vigilancia de una pequeña guarnición, mientras Juan Ponce y los más vigorosos de sus guerreros exploraban los alrededores.

No tuvieron que andar mucho los expedicionarios para descubrir al señor de aquel dominio. Era un cacique llamado Agueybaná, hombre de paz y mucha hacienda, que hacía vida patriarcal, ajeno a todo temor y feliz en su ignorancia del mundo.

Los españoles le hallaron instalado con su familia en una espaciosa cabaña, la mayor de cuantas había en el poblado, que se fundara buscando la sombra de árbo-

les gigantescos. Y el lugar, por lo umbrío, era fresco y amable, como el talante del jefe de la tribu, quien recibió a los extranjeros sin dar muestras de inquietud, aunque sí de sorpresa y hasta de gusto por la inesperada visita.

Fueron, pues, recibidos los españoles con agasajos, y en el poblado de Agueybaná estuvieron todo el tiempo que duró esta primera visita a la isla de Boriquen, llamada, en adelante, de San Juan.

La familia del cacique, compuesta de la madre y el padrastro de Agueybaná, más otros dos hijos de este matrimonio, uno varón y otro hembra, participaba de la alegría del régulo, por hospedar a hombres blancos y de tan bizarro continente como allí nunca se habían visto. Lo mismo acontecía respecto a todos los indios de la tribu, a quienes deslumbrara el brillo de las corazas y las armas castellanas.

Cuando llegó Ponce de León, con su pequeña escolta, al pintoresco poblado boricueño, Agueybaná dijo al capitán español:

— Si vienes de paz y para compartir con nosotros los frutos que da esta hermosa tierra, bienvenido seas, y todos nosotros haremos cuanto esté en nuestro poder por servirte y agradarte; mas si tu propósito es armarnos guerra, piensa que somos hombres y que, como tales, sabremos defendernos.

— No vengo a pelear ni a quitaros lo que es vuestro — contestó Ponce —, sino a conocer las bellezas y los tesoros que encierra esta isla, que me han dicho es hermosa y rica como ninguna de estos mares. Vengo también a deciros lo grande que es el mundo, lo poderosos que son los reyes de mi patria y lo bueno que es amar a nuestro Dios, el único verdadero, al cual ofenderíais adorando a insensibles ídolos de piedra, si el ser ciegos a la luz del Cielo fuera culpa vuestra. Dejadnos estar con vosotros algún tiempo, y sabréis cosas que habrán de maravillaros y os llenarán de una dulzura santa el corazón.

Las palabras del cacique, igual que las de Ponce, las tradujeron los guías, aunque no con mucha fidelidad, sí con todo cuidado, haciendo lo necesario para que se entendieran indios y españoles, que comenzaron a ser amigos desde aquel mismo instante.

Pronto hubieron de observar los huéspedes que, en la tribu de Agueybaná, era el trabajo casi desconocido. La mayor parte del día la pasaban los hombres tumbados a la sombra de los plátanos y de los higueros, mientras las mujeres molían la yuca, raíz que les servía para hacer su pan, en una piedra cuadrilonga, sostenida sobre tres pies y formando un plano inclinado. Comían los indios, además del pan de yuca, la abundante fruta que

daban los árboles, fruta variadísima y sabrosa por cierto, entre la cual preferían los españoles la piña, el mango y el mamey.

El ingenioso Juan González hubo de mostrar repetidas veces su complacencia por hallarse entre gentes tan amigas de no hacer nada, pues tampoco él gustaba de la actividad, y solía decir que en aquel país se quedaría muy a gusto, por parecerle las costumbres muy en armonía con la inclinación natural del hombre.

Sin embargo, por su poca afición al trabajo, vivían los boriueños sin lujos ni comodidades, en míseros bohíos, y andaban los hombres desnudos o vestidos muy a la ligera, con plumas o faldellines hechos con unas redcillas de yerba seca. Las mujeres, además de los faldellines consabidos, llevaban sartales, collares y brazaletes hechos de conchuelas y caracolillos de mar, siendo la joya que más preferían una piedra diminuta, bermeja y brillante como el rubí, que dijeron sacar de los sesos de cierto caracol.

Los españoles, aunque muy agasajados, se cansaron pronto de comer fruta solamente. Viéndoles mohinos por esta causa, los indios de Agueybaná se decidieron a trabajar un poco en obsequio de los extranjeros. Dedicaron algunas horas del día a la pesca, y, por la noche, cazaban huitas, especie de rata o conejuelo salvaje, cuya car-

ne era tenida por los gastrónomos de Boriquen en mucha estimación.

Como dato interesante de esta caza nocturna, debe decirse que se servían los indios de un insecto llamado cocuyo, que brilla como la luciérnaga, pero con mayor intensidad. El cocuyo es un coleóptero cuyos ojos relucen como estrellitas, teniendo otros dos puntos luminosos debajo de las alas. Los indios se ataban los cocuyos en los dedos pulgares de los pies y de las manos, sirviéndoles así su luz como de linterna, cuando salían a cazar huitas.

Pero ni la pesca ni la caza duraron mucho tiempo. Las ratas salvajes no gustaban a los españoles, quienes, por otra parte, se cansaron a los pocos días de permanecer inactivos, dicho sea haciendo excepción de Juan González, más holgazán aún que los comodones habitantes de Boriquen.

Ponce de León rogó al régulo Agueybaná que le acompañara a explorar los alrededores de su poblado, y en continuas correrías, que les servían para ir conociendo el país, emplearon su tiempo el capitán y sus hombres. Era la tierra agreste y montañosa, aunque fértil y bella, bien regada por caudalosos ríos, que corrían al largo de profundos y magníficos valles; y por doquiera hallábanse bosques de maderas ricas, campos apropiados al cultivo

del maíz, árboles frutales, fuentes cristalinas y verdaderas nubes de pájaros encantadores por su vistoso plumaje. Se encontraron asimismo pepitas de oro entre las arenas de los ríos y guijarros que aparecían ricamente jaspeados de aquel metal, a cuya vista el corazón de los aventureros castellanos no podía permanecer indiferente. En fin, pudo convencerse Ponce de León de que valía la pena de intentar la conquista de la isla de Boriquen.

* * *

No era ciertamente muy caballeresca la intención de los españoles; puesto que, habiendo sido agasajados por Agueybaná con toda generosidad y simpatía, pensaban corresponder a este favor haciéndose los amos de aquellas tierras, bien fueran sirviéndose del engaño, o bien usando de la fuerza y de las ventajas que les ofrecían su inteligencia y su educación superiores, como hombres nacidos en un país civilizado.

Pero no se puede ser demasiado severos con quienes empleaban sus energías en ensanchar la Geografía del mundo conocido, comprometiendo en la empresa sus caudales, sus ilusiones de gloria y su vida. La historia de la civilización es una serie interminable de conquistas sangrientas, y no hay pueblo colonizador en el mundo que no

haya recurrido a procedimientos semejantes a los que pusieron en práctica los españoles para implantar en los países vírgenes, por ellos descubiertos, su autoridad, sus leyes, su fe religiosa y sus costumbres. Quién les llame crueles y malvados, juzgándoles sólo por sus violencias, no será un historiador imparcial, sino un crítico cuyo pensamiento se somete a la pasión o se deja dirigir por una mala voluntad. Durante siglos se ha discutido la gloria de España, como nación conquistadora de las tierras americanas; pero la verdad y la justicia van abriéndose paso, y hoy día elogian sin reparos, los historiadores sinceros, la obra imperecedera de una colonización española que ha dado por fruto veinte naciones jóvenes, todas ellas cultas, prósperas, ricas y consagradas al culto católico.

No diremos, por tanto, que fueran hombres sin alma Juan Ponce y sus compañeros, teniendo advertido que no les estimulaba únicamente la codicia; pues creían servir a su Dios, a su patria y a su rey; o mejor dicho: servían sobre todo a la causa del progreso humano que aún dicen defender muchas naciones imperialistas más interesadas que España fué nunca en extender su dominio y labrar su propia riqueza.

Agueybaná había sido bueno y generoso con sus huéspedes; pero éstos no deseaban su ruina: antes bien quisie-

ron su conversión, junto con la de todos los indios boricueños; y su conversión significaba, según lo entendían los españoles, algunos miles de almas ganadas para el Cielo.

Así fué el primer cuidado de Ponce dar nombres cristianos al cacique indio y a sus parientes. Enseñóles a creer en un Dios único y Todopoderoso, y les hizo observar que la vida patriarcal que llevaban, aunque muy agradable, no era la que mejor convenía a los habitantes de la isla, cuya ociosidad les indujo a viciar sus costumbres hasta adquirir algunas francamente condenables.

— Las riquezas que contiene tu patria — solía decir Ponce al régulo, por mediación de un intérprete — no las creó Dios para que permanezcan eternamente ocultas en el seno de la tierra. Hay que cultivar estos campos y descubrir las minas de oro de estos montes; hay que levantar hermosas ciudades donde tenéis establecidos vuestros míseros campamentos. El primer esfuerzo debe dedicarse al Supremo Hacedor, a quien debemos los hombres cuanto somos y cuanto podemos. Levantaremos iglesias, fundiremos campanas, predicarán nuestros frailes la fe de Cristo en todos los ámbitos de la isla y trabajaremos todos, vosotros y nosotros, para hacernos dignos de la admiración del mundo.

Es de suponer que Agueybaná, allá en las profundidades tenebrosas de su salvaje ignorancia, tuvo un estre-

mecimiento que le hizo presentir, aunque vagamente, la nueva vida de que le hablaba aquel extranjero que el buen indio creyera hijo del sol. Ello es que, sin entender, se dió por convencido y prometió ayudar a Ponce de León en todo cuanto deseara y emprendiera.

Un día dijo el capitán castellano al cacique boriqueño que era llegada la hora de su partida, pero que no tardarían mucho tiempo en volver a verse. Habían pasado los días sin dejarse sentir, encantados los españoles del trato que se les daba y de las maravillas que iban descubriendo; felices los indios por convivir con aquellos hombres blancos tan gallardos, tan vigorosos y tan inteligentes. Menudearon las excursiones igual que las fiestas. Siempre, ya fueran explorando el terreno, ya descansaran en el poblado, se improvisaban bailes al cerrar la noche, danzándose a la luz de grandes hogueras encendidas a distancia, para espantar a peligrosos reptiles, muy abundantes en aquellos parajes. Los españoles aprendieron a bailar areitos y los indios acomodaron sus saltos al ritmo que sacaba Juan González de su vihuela. El areito salvaje se convirtió en jota castellana, y hubo soldados de Ponce que, a vuelta de muchas danzas y decires gentiles, acabaron por enamorarse de su pareja y tomar esposa, con inmenso júbilo de las indias preferidas, a las cuales agradaban extraordinariamente el talante y las finezas de

sus adoradores. El mismo capitán, por complacer a su amigo el cacique, se prometió a una hermana de éste, que destacaba de las demás indias mozas por su hermosura.

De modo que no fué difícil cuando se trató de emprender el regreso a Santo Domingo, hallar quiénes quisieran quedarse en los dominios de Agueybaná. Muchos se sentían retenidos allí por las dulzuras del amor y por los halagos de una vida cómoda. Otros tenían deudas pendientes en la isla Española, y preferían quedarse en Boriquen, entre amigos, a desafiar nuevamente las iras de sus acreedores. En fin, faltó poco para que Ponce de León tuviera que embarcarse solo en su vieja carabela.

— Pongo al Cielo por testigo de que no me pesa vuestra afición a estos bellos lugares — dijo Juan Ponce a sus soldados —; pero vénganse conmigo siquiera los hombres de mar, que no voy a ser yo quien lleve el gubernalle de la nave ni está bien que dejéis marchar completamente solo a vuestro capitán.

— Contáis siempre conmigo — saltó en esto Pérez de Ortubia, el joven oficial —. Tengo hecho voto de acompañaros siempre a todas partes.

— También mis indios pueden daros escolta — terció Agueybaná —. Escoged, de la tribu, los más fuertes y valientes; tan vuestros son como míos.

Ponce de León abrazó, reconocido, al cacique y a su

amigo Ortubia, embarcando al amanecer del día siguiente. Hizo trasladar al barco las mejores muestras de fruta y mineral, que serían prueba tangible y alentadora, para Nicolás de Ovando, de la riqueza de Boriquen. También embarcaron algunos indios de Agueybaná y las mujeres de los soldados que volvían a la Española. Entre ellos se contaba, como el más distinguido, Pérez de Ortubia.

Y la carabela partió felizmente entre gritos jubilosos de los que se quedaban en la playa, en tanto hinchábanse las velas del barco a impulsos del viento propicio, que, al mismo tiempo, hacía flamear, en la flecha del trinquete, una alegre banderola.

IV

Historia de un año

En el corto espacio de doce meses pueden culminar los acontecimientos de modo que den motivo a escribir una larga historia. Entre la primavera de 1508 y la de 1509, ocurrieron hechos transcendentales para el porvenir de las islas que los súbditos del rey Fernando el Católico comenzaran a colonizar. Un tomo muy voluminoso podría escribirse narrando los lances más salientes de la política seguida por España en Indias, durante el período de tiempo que se ha indicado. Pero nosotros no podemos ni queremos dedicar las páginas de este libro a la reseña detallada y al examen minucioso de episodios históricos que tienen para los hombres de estudio un capital interés; pero que no agradarían tanto, a nuestros jóvenes lectores, como aquellos otros hechos donde destacaron la constancia y el valor intrépido de los españoles buscadores de aventuras. Y por esta consideración, la historia de un año que llenaría un tomo de quinientas páginas, si quisiéramos seguirla paso a paso, no ocupará en este libro sino un

capítulo. Es lo suficiente para recordar acontecimientos políticos que explican ulteriores hazañas.

No se realizaron los proyectos concebidos por el hidalgo Juan Ponce de León tal como éste esperaba verlos trasladados de su fantasía a la verdad de la vida. Siempre se ha dicho sensatamente que el hombre propone y Dios dispone; la realidad suele chasquear con frecuencia nuestros deseos, además de proporcionarnos grandísimas sorpresas.

No volvió Ponce a Boriquen con el aparato de tropas que había soñado. Volvió modestamente en la misma carabela achacosa que le sirviera para su primer viaje, y no tuvo otra escolta que aquella, sin pendones ni chirimías, que le dieran Ortubia y los indios de Agueybaná. ¿Razón por la cual volvió Ponce a la isla de San Juan sin una legión de guerreros castellanos? La sabrá en seguida quien continúe leyendo.

Ponce de León y el gobernador de la Española, que seguía siendo Nicolás de Ovando, estaban de acuerdo en que debía agregarse la isla de San Juan al imperio de la nación descubridora. Ovando, que vió las muestras de oro traídas por su amigo de Boriquen y que las mandó fundir, para probar su pureza y finura, hallábase muy satisfecho de la expedición; pero, aconsejándose de la prudencia y no queriendo quitar nada del tesoro del rey,

dijo a Ponce que volviera a su isla a estudiar cómo y por dónde podría comenzarse la sumisión de las tribus con el mínimo de gastos. Para el gobernador, lo más importante era enviar a la corte, periódicamente, cuantiosas remesas de oro, que fueran testimonio de su buena administración; por manera que arrancarle dinero, aunque fuera para emplearlo en negocio que prometía grandes provechos, era siempre una empresa muy ardua.

Se resignó Ponce a volver a Boriquen, para seguir explorando la isla y estrechar sus relaciones con los indios; mas ello fué después de prometerle Ovando que le proporcionaría medios para la conquista y le daría el gobierno de las tierras que ganara para España.

Otra vez en la isla de San Juan, el valiente capitán palentino, que halló a su gente tan satisfecha y alegre como la había dejado, pudo afirmarse en su creencia de que la conquista de aquel territorio no ofrecía dificultad.

Empleó algunos meses más en explorar los montes y bosques cercanos al dominio de Agueybaná; ensayó el cultivo de algunas semillas españolas; se procuró un servicio de intérpretes, escogiendo a los indios que demostraban más aplicación y aprovechamiento en el estudio de la lengua de Castilla; enseñó al cacique y a sus parientes algunos rudimentos de Doctrina Cristiana, y aumentó, por

último, el número de sus adictos con una política sagaz, cordial y provechosa.

Ponce de León decía a sus compatriotas, algún tiempo después de haber regresado de Santo Domingo, que la isla podría conquistarse sin choques sangrientos y con sólo cultivar en el corazón de los indios la amistad y la simpatía que habían demostrado a los hombres blancos desde su llegada a Boriquen.

Y no es que el capitán exagerara su optimismo; es que verdaderamente se le rendían a discreción los naturales del país, conquistados por los atractivos personales del capitán extranjero.

Verdad es — todo hay que decirlo — que los sencillos boriqueños consideraban a los españoles hombres superiores, no tan sólo por su inteligencia y fortaleza física, sino por atribuirles virtudes sobrenaturales. Habiendo vivido durante siglos en la más completa ignorancia del mundo, encerrados en su isla, sin comunicación con otra raza más adelantada y dejándose guiar por el instinto más que por la reflexión, era tan fácil que aquellos hombres primitivos cayeran en el absurdo de atribuir a los españoles un origen divino, como es natural que los niños acepten por verdades las ilusorias maravillas de los cuentos de hadas.

La situación de su patria, rodeada por el mar y defen-

dida, además, por montañas abruptas, les servía admirablemente para resistir a la invasión de los feroces caribes, que eran los piratas de aquellas latitudes y de aquellos tiempos; pero, en cambio, les perjudicó al no permitirles frecuentar el trato de otras razas americanas más activas y, por efecto de su misma afición al trabajo, más inteligentes.

Los boriqueños habitaban miserables chozas y vivían ajenos a toda pompa, comiendo lo que buenamente les deparaba Dios, con la fe de su alma puesta en los astros y en grotescos ídolos de piedra, torpemente labrada. Sus armas, en la guerra, eran pinchos de hueso, espinas de pescado, trenzados de hojas de palma que les servían de escudos, cachiporras y flechas; en la paz, no se preocuparon por inventar ninguna herramienta de trabajo, pues comían frutas y raíces, y el clima caluroso les permitía prescindir de los vestidos.

Con la llegada de los europeos a la isla, aprendieron los indios a cubrirse mejor el cuerpo, a pescar con redes, a mejorar el confort de sus viviendas y a corregir la promiscuidad de las familias. Mejoraron en seguida sus costumbres amorales, comenzaron a labrar la tierra, tuvieron los primeros atisbos de la existencia de un Dios justiciero y conocieron la superioridad de su condición humana, susceptible a toda suerte de progresos. Las mujeres se

volvieron más pudorosas y recatadas, los hombres fueron menos vagos y disolutos. Todo su afán era parecerse a los españoles, que tantos secretos les estaban revelando; y así vinieron a concebir una vida mejor que la que habían vivido hasta entonces, quizá no tan comodona, pero seguramente menos salvaje y más propia del hombre, que no ha nacido sólo para vegetar; pues tiene misiones que cumplir y sacrificios que hacer para dejar recuerdo de su paso por el mundo.

Y como quiera que Ponce de León se daba cuenta de la conquista de los espíritus, lograda sin violencias, y viéndose, por otra parte, admirado como un héroe de leyenda y acaso como un dios, tuvo por seguro que la isla de Boriquen sería para España, a muy poca costa, si le hacían a él gobernador de este nuevo dominio, del que pensaba sacar incalculables riquezas.

Decidió, en consecuencia, volver a Santo Domingo, para obtener de Ovando el nombramiento provisional, mientras tardara en llegar de España la cédula firmada por el rey. No había indicio alguno que hiciera presumir, por parte de los indios, un cambio de conducta. La tribu de Agueybaná habíase convertido en colonia europea. Las muestras de oro recogidas del lecho de los ríos, sumaban ya una cantidad importante, y no era el oro sino uno entre los muchos y muy ricos productos naturales del país.

¿Qué faltaba para comenzar la explotación de la isla de San Juan en provecho de sus colonos y de la Corona de España? Muy poca cosa: la autorización de Ovando y los elementos indispensables para implantar un sistema normal de gobierno. Reducíase todo a volver con un título en el bolsillo y unos centenares de soldados y colonos para distribuirlos por las distintas comarcas isleñas donde conviniere poblar y hacerse fuerte.

Desgraciadamente, durante los meses que empleó Ponce de León en explorar las tierras de Boriquen y en captarse la simpatía de sus habitantes, habíanse producido cambios radicales en las autoridades españolas de Santo Domingo, y al desembarcar en esta playa, el capitán se halló con la desagradable sorpresa de haber sido substituído Ovando por otro gobernador, que era don Diego Colón; para Ponce, un desconocido.



El nuevo gobernador de la Española, o, por mejor decir, *virrey* de las Indias, tenía pleitos más importantes en que ocuparse, a la sazón, que el negocio en que se había metido Juan Ponce.

Cuando éste supo que Ovando estaba camino de España y que su sucesor, en el mando supremo, era un hijo

de Cristóbal Colón, querellado con la Corona, comprendió que otra vez se le volvía la suerte de espaldas y que era inútil, al menos por el momento, gestionar la obtención de credenciales, para su esperado gobierno de Boriquen.

Preciso es decir aquí qué clase de hombre era el hijo del descubridor del Nuevo Mundo y por qué razones había obtenido el más elevado puesto entre las autoridades españolas de Santo Domingo. Se trata de antecedentes que el lector necesita conocer.

Don Diego Colón, hijo del descubridor y de su esposa doña Felipa Muñiz de Parestelo, fué el niño aquel que acompañaba a su padre cuando éste, huyendo de Portugal, donde le persiguiera la desgracia, pobre y sin amigos, llegó al convento de Santa María de la Rábida y pidió un poco de pan por el amor de Dios. Es uno de los episodios más emocionantes del calvario que tuvo que recorrer el inmortal genovés para llegar algún día a merecer la confianza de los poderosos.

Llevaba Colón en el alma dos grandes dolores, que le pesaban como una losa de sepultura: uno, el que le dejara la muerte de su mujer; otro, el verse arruinado y perseguido. Se dirigía a Huelva, como miserable vagabundo, el que había de llevar a España por un camino de gloria y hacia un emporio de riquezas jamás soñadas.

Recordamos esta triste página de la historia de Colón,

de todo el mundo conocida, porque su paso por Santa María de la Rábida se debe a que buscaba un refugio para su hijo Diego, que era entonces un niño de ocho años. Colón tenía en Huelva un cuñado, bajo cuya tutela pensaba dejar al pequeño, mientras él se empleaba en recorrer las cortes europeas, invitándolas a descubrir los secretos del mar inexplorado.

Sabido es el amor que encontraron Colón y su hijo en los frailes del convento y sobre todo en Fray Antonio de Marchena, que unía a sus virtudes y a su corazón bondadoso, una inteligencia y una cultura excepcionales. Al cuidado de los monjes de la Rábida se quedó el pequeño Diego, y allí habría de continuar viviendo y educándose hasta que pasó a ser paje del príncipe don Juan. Entretanto su padre, también protegido de los frailes, encontraba el camino que hubo de llevarle a la inmortalidad.

Diego Colón conservó toda la vida, hasta que, en Montalbán, pasó a la paz del Señor, a la edad de cincuenta y dos años, el recuerdo del tiempo que estuvo bajo la paternal vigilancia de los religiosos de Santa María, quienes le educaron para que fuera hombre inteligente y justo.

Y lo fué, en efecto. De mozo, en la corte, supo captarse las simpatías de los reyes y altos personajes, por su bondad, el celo demostrado en el servicio y el clarísimo



talento de que dió pruebas repetidas. Muy joven todavía, con ocasión de marchar su padre a Indias por cuarta vez, ya se quedó al cuidado de los asuntos que dejara el descubridor pendientes en España, distinguiéndose siempre por su integridad moral, su fácil comprensión, sus sentimientos generosos y su amor a la justicia.

Sin embargo, quiso su destino que llegara a tener por enemigo nada menos que el rey Fernando, a causa de malquerencias, de las cuales no se ve libre el hombre más honrado y leal. Intrigas de la corte le hicieron enemistarse con el soberano, sobre todo después de ocurrida la muerte de su padre, quien puso cuidado, al ver acercarse el fin de sus días, en escribir las disposiciones que aseguraran en sus sucesores los honores y derechos por él conquistados con tanto merecimiento.

En la defensa de esos honores y derechos empleó Diego Colón sus energías, no retrocediendo ni ante el rey, cuando éste quiso regatearle lo que le pertenecía en justicia.

Muerto su padre, presentóse Diego como sucesor lineal y pidió la restitución de los oficios y privilegios de su familia, que habían estado en suspenso por algún tiempo. La lucha fué desigual y prolongada; en dos años que se pasó porfiando el reclamante, no sacó de la disputa sino desengaños y amarguras. Pero, sin desmayar, acudió a

los Tribunales ordinarios de Justicia, pidiendo satisfacción, y empezó un pleito contra el monarca ante el Consejo de Indias, fundándose en las capitulaciones firmadas entre su padre y la Corona y pidiendo todas las dignidades e inmunidades que se le otorgaban en dicho documento. El Consejo de Indias anduvo remiso en la resolución; mas resolvió, al fin, y fué a favor de Diego.

El rey se resistía aún, pero casó entonces el heredero del descubridor con una sobrina del duque de Alba, primer favorito del soberano, y este matrimonio ayudóle a conseguir algo de lo que hasta entonces había pretendido inútilmente. Fernando el Católico otorgó a Diego Colón la dignidad y poder que ejercía Nicolás de Ovando en el Nuevo Mundo, adonde se trasladó aquél con su esposa doña María de Toledo, hija del gran maestre de León y llamada, en Santo Domingo, la *virreina*.

Por cierto que el título de *virrey*, que en justicia pudo ostentar Diego Colón, había sido omitido maliciosamente en las credenciales, argucia que no le valió al monarca; pues por virrey se tenía al nuevo gobernador y por virreina a su esposa. Así hubo de continuar la querella, aún teniendo los querellantes el mar de por medio, porque no cesaron los cortesanos de urdir intrigas ni descuidó un instante Diego Colón la propia defensa.

Se comprenderá que, estando así las cosas, tuviera

Juan Ponce de León, al desembarcar en la Española, una grandísima sorpresa y un mayor desencanto.

Había cambiado todo en Santo Domingo: el gobernador, la política, los negocios, el aspecto de la colonia y aún las costumbres. Porque con la *virreina*, dama de alta alcurnia, llegaron otras señoras y damiselas acostumbradas a la vida muelle y pomposa de la corte, dando ello por inmediato resultado que volvieran a destacar, como en España, las jerarquías y privilegios del abolengo, perdiéndose aquella sobriedad y aquellos usos patriarcales que arraigaron con el gobierno de Ovando, hombre a quien no agradaban los lujos ni las vanidades.

Aunque descendiente de una familia noble, a Ponce de León, hecho a la vida ruda del soldado y del aventurero, ya no le sentaban bien las ceremonias cortesanas. Comprendió en seguida que no sabría hacerse simpático al almirante — este título era el que usaba don Diego Colón con preferencia — y que el nuevo ambiente de Santo Domingo le produciría inevitable malestar. Viejos amigos de Ponce habíanse casado con damas recién llegadas del Viejo Mundo; los gustos femeniles prevalecían sobre las necesidades de la colonización; menudeaban las fiestas y saraos; por doquiera se tropezaba con cortejos, y, en fin, merced a la influencia sutil de la mujer de clase, iban los hombres puliendo su trato, se construían casas más cómo-

das, aumentaban la riqueza y la elegancia de los vestidos y la ciudad nueva aparecía más aseada y graciosa.

Pero todo ello era, para Ponce, motivo de inquietud, no de alegría. En efecto, cuando fué a entrevistarse con el almirante y le expuso sus pretensiones, don Diego torció el gesto, y muy amable, muy político, muy fino en sus modales, dióle a entender que tenía reservada a otra persona la misión de gobernar la isla de San Juan.

La situación de Ponce se hizo más difícil todavía, porque eran varios los aspirantes al mando de Boriquen. Un caballero español, llamado Cristóbal de Sotomayor, de mucho arraigo en la corte y perteneciente a una familia ilustre, llegó un buen día a Santo Domingo y presentó poderes que le señalaban una jurisdicción en las tierras exploradas por el capitán palentino. El almirante no recibió a Sotomayor con más beneplácito que a Ponce: decididamente el rey se obstinaba en regatearle sus prerrogativas, otorgando nombramientos sin previa consulta que, al menos, sirviera para cubrir las apariencias.

Don Diego Colón, muy noble, muy franco, muy generoso y muy leal, era asimismo susceptible en extremo; de tal modo que, tocándose al punto delicado de su dignidad, se descomponía fácilmente.

Contestó a Sotomayor con acritud lo mismo que había contestado a Ponce de León, esto es: que ya tenía él esco-

gido gobernador para San Juan de Puerto Rico y que sentía se hubiese molestado el caballero en hacer un largo viaje completamente inútil. En seguida nombró a Juan Cerón, hombre de su confianza, para ejercer el mando en Boriquen, debiendo asesorarle y substituirle, en caso de necesidad, Miguel Díaz, otro de sus favoritos.



Cuando Juan Ponce tuvo noticia del chasco que se llevara el delegado regio, procuró ponerse en relación con éste y explorar su ánimo.

Don Cristóbal de Sotomayor era un caballero que tenía el corazón a la altura de sus blasones. Imposible hubiera sido dar con un hombre más limpio de doblez, más afable en su trato y menos amigo de intrigas. Tranquilo por temperamento, noble por la sangre y por los naturales impulsos de su alma, amante de la paz y muy poco ambicioso, se resignó fácilmente a ser lo que quisiera el almirante y ofreció a Ponce su amistad sincera. Tenía una dulzura y una simpatía irresistibles, y reflejaban sus ojos tanta bondad, tanta nobleza, que sólo siendo un desalmado se hubiera podido desear su daño.

Era un poco más joven que el capitán y también muy apuesto, muy señor, aunque sin desplantes ni encastillado

orgullo. Vestía con modestia y enmarcaba su tez morena una barba negra, abundante y fina.

Juan Ponce y Cristóbal de Sotomayor se hicieron grandes amigos y fueron a proponer al almirante que les dejara marchar a Boriquen con Juan Cerón y Miguel Díaz. Su propósito era contribuir de buena fe al sometimiento de las tribus y colonizar luego un par de provincias por su cuenta. Ello si Ponce no se cansaba de vivir en paz, como le había ocurrido en Higüey; si tal aconteciera, solicitaría de don Diego Colón que le empleara como soldado en otras empresas más difíciles y arriesgadas.

Aunque el almirante recelaba de Ponce, por haber sido favorito de Ovando, y no solía mirar tampoco con benevolencia a Sotomayor, a causa de tener éste las simpatías del rey, no se opuso a que dichos dos caballeros, de quienes, por otra parte, tenía los mejores antecedentes, se unieran a Cerón, el gobernador por él nombrado.

Y Cerón tuvo por oficiales a hombres como Sotomayor y Ponce, que le superaban por su inteligencia, por su valor personal, por el lustre de su cuna y por su fidelidad a la Corona. Además, Ponce le llevaba otras ventajas muy considerables: la de conocer ya la isla de San Juan y la de contar en ella con muchos amigos indígenas. Sin embargo, ni Ponce, ni Sotomayor, ni Díaz, ni Ortubia ni nadie, entre los oficiales y colonos castellanos, dejó de respetar

el nombramiento otorgado por el almirante. Cerón, al principio, pudo temer una celada de sus compañeros injustamente postergados; pero se convenció muy pronto de que estaba rodeado de hombres de honor, aún tratándose de aventureros para quienes jugarse la vida era casi un placer.

Afortunadamente, no puede sostenerse por mucho tiempo lo que se hace sin razón y contra justicia: el gobernador de San Juan había de ser substituído muy pronto por el hombre que tenía más derecho a mandar en la isla.

Sucedió que estaban los españoles — los que dejó Ponce con Agueybaná y los que embarcaron después con Cerón — ocupados en escoger comarcas donde fundar ciudades y en hacer calas en la tierra para descubrir la que fuera rica en mineral, cuando se supo, por mensajeros llegados de Santo Domingo, que el rey había desautorizado al almirante y nombrado gobernador de San Juan a Ponce de León.

Era ello consecuencia de la llegada a España de Nicolás de Ovando y de haber tenido noticia el monarca de la porfía puesta por el almirante en la defensa de sus atribuciones y privilegios hereditarios.

Ovando había dado de Ponce los mejores informes, como era de esperar, y el rey, por otra parte, sintió renacer su antipatía por Diego Colón, al enterarse de que éste

tuvo el atrevimiento de anular los poderes de Sotomayor, no obstante haberlos firmado el soberano de su puño y letra. Y esta vez el almirante, aunque recibía el latigazo en pleno rostro, no se dejó llevar de la cólera y se mostró sumiso a la voluntad de la Corona.

Se encontró, pues, Ponce de León, hecho gobernador cuando menos lo esperaba, dicho se está que con júbilo inmenso de sus amigos, que eran todos los indios boriqueños y la mayoría de los colonos y soldados españoles. Cerón protestaba, y Ponce le dijo que se trasladara a España con sus protestas, único modo de que pudiera oirlas el rey, que era quien debía decidir y fallar su pleito. Así lo hizo Cerón, que embarcó poco tiempo después de hallarse desempeñando, muy a disgusto, el cargo de teniente. Son pocos los hombres que saben ser segundos con dignidad allí donde fueron primeros sin ella.

En cambio, Cristóbal de Sotomayor, que tenía más motivos para sentirse desagradado, por la preferencia otorgada a Ponce, pues él ostentaba más títulos de nobleza y era a quien primero se había dado cédula real de gobernador, no opuso ninguna dificultad al cumplimiento de las recientes disposiciones del Rey Católico. Su deseo era ser teniente de Ponce, como éste le proponía; no lo fué, sin embargo, porque sus amigos le echaron en cara, considerándolo como una humillación, que se

sometiera a un hidalguelo — así llamaron al capitán parentino unos cuantos envidiosos — que más tenía de aventurero que de señor.

Don Cristóbal barruntó la intriga y temió que fueran los intrigantes a murmurar impertinencias al oído del capitán, como ya las habían murmurado en el suyo. Mejor que aceptar el puesto de teniente, sería que le dieran tierras y esclavos para cultivarlas; así se aseguraba una vida tranquila y provechosa.

Esta proposición agradó a Ponce, que dió a Sotomayor todas las tierras y todos los indios que quiso, yendo el buen caballero a establecerse en la comarca que le pareció más risueña y apropiada a los trabajos agrícolas.

Los indios habían aceptado por amos a los españoles sin previa violencia del extranjero invasor; éste halló libre el camino para ir adonde quisieran guiarle la ambición o el capricho. Ninguna tribu se rebelaba. Ponce de León era respetado y casi adorado por los isleños, que le tenían por hijo de los dioses, atribuyéndole facultades divinas.

Nunca pudo un hombre, metido en negocios tan inseguros y cercados de peligros como era la empresa de Ponce de León, verse vencedor con menos esfuerzo. Verdaderamente, parecía hallarse en poder de la varita mágica que sirve a los encantadores, según la conseja popular, para conseguir imposibles.

V

Las aves agoreras

Dicen que el tiempo no corre: vuela. A los españoles establecidos en la isla de San Juan les pasaban las semanas, los meses y aún los años sin sentirlo, porque tenían mucho que hacer, y, para el hombre atareado, la vida es breve.

Habíanse echado los cimientos de varios pueblos y eran los dos más importantes Caparra y Sotomayor. El primero lo fundó Ponce de León en la costa de la isla que mira al Norte, en un lugar atrayente por sus bellezas naturales y por tener cercanos algunos riachuelos entre cuyas arenas se encontró oro en abundancia; pero, a cambio de estos atractivos, el paraje era pantanoso y malsano. Sin embargo, a no muy larga distancia de allí, había de prosperar, con el tiempo, San Juan de Puerto Rico, la capital. Puerto Rico es el nombre que le dieron los primeros colonos españoles, sin duda aludiendo a las pepitas de oro halladas en el lecho de los ríos vecinos. La antigua colonia

de Caparra, hoy llamada Pueblo Viejo, estaba distante del mar una legua.

Sotomayor tomó el nombre del caballero español que había pedido a Ponce la concesión de una comarca para poblar y ensayar en ella algunos cultivos. Situado también este establecimiento en la costa del Norte, no fué el primero escogido por Sotomayor; pues antes había intentado quedarse don Cristóbal en la bahía de Guarnica, al S. O. de la isla. Tuvo que marcharse de allí, con sus colonos, a causa de una plaga de mosquitos.

Lo cierto es que la famosa Boriquen, con todas sus riquezas y la mansedumbre de sus habitantes, no era un paraíso. Hasta entonces los indios se habían estado quedos, sometiéndose sin protesta a los hombres blancos; pero aquella vida apacible y regalada que hallaron los exploradores al visitar, por primera vez, la tribu de Agueybaná, no pasaba de ser un espejismo engañoso.

No había indios bravos ni bestias carniceras — el único cuadrúpedo temible era el cimarrón, especie de perro salvaje —; mas, en cambio, los insectos, que atacaban formando verdaderas nubes, y las emanaciones pestíferas de los pantanos, constituían un continuo peligro de muerte.

Un ser minúsculo, insignificante por lo pequeño, fué el primero y más formidable enemigo de la colonización, en

Caparra, en Sotomayor y en todos los demás establecimientos españoles. Ese animalito patriota, que daba a los hombres hijos del país un emocionante ejemplo de resistencia heroica, era la hormiga. Las hormigas, formando ejércitos de billones y billones de soldados, atacaban las casas de los colonos y excavaban sus cimientos hasta derrumbar algunas. Morían muchos de los animalitos asaltantes, aplastados por los escombros; pero así es como ofrendan los héroes su vida a la patria. De las casas de madera, pocas podían resistir el asalto, y las de paredes de tapia sufrieron asimismo desperfectos.

Otras hormigas, las sutiles y dañinas niguas, revolvíanse fieramente contra el hombre, empleando una táctica de la cual tenía dolorosa experiencia el mismo Ponce de León; a muchos colonos dejaron cojos o mancos.

Nunca pudieron vencer los intrépidos soldados de España la resistencia tenaz de los insectos, que les seguían por doquiera iban, unos a rastras, otros zumbando alrededor de sus cabezas, y todos afanosos por clavar su aguijón envenenado en carne cristiana.

Además, la humedad, en determinados parajes, era irresistible. Caían aguaceros torrenciales, sobre todo desde agosto a diciembre, y se formaban lagunas inmensas. Unido ello al calor bochornoso y a la tupida ramazón de los bosques, no es de extrañar que estuvieran continuamente so-

nando sus trompetillas, o clarines de guerra, los ejércitos aéreos, es decir: las nubes de insectos zumbones.

Los colonos de Ponce y de Sotomayor caían enfermos con frecuencia, atacados traidoramente por el vómito tropical, el paludismo, la disentería. Y los efectos de la terrible humedad se hacían sentir no sólo en el organismo humano, sino hasta en las corazas y rodelas de los soldados. Aquel hierro, protector del hombre en los campos de batalla, que resistía a los golpes del enemigo armado, caía ahora, en la paz, deshecho en hojas, frágil, descompuesto.

— No es la vida, en esta isla, tan dulce y descansada como tú te prometías — decía en cierta ocasión el oficial Ortubia a Juan González, el coplero.

Era un anochecer de octubre, en Caparra, colonia floreciente y cuartel general de Ponce de León, por decirlo así, aunque ningún español pensaba entonces en la guerra. Volvían los colonos de un paraje silencioso y escondido donde dieron sepultura a un compañero muerto; y atrás quedóse la cruz, con los brazos extendidos, mientras el cortejo volvía preocupado por la triste misión cumplida. Las casas del pueblo, apresuradamente fabricadas con barro y piedras, con troncos de árbol y cañizos, agrupábanse, recostadas en una colina, y se iban cubriendo con el manto brujo de la noche. El cielo mostraba el lujo de sus luminarias astrales, y la tierra, en todo el claro del valle, se

extendía bajo una fantástica iluminación de lucernas. Aquellos bichos, semejantes a mariposas y a brillantes carboncillos encendidos, volaban formando grandes masas, y parecía como si se desprendieran del cielo, pulverizadas, las estrellas.

— La vida es agria en todas partes — contestó Juanuco González a Ortubia —, pero aún la prefiero yo a la muerte, que me parece peor.

— Por lo menos, tiene muy mala cara — advirtió un soldado que también formaba parte del cortejo —. Mas no le tengáis al pellejo demasiado amor y recordad aquello que tanto nos repiten los frailes: del polvo vinimos y al polvo volveremos.

— ¡Verdad es eso como hay Dios! — dijo Pérez de Ortubia —. Polvo y carroña somos que cubrirá la tierra. Me pesa en el alma, sin embargo, el temor de que no sea tierra española la que ha de cubrir nuestros cuerpos, cuando nos llame el Señor a su juicio.

— ¿Os da miedo morir en este desierto? — preguntó González —. En verdad os digo que es ésta una cosa que no me preocupa. Tarde mucho la muerte en llegar, y no pondré reparos por el paraje donde me señalen la sepultura. Lo mismo me da si nacen en ella rosas que si echa la tierra ortigas.

— ¡Pardiez! — replicó Ortubia —. Yo preferiría

morir en mi viejo solar y que doblaran por mí las campanas del pueblo donde se meció mi cuna.

Había ya cerrado por completo la noche, y seguían resplandeciendo las plantaciones del valle, bajo la móvil y extensa capa de las mariposas de luz.

Se disolvió el cortejo. Los colonos, aunque sobrados de humor, otras veces, para pasarse la velada al fresco, tocando la vihuela o jugando a los dados, no estaban aquella noche para bromas. Era la primera vez que enterraban a un compañero en tierra de Boriquen, y ello les restaría buena parte de la admiración de los indios, que habían tenido a sus tiranos por inmortales. Afortunadamente, sólo habían visto morir a un español los indios de Caparra. Podían los colonos estar tranquilos y entregarse al día siguiente, acudiendo a sus inagotables reservas de valor, a la rebusca del oro, a la edificación de sus hogares, a las exploraciones por la selva virgen, al cultivo de sus campos, y, en fin, a los rudos trabajos de su azarosa vida.

Por cierto que no escapaba nadie de estas penalidades, y que el esfuerzo continuado tenía mohinos a los naturales del país, viciados en la holgazanería de sus costumbres primitivas. Tarde comprendieron aquellos hombres sencillos que habían caído en una fatigosa servidumbre, de la cual no se redimirían ya nunca más, so pena de rebe-

larse contra los extranjeros intrusos. Pero el hombre blanco y barbudo seguía pareciéndoles el representante de un poder sobrenatural, y temían las iras del Cielo si no aceptaban con resignación la esclavitud.

El cacique Agueybaná había muerto, y su hermano, con toda la tribu, estaba ahora al servicio de Sotomayor, quien, además, tomó por compañera a la india Toluca, también hermana del régulo desaparecido. Con Ponce de León, que también escogió esposa entre las indias principales, estaban otros caciques, aparentemente adictos al capitán español; pero disgustados, en lo más íntimo de sus almas, por haber perdido todo ascendiente sobre sus tribus respectivas, sometidas al yugo del invasor.

Ello quiere decir que los indios estuvieron contentos de los españoles mientras éstos se limitaron a rendirles cortesía y a regalarles baratijas traídas de España, mientras no pedían otra cosa que hospitalidad y un poco de atención para enseñar la fe de Cristo; más cuando, ya establecidos definitivamente en la isla, comenzaron los colonos a repartirse esclavos, a los cuales hacían trabajar de sol a sol, los indios notaron el cambio de su vida y sintieron la añoranza de su perdida libertad.

En su día habrían de aprovechar los caciques este descontento general para intentar la reconquista de sus fueros, haciendo la guerra a los que se llamaban sus pro-

tectores, cuando, en realidad, dejábase sentir su gobierno como el de los tiranos.



La noche aquella de la cual hemos dicho que fué triste, porque había habido entierro en Caparra, cenó Ponce de León con Pérez de Ortubia y otros dos oficiales, Miguel de Toro y Ruiz de Anasco, a quienes distinguía con su confianza. La cena nada tuvo de banquete ni se vió un vaso de vino en la mesa. Rara vez había en Caparra provisiones abundantes. Para ir desde el puerto a la colonia, que más parecía fortaleza, y lo era en efecto por su posición, precisaba escalar una montaña muy alta y poco accesible, que estaba poblada de espesos bosques, de tal suerte que era más difícil ir a buscar provisiones al puerto, distante una legua, que traerlas de Santo Domingo a una plaza cualquiera de Boriquen.

El gobernador se creyó obligado, sin embargo, a dar a sus convidados una satisfacción por la pobreza del obsequio.

— Habréis de comer el pan seco y la carne dura — dijo —, porque todavía no permite Dios que vivamos en la abundancia. Tampoco tengo vino que ofreceros, pero el

agua es buena en Caparra y entiendo yo que es más sana que el vino. Quiera el Cielo que nunca nos falte.

Los oficiales sonrieron, sin quejarse de su suerte ni de la frugalidad que les ofrecía el anfitrión, cuyos recursos eran infinitamente más escasos que los del rey de Tebas, y por ello no podía ser más rumboso.

Además, aunque aquella noche se hubiese servido en casa de Ponce una cena excelente, no habrían estado menos desganados ni taciturnos los comensales. Porque se comió poco y casi sin decir palabra.

Ponce ocupaba la cabecera de la mesa, donde había, eso sí, muy blancos manteles y dos hermosos candiles de ocho luces. A la derecha del capitán estaba sentada su esposa, india joven, que podía considerarse el más bello ejemplar de la raza; y a la izquierda, tenía su sitio el teniente y familiar Pérez de Ortubia. Los otros dos oficiales ocupaban los puestos fronterizos al amo de la casa.

Había otro personaje del que no se ha dado hasta aquí referencia alguna, no obstante ser de la intimidad del gobernador y representar un papel no despreciable en la pacificación de la isla. Era ese personaje el perro *Bece-rrico*, llamado así por su gran tamaño y su color bermejo, frecuente en el ganado vacuno. Perro de combate, de patas recias y largos colmillos, no lo hubiera cambiado Ponce por el mejor de sus arqueros, a quienes aventajaba

en arrojo y fiereza. Hijo de este *Becerrico*, vencedor en cien combates, fué otro perro famoso, el de Vasco Núñez de Balboa, del cual se ha hablado extensamente en la historia de este gran descubridor.

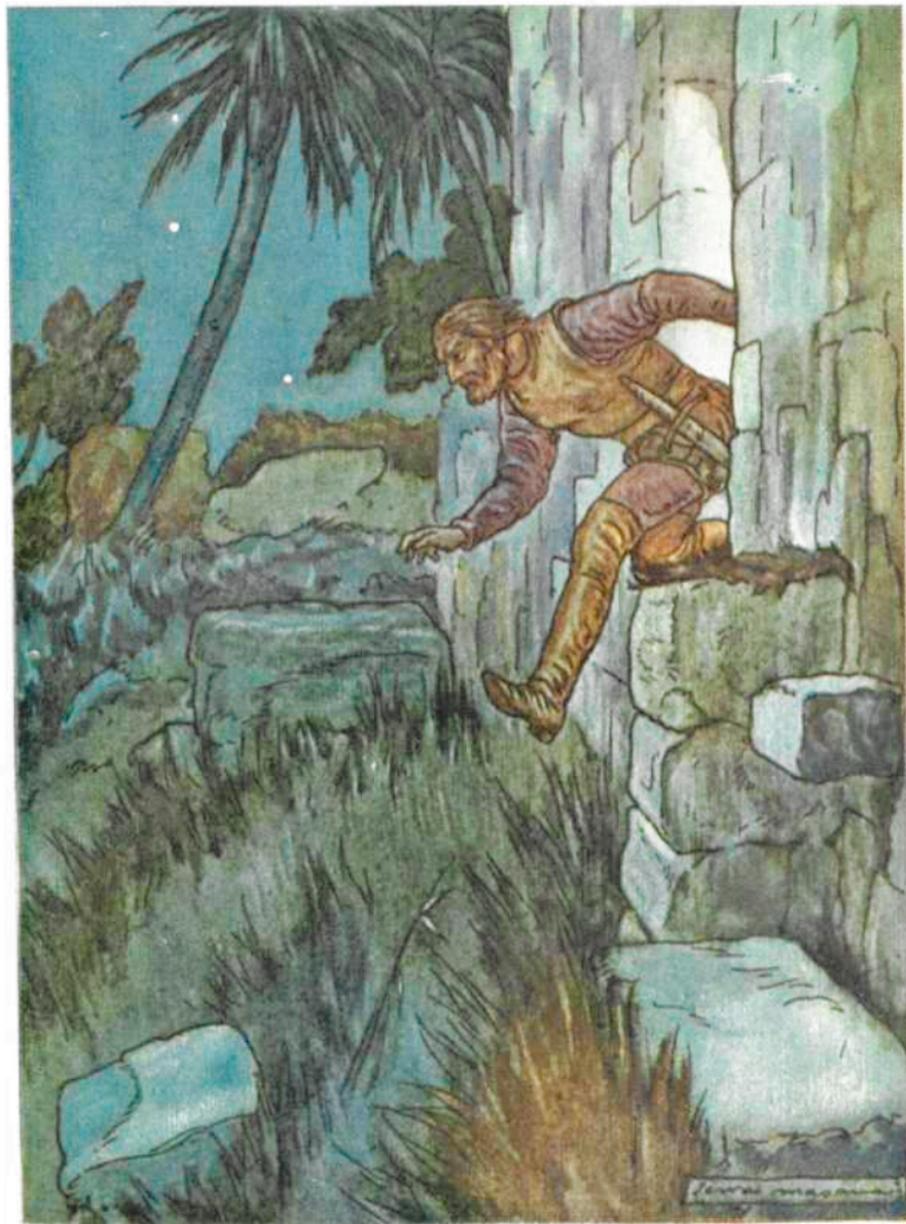
Becerrico hallábase aquella noche, como otras muchas noches, echado a los pies de su amo, y roía unos huesos con parsimonioso deleite.

El ruido que hacía el perro con las mandíbulas destacaba, claro y fuerte, en medio del silencio en que transcurría la cena, que servían los criados indios, de paso también silencioso, por la circunstancia de llevar los pies descalzos.

Y aconteció en medio de esta gravedad, por instantes más acentuada, un hecho misterioso, capaz de helarle el corazón al hombre más valiente. Entraron de improviso, por una ventana abierta al campo, cuatro o cinco pajarracos como lechuzas, pero más grandes y más negros, que comenzaron a dar vueltas por la estancia, alesteando con verdadero frenesí. Al mismo tiempo se oyó una voz fina y aguda, sin duda de mujer, que gritaba desde fuera:

— ¡Capitán Ponce de León, vive prevenido! ¡La traición te acecha!

Becerrico, que era el único no asustado por la intempestiva visita de las aves negras, iba tras éstas dando saltos



Y saltó por la ventana al campo.

y furiosos ladridos; pero no lograba alcanzar a ninguno de los misteriosos visitantes.

— ¡Mala peste! — gritó Ponce, lanzando con toda su fiereza un taburete contra los pajarracos —. ¿De dónde habrán salido esos demonios con alas?

— ¡Jesús! — exclamó la esposa del capitán, al mismo tiempo que se persignaba. Y por dos veces más pronunció el santo nombre del Redentor: — ¡Jesús! ¡Jesús!

Pérez de Ortubia había logrado derribar a una de las aves de un espadazo; pero, persiguiendo a las restantes, tropezó con la mesa y volcó los candiles.

Se quedaron a oscuras, cuando nuevamente oyóse aquella voz de mujer que gritaba:

— ¡Capitán Ponce de León, vive prevenido! ¡La traición te acecha!

— Yo conozco esa voz — dijo Ponce, asomado a la ventana —. Voy a ver quién es el que así grita.

Y saltó por la ventana al campo. Tras él se fueron los pajarracos y, luego, el perro.

— ¡En mi vida he visto cosa que más me haya impresionado! — declaró un oficial —. Cosa del infierno parece, y temo que al capitán le suceda una desgracia.

— ¡Jesús! — volvió a repetir la india compañera de Ponce, que se había casi incrustado en un rincón y se tapaba la cara con las manos.

Pérez de Ortubia pedía a voces, a los criados, que trajeran una luz, y cuando oyó que su compañero declaraba temer por la vida del capitán, le atajó replicando con acritud:

— Más miedo pasáis por vos mismo que por Ponce de León, a quien todos los demonios del infierno no asustarían. Os creía hombre de más arrestos, amigo, y resulta que basta, para espantaros, el vuelo atolondrado de unas gallinas.

— ¿Gallinas decís? No deseo que os hagan caldo de la que habéis muerto —. Observó el oficial, menos ofendido por las palabras de Ortubia que inquieto a consecuencia del trance por que acababan de pasar —. Estas parecen cosas del otro mundo; contra lo que no es natural, no valen valentías.

— Pues si no eran gallinas, serían cuervos — hubo de insistir Ortubia, al mismo tiempo que entraban los criados con nuevos candiles encendidos —. Ahora que os veo bien la cara, observo que habéis mudado el color.

En efecto, el oficial estaba pálido, lo mismo que su compañero, a quien le pareció debía dar igualmente su opinión sobre lo acaecido y sobre la supuesta especie de las aves misteriosas.

— No eran ni gallinas ni cuervos — dijo, mientras envainaba su espada, que había tenido también desnuda —.

Creo yo que eran *jujuis*, como llaman los indios a las gallaretas negras. ¿No habéis oído la voz, tras la cual se fué nuestro capitán, creyendo que pertenecía a un ser humano? La *juju* imita muy bien la voz del hombre.

— ¡Pardiez, que es gran bobada la que habéis dicho! — replicó Ortubia, soltando a chorro la risa —. La *juju* imita la voz del hombre, no lo niego; pero no pronuncia palabra ni menos puede decir lo que todos oímos, aquello de: ¡Capitán Ponce de León, vive prevenido! ¡La traición te acecha!... Pero en fin — añadió —, por ahí debe estar el pajarraco que yo derribé de un espadazo, y, viéndolo de cerca, podremos salir de dudas.

Ortubia se equivocaba. Había ciertamente alcanzado con su espada a una de las aves; pero ésta, a pesar del golpe y de haber caído herida, sin duda logró reponerse y seguir a sus compañeras; pues no fué hallada en parte alguna.

— ¡El diablo la lleve! — dijo el teniente, cansado de buscar —. Debe haber volado con las otras.

— Permitid que os diga otra vez que el lance parece cosa de encantamiento — insistió el más impresionable de los dos oficiales. Y luego, dirigiéndose a los criados indios, preguntó: — Vosotros qué creéis: ¿eran *jujuis* o demonios aquellos pájaros?

Los indios, siempre inclinados a creer lo absurdo y ma-

ravilloso, dijeron que nunca habían visto pájaros semejantes y que los tenían por enviados de los dioses Marobo y Epilguanita, ambos extranjeros, de Haití, que demostraban muy mala voluntad por los habitantes de Boriquen. De Epilguanita dijeron que tenía una calabaza de donde habían salido el mar y los peces, y también, quizás, las aves agoreras.

La compañera de Ponce, a la cual éste hubo de convertir a la verdadera fe, enseñándola a separar la santa religión de las necias idolatrías, apostrofó a los criados, reprendiéndoles por su ignorancia y superstición.

— No se hable más de cosas tan fuera de la verdad — dijo Pérez de Ortubia —, y vayamos nosotros en busca del capitán, que puede necesitar nuestros servicios. ¡Ea! ¡En marcha!

Ortubia y los dos oficiales no saltaron, como Ponce, por la ventana; salieron por la puerta y dieron una vuelta a la casa para orientarse y ver si podían descubrir el rastro de su jefe.



Juan Ponce de León, al saltar por la ventana, había seguido un bulto, que le pareció de una persona, el cual se deslizaba rápidamente hacia el fondo del valle, donde relucían las lucernas con extraño y fantástico fulgor.

— ¡Hola! — gritó Ponce —. Espera, camarada. ¿Por qué me huyes?

Nadie le respondió; el bulto seguía resbalando por la pendiente con desconcertante rapidez. No podía el capitán seguirle, a pesar de sus buenas piernas, y azuzó a *Becerrico* para que diera alcance al bulto fugitivo.

— Lo que es más que el perro no creo que corras — se dijo Ponce, dejándose resbalar él también y rodando, entre piedras, por el talud.

El perro se adelantó a su amo, emprendiendo una carrera loca, y en muy pocos instantes se puso al lado de la persona que huía. Sujetóla con la boca por una muñeca y esperó órdenes del capitán.

— ¡Por tu buen Dios, dile al perro que me suelte! — gritó una voz conocida de Ponce —. ¡Juro no moverme de aquí hasta que llegues!

— No hayas temor, que no te hará daño *Becerrico* — contestó el caballero español —. El animal sabe su obligación y no ataca a la gente de paz.

En efecto, el perro no apretaba los dientes sino cuando su prisionero quería desasirse y escapar. Se limitó a tener bien sujeta su presa y a mover la cola de un cierto modo que parecía gesto de amenaza.

Llegó, por fin, Juan Ponce y dijo al perro que soltara

al cautivo, o mejor cautiva, pues se trataba de una mujer. El perro obedeció en el acto.

— ¡Vive Cristo! — exclamó entonces el capitán —. ¡Había sospechado quién eras! Banoa ¿a qué has venido?

— Soy Banoa, sí, y he venido a decirte que todas las tribus están contra ti y que te harán la guerra cuando menos lo esperes — dijo la india tenida por espía, a quien Ponce debía gratitud —. He venido a salvarte otra vez, avisándote del peligro que corréis, en Boriquen, tú y todos los tuyos.

— Mucho te agradezco este servicio — hubo de manifestar el capitán —; pero ¿por qué te rodeas siempre de misterio, y, sobre todo, por qué me huías?

— Me rodeo de misterio porque no quiero parecer desleal a los míos, y no huía de ti, sino del perro.

— ¿Cómo has podido venir de la Española y cómo sabes que los tuyos preparan un alzamiento?

— Vine de la Española para estar cerca de ti y avisarte si corrías peligro; sé que los indios preparan un alzamiento porque los he visto conspirar.

Ponce de León estaba perplejo. La desinteresada y constante protección de Banoa, aunque le llenaba el alma de gratitud, también le confundía, no acertando a explicarse el motivo de aquella adhesión fervorosa.

— Puesto que tan buena voluntad me tienes — dijo

—lo mejor sería que te quedaras con nosotros. Yo te prometo que serás tratada con respeto y que participarás de nuestra fortuna.

— No me pidas lo que no puedo hacer — replicó Banoa, con voz donde se advertía un dejo de emoción —. No quiero que los hombres de mi raza me maldigan. Además, estando con vosotros, no podría servirte como ahora. Es mejor que esté con los míos para enterarme de lo qué piensan y de lo qué intentan.

— Mujer discreta eres y mucho puedes servirme, si no se tuerce tu inclinación — declaró el castellano, a quien la india había convencido con sus últimas palabras —. Y ahora que recuerdo, dime: ¿sabes tú qué pajarracos eran los que entraron en mi casa cuando tú me llamaste?

— No los he visto — declaró Banoa —. Quizás fueran aves agoreras que anuncian días terribles. A veces, nuestros dioses nos dan aviso de un próximo mal, y para ello se sirven de los pájaros de la noche, que son los mensajeros del dolor.

Ponce de León se echó a reír. Despreciaba a los dioses de los salvajes, ídolos insensibles, que nada hacían en realidad, aunque la ignorancia de los hijos del país les atribuyera un poder del cual podía burlarse todo buen cristiano.

— Tú sólo crees en el Dios bueno que está en el cielo — dijo la india — y haces bien. Él es quién os da a los

españoles valor y fuerza para dominar en todas las tierras del mundo. Si no creyera yo en la bondad de vuestro Dios, no te serviría; para ganarme el amor de Dios, te ayudo a ti, que un día fuiste bueno conmigo y que consagraste tu vida a la causa de la Santa Cruz. Adiós, capitán Ponce, y no olvides que los indios conspiran.

— Espera — suplicó el caballero, viendo que Banoa se disponía a descender otra vez por la vertiente —. Ya que me sirves sin esperanza de premio, y pues eres buena cristiana, quiero que tengas de mí un recuerdo que te guardará de todo peligro.

Desabrochóse el cuello del jubón y se sacó del pecho unas medallas de oro que llevaba pendientes de un cordón de seda. Escogió una de aquellas medallas, que tenía grabada la imagen de la Virgen; la besó con fervor y la ofreció a Banoa.

— Toma — dijo —. Es de la Virgen Santísima, Madre de Nuestro Señor, que murió en la Cruz por salvarnos a todos. La he llevado en el cuello desde que era niño y me ha librado mil veces de la muerte. No la pierdas.

La india aceptó la medalla; la besó, hincando en tierra las rodillas, y besó después la mano que le daba aquel tesoro.

— Más te agradezco este regalo que si me dieras una corona de reina.

Estas palabras las pronunció Banoa casi llorando de alegría. Y añadió, levantándose:

— Adiós, Ponce de León. ¡Que el Cielo te guarde!

— Anda con Dios, mujer, y que la Virgen te guíe — contestó el capitán, sujetando a su perro por el collar, para que no se fuera tras la india.

Esta dejóse ir por el declive pronunciadísimo de la ladera del monte, y se perdió en lo profundo, con un vago rumor de piedras removidas.

Ponce de León dijo entonces a su perro:

— Vamos a casa, *Becerrico*; vamos, que aún nos queda qué hacer esta noche.

Fué el perro por delante y le siguió su amo, subiendo por la vertiente con paso tardo y haciendo zig-zag. Ya en lo alto, se les juntaron Ortubia y los dos oficiales que habían salido a buscar al capitán.

— Que vaya uno a decirle a Juan González que necesito verle al instante — ordenó Ponce —. Vos, Ortubia, venid conmigo a casa; tengo que comunicaros importantes cosas.

Aquella misma noche trazó el gobernador, de acuerdo con su teniente, un plan de campaña. A Juan González le fué confiada una delicada misión, que era la de llevar aviso a don Cristóbal de Sotomayor para que se previniera contra un posible alzamiento de las tribus. Iría Juanuco

con disfraz de indio, pintarrajeado el pellejo y vestido con los faldellines que usaban las gentes del país. Otras veces se había metido en empresas semejantes, y sabía entenderse con los indios a maravilla, hablándoles en su propia lengua.

Y entretanto González y otros mensajeros corrían a prevenir a los españoles instalados en distintos puntos de la isla, para que no les sorprendiera la sublevación; el gobernador organizaría sus huestes y se haría fuerte en Caparra, de modo que pudiera tener allí un refugio seguro, si por acaso no le permitiera la suerte correr en auxilio de los colonos de Sotomayor y otros establecimientos.

— ¡Bah! — decía Ponce de León a sus oficiales —. Por fortuna y gracias a la india Banoa, hemos sabido a tiempo que se nos prepara una trampa. ¡Voto al diablo! ¡Ya sabrán los indios con quién tratan y lo que duele mi mano cuando la dejo caer sobre alguno! Si nos piden guerra, guerra habrá bastante para que queden todos contentos.

VI

Andanzas de Juan González y muerte de don Cristóbal de Sotomayor

Se ha dicho en las primeras páginas de este libro que Juan González, por su ingenio de juglar y sus artes de curandero y tañedor de vihuela, había podido captarse la estimación de sus compañeros de fortuna; aunque, midiendo su mérito por el comportamiento observado en los combates, todos le despreciaban cordialmente. Juan González no demostró jamás la menor vocación por la vida heroica. Caprichos del azar le trajeron al Nuevo Mundo a correr aventuras; mas él hubiera sido más feliz regentando un bodegón sevillano o dedicando sus travesuras y donaires a divertir a un duque de mucha hacienda en Valladolid o en Toledo. Queremos con esto dar a entender que González salió de Caparra con ciertos recelos en el alma, el día que le fué confiada la difícil misión de avisar al caballero Sotomayor para que se previniera contra la asechanza de los indios rebeldes.

El rechoncho Juanuco se había disfrazado tan perfec-

tamente, que no le hubiera conocido el más listo descubridor de supercherías carnalescas. Llevaba la cara pintada con más colores que tiene el arco iris; el cuerpo todo embeñonado, sabe Dios con qué misterioso tinte, parecido al chocolate, y le colgaban de las orejas y de la nariz aquellos adornos que tenían los indios en más aprecio, como arracadas de conchuelas de mar y dijes de corralinas. Iba desnudo hasta la cintura, al aire el pecho y la abultada barriga, cubriéndole las piernas, hasta un poco más abajo de las rodillas, el faldellín de redcillas de paja. Se había teñido y alborotado con arte el cabello, que llevaba de punta como un erizo, y ceñían sus muñecas y tobillos sendos brazaletes de oro.

Pero, aunque la mixtificación parecía un prodigio verdadero, Juan González recelaba ser descubierto por los indios, a quienes la broma no podía agradar, lo cual era motivo para temer un desaguisado.

Pronto pudo convencerse, sin embargo, de la eficacia de su disfraz; pues, durante el tiempo que estuvo andando camino de Sotomayor, se tropezó con varios indios errantes, que por hombre de su raza le tuvieron; y luego, llegado al dominio de un cierto cacique que nombraban Bayoán, los naturales del país invitaronle a tomar parte en una fiesta que allí se celebraba con alegría frenética.

Los motivos de dicha alegría aumentaron las inquietu-

des de Juanuco, a quien se ofreció ocasión de comprobar como verdaderos los avisos de la india Banoa. Por los salvajes de Bayoán tuvo noticia, el español disfrazado, de un hecho horrible, que le puso los pelos más tiesos todavía de como los llevaba, produciéndole al mismo tiempo una glacial sensación en la espalda, un escalofrío sólo sentido en presencia de la muerte, que le corrió desde la coronilla a los carcañales.

Un poco repuesto del susto, González se hizo referir al detalle lo ocurrido, y supo todos los pormenores del lance desgraciado que se narra a continuación. Juzgue el lector por sí mismo si tenía Juanuco fundados motivos para estremecerse y pedir auxilio a la divina Providencia.

Antes de decidirse los indios a romper el yugo que les sometía a vasallaje, habían querido salir de dudas respecto a un punto del cual dependía principalmente el éxito del alzamiento. Era ese punto la pretendida *inmortalidad* de los españoles; pues, en su ignorancia y en su admiración fanática a los hombres blancos, como ya se ha dicho otras veces, habían dado en la tontería de creer que sus tiranos, supuestos hijos de los dioses, no podían morir.

— Vamos a probarlo — dijo un día el cacique Bayoán —, y sabremos si son inmortales o no lo son.

Escogieron, para el terrible experimento, a un mucha-

cho castellano de una colonia próxima, que visitaba con frecuencia distintas tribus al objeto de comerciar con ellas. Era casi un chiquillo y estaba muy lejos de sospechar la celada que iba a costarle la vida.

Los indios de Bayoán le recibieron con el agasajo de costumbre, le compraron sus mercancías y se ofrecieron después a pasarle en hombros por un río que corría cerca del poblado. Este ofrecimiento, que ya le habían hecho otras veces, no llamó la atención del incauto Salcedo, que se dejó acompañar hasta el río, no muy ancho, pero sí lo bastante caudaloso para tener que pasarlo mojándose medio cuerpo.

Al llegar a la orilla, dos indios tomaron en hombros al joven español y metiéronse en la corriente; mas así que se vieron con agua hasta la mitad del muslo, dejaron caer su carga y al instante se arrojaron sobre el mozo infeliz, que hacía esfuerzos desesperados por librarse de sus verdugos. La lucha duró muy poco tiempo. Desde ambas riberas se habían lanzado al río centenares de indios, dando espantosos gritos en los cuales podía advertirse una ferocidad inhumana. Entre cinco o seis, sujetaron a Salcedo, completamente zambullido, y no le soltaron hasta que dejó de hacer fuerza y de agitarse con las convulsiones de la agonía. Entonces le sacaron del agua y tendieron el cadáver sobre la hierba. Le rodearon todos,

vigilando con ojos ansiosos, porque temían que se recobrara y volviera a vivir.

Tal eran el fanatismo y el temor de los salvajes que, aún viendo inmóvil el cuerpo del español, todavía recelaban que se fingiera muerto, para engañarles y preparar su venganza; de suerte que creyeron prudente fingir ellos también, y comenzaron a llorar y a dar gritos lamentosos, como si deploraran una desgracia ocurrida contra su voluntad. Esta escena tragi-cómica duró tres días con sus noches; allí se estuvieron los indios todo este tiempo sin cesar en sus llantos y lamentaciones, y allí se hubieran pasado quizás la vida, fingiéndose transidos e inconsolables, si no comenzara el cadáver a descomponerse y a despedir un olor que era testimonio seguro de una muerte cierta.

Fué entonces cuando se entregaron los indios a los mayores extremos de entusiasmo y regocijo, celebrando la mejor y más sonada de sus fiestas, a la cual asistía Juan González no sin inquietud.

— Estos nada sabían del muerto de Caparra — pensó Juanuco —, pero dirán a todos los indios de la isla cómo murió Salcedo. Me da en la nariz el olor de campo santo y barrunto malos tiempos para los cristianos que venimos a Boriquen.

En efecto, los hombres de Bayoán se estaban llenando

de plumas la cabeza, señal inequívoca de su ardimiento y disposición para la lucha. Además, durante los días que pasó González en aquella tribu, se sucedieron las visitas de caciques y las fiestas precursoras de una empresa heroica. Por las noches, se reunían los salvajes en torno de grandes hogueras y bailaban areitos, acompañados de cantos belicosos. Aquello era un rito, una balada mística, que hacía presagiar a Juanuco, gran conocedor de las costumbres indias, una copiosa efusión de sangre.

Una noche, mientras saltaban los guerreros, como demonios, en torno a las fogatas, envueltos en densas nubes de pavesas, que aumentaban el aspecto infernal de la ceremonia, Juanuco fué llamado por Bayoán, hombre joven y vigoroso, cuya mirada centelleante intimidó al enmascarado. En su lengua pintoresca y difícil, que, sin embargo, conocía González muy bien, preguntó a éste si iría con ellos al combate.

— Este es mi deseo, señor — contestó el cuitado, sintiendo que se le aflojaban las rodillas, por efecto del miedo —. No hemos de permitir que quede vivo ni un solo español.

— No sé si lograremos matarles a todos — hubo de advertir el régulo, moviendo la cabeza con aire de duda —, y tú, con tu grasa y tu tripa, que parece la del dios Corocoto, no servirás de mucho.

— Gordo estoy — protestó González —, pero el viento no me gana en ligereza cuando corro.

— Ya veremos. ¿Sabes que queremos matar primero a los españoles de Sotomayor, comenzando por su jefe? Los dioses guiarán nuestro brazo, armado de la clava. Los españoles tienen una naturaleza no menos frágil que la nuestra y mueren lo mismo que nosotros.

— ¡A quién se lo cuentas! — pensó Juanuco, en castellano. Y luego, hablando en indio, dijo —: No hay que darles nunca en la cabeza, que la tienen muy dura; en cambio, dirigiendo los golpes a las asentaderas, se les hace gran daño. También son más sensibles a los golpes de una cosa blanda que a las armas recias.

— ¡Calla, necio! — ordenó el cacique, volviéndole la espalda —. No me servirás sino para llevar en hombros las cosas de comer.

— ¡Mejor empleo no podías darme! — quedóse pensando Juanuco, viendo que Bayoán le despreciaba por inútil y volvía a reunirse con los notables de la tribu —. Así tendré asegurada la pitanza, si antes no escapo para ir a decirle a Sotomayor lo que le espera.

Averiguó González, aquella misma noche, que uno de los régulos juramentados y el principal promotor de la conspiración, era Agueybaná, hermano de aquel otro cacique que fué gran amigo de Ponce y que había muerto

cuando aún los indios sentían por los españoles admiración y cariño. El actual heredero del cacicato agueybanés, cuyo dominio ocupaban los colonos de Sotomayor, habíase prometido dar muerte, con sus propias manos, al bondadoso don Cristóbal, cuando fuera llegada la hora de su venganza. Sólo al asalto de la colonia que gobernaba este caballero, había destinado Agueybaná tres mil indios. Los demás caciques, cada cual por su lado y empleando en la empresa sus vasallos, se comprometieron a destruir la vida y los bienes de todos los españoles establecidos en distintos parajes, lo cual era muy fácil, por hallarse diseminados y sin medios de resistencia.

Con estas noticias y un susto grande metido en el cuerpo, escapó Juan González del poblado de Bayoán, donde ya nada tenía que hacer, y en competencia con el viento, por él mismo llamado su rival, llegó a Sotomayor, término de su carrera, pero no de sus hazañas.



Don Cristóbal de Sotomayor recibió al mensajero de su amigo Ponce de León, con el buen humor y la sencillez que caracterizan a las almas buenas. Celebró con regocijadas exclamaciones el perfecto disfraz de Juan González

y demostró un gran interés por la salud del gobernador y demás compatriotas residentes en Caparra. En cambio, apenas dió importancia a la noticia de la conspiración de los caciques, que, por cierto, no le cogía de nuevas.

Sotomayor tenía por esposa a una hermana del reyezuelo Agueybaná, y esa excelente mujer, que prefería mil veces el amor de su arrogante caballero español al rango de princesa india y a la libertad de su patria y de su raza, había descubierto el plan revolucionario de los borriqueños. Llena el alma de zozobra, viendo en peligro de muerte a su esposo adorado, dijo a éste que le amenazaba una traición, de la cual sólo podría librarse huyendo con todos los colonos y buscando el refugio de la ciudad donde residía el gobernador de la isla con el grueso de su fuerza.

Abundan en la historia de la exploración y conquista del Nuevo Mundo, parecidos episodios novelescos, donde el rendimiento sentimental de las indias, a quienes los españoles enamoraban fácilmente, salvó a éstos en trances de mucho riesgo. El corazón de las Julietas de color leonado fué siempre propicio a los hombres blancos, y el amor que en él encendían los aventureros castellanos dió origen a frecuentes rasgos de fidelidad y abnegación sublimes.

Pero don Cristóbal de Sotomayor, que sentía por su compañera la mayor ternura, no cuidó de tomar precau-

ciones, ante el aviso del ángel de su hogar y de su guarda, ni se inquietó tampoco por lo que vino a decirle Juan González, testigo presencial de los concilios tenidos por los conspiradores.

— Tienes fama de miedoso — dijo a Juanuco el caballero —. El miedo te hace exagerar el peligro, que no es tan grande como lo imaginas.

— Nada he dicho que nõ sea la verdad pura y aún me quedo corto al medir los riesgos que corremos todos los cristianos en esta tierra de herejes — insistió González —. No vaya a sucederos que, por confiado, antes os veáis en la sepultura que no en camino de salvación. ¡Por Dios y por la Virgen, dad crédito a mis palabras, que son reflejo de lo que han visto mis ojos, y preparad vuestra defensa.

Estaban departiendo, caballero y soldado, a la sombra de un higuero del jardín de Sotomayor, donde se abrían, en medio de las opulencias del paisaje tropical, las primeras rosas pálidas, traídas de España. Sotomayor tenía una casa de madera, no rica, pero cómoda y amplia, con un huerto vecino, muy poblado de árboles y de flores. En un regajal, próximo al higuero, se bañaban gozosamente los patos, hundiendo en el agua clara su cuello, que volvían a sacar luego goteando perlas líquidas e irizadas por la luz del sol, mientras paseaban, bordeando la charca, o

retozaban con saltos y vuelos cortos, bandadas de tórtolas y palomas.

Don Cristóbal se echó a reir viendo lo serio que se ponía Juanuco a través de su costra de pintura.

— No te creo si no te lavas antes la cara — advirtió —. En verdad te digo que estás feo y que harías reir a un muerto.

— Haga su merced por que nos conservemos todos vivos, y descuide el aseo de mi persona, que es negocio de menos importancia. Ya me lavaré la cara ¡voto a San Pedro! y aún todo el cuerpo, que me da desazón.

— ¿Y dices que Agueybaná es también de los que conspiran? — preguntó don Cristóbal, en cuyo ánimo iban pesando, por fin, los prudentes avisos de Juanuco.

— Yo me fiaría de Agueybaná lo mismo que del lobo. Dicen que tiene el mirar atravesado y los colmillos muy crecidos. Pues así como se parece al cimarrón en la mirada y en el gesto del hocico, así le iguala también en la intención, que no puede ser peor.

Durante todo el día mostróse don Cristóbal un poco ensimismado, recordando las palabras de Juanuco, a quien dijo que volviese a Caparra para anunciar al gobernador su próxima visita. Juanuco decidió partir aquella misma noche.

— Será o no será que los indios quieren traicionarnos

— decía Sotomayor a un cierto Diego de Salazar, soldado y colono, muy estimado por los españoles, debido a su intrepidez en los combates y a su constancia en el trabajo —; pero entiendo que debo verme con Ponce de León, para que él decida la conducta que habremos de seguir. Vos seréis aquí el amo, mientras dure mi ausencia.

Salazar era un hombre rudo, con escasas letras, pero no torpe. Contaría a lo sumo cuarenta años y en toda su vida no había hecho otra cosa que luchar, en la guerra, con la fiereza de un león, y trabajar, en la paz, con la constancia de un esclavo. De mediana estatura, pero fornido y resistente, lo mismo servía para cargarse un peso de diez arrobas que para correr seis leguas o mantenerse peleando tres días seguidos sin comer ni dormir. Su desprecio a la vida, de la cual sólo conocía los sinsabores, le valió el campeonato del valor en sangrientas y fragorosas batallas.

— Marchad tranquilo — contestó a su jefe, mientras le brillaba en los ojos una luminosa chispa que era garantía de su adhesión y de su esfuerzo máximo, si a tal se hubiera de llegar —. Yo vigilaré la actitud de los indios, y si intentaran alzarse, sabrán lo que les cuesta.

Don Cristóbal de Sotomayor emprendió la marcha, al siguiente día, sin más escolta que cuatro soldados españoles y algunos guías pedidos, imprudentemente, al régulo Agueybaná. Le perdió un exceso de confianza. Creía en

la fidelidad del cacique, por ser, en cierto modo, su pariente, ya que una hermana de éste era su esposa. Por otra parte, habiendo sido él siempre leal y caballero, no podía sospechar en los otros la doblez ni la traición.

Agueybaná, después de haber proporcionado a Sotomayor los guías que éste le había pedido, fué a esperar al caballero cristiano en lugar que le pareció el más adecuado para la realización de sus siniestros propósitos. Aleccionados los guías por el cacique traidor, harían pasar a don Cristóbal por un espeso y profundo bosque, desde donde fuera imposible pedir auxilio al poblado. Allí se echarían encima de los cinco españoles, para asesinarles, los indios emboscados y los guías; pues todos obedecían a una misma voluntad.

No habían llegado todavía al bosque elegido Agueybaná y los suyos, cuando se tropezaron con Juan González, que regresaba a Caparra, cumpliendo la orden de Sotomayor.

Esta vez no le valió a Juanuco el disfraz, porque Agueybaná estaba en el secreto de sus supercherías, por conocerle desde la primera visita de los españoles a Boriquen. De modo que, al ser habido el español enmascarado, díjole el cacique que se dispusiera a morir, pues había llegado su hora.

Juanuco se vió rodeado por algunos centenares de sal-

vajes a quienes la proximidad de su muerte parecía llenarles de entusiasmo. Brincaban como cabras y chillaban como simios, prometiéndose el espectáculo, para ellos regocijante, que ofrecería un mísero español abierto en canal y hecho rajás como una sandía.

Muerto ya de miedo, porque no podían ser de su gusto aquellas bromas ni mucho menos tuvo nunca vocación de mártir, González se echó a los pies del régulo, y le pidió, por los cien mil dioses de las Indias, que le perdonara la vida, prometiéndole corresponder a este señalado favor con un regalo: su vihuela, que le mandaría desde Caparra, junto con una expresiva y cariñosa dedicatoria.

Mas el régulo no se dejaba seducir ni con discursos ni con dádivas; se mostró inflexible.

— Partidle primero la cabeza de un golpe — dijo a sus guerreros — y sacadle después las tripas.

Pero se rectificó en seguida, pensándolo mejor.

— No hagáis lo que os he dicho, sino lo contrario: sacadle las tripas primero y después partidle la cabeza.

Juanuco protestaba de esta falta de firmeza en las decisiones de un rey, aunque Agueybaná fuera un rey *chico* y de comarca, algo así como un alcalde mayor.

— Que me partan primero la cabeza — dijo —. No está bien volverse atrás después que se ha dado una orden.

— Sea, pues, como tú lo pides — concedió Agueybaná, que no quería negar al condenado una postrera gracia —. ¡Pronto! ¡Abridle el coco!

Vió González que se le acercaban sus verdugos, circunstancia crítica como nunca se había hallado en otra, y el mismo miedo le hizo intentar la resistencia. Se defendió a puñetazos, a coces y a mordiscos, con un brío que hubiese admirado el propio Juan Ponce de León; clavó las uñas en la cara pintarrajeada de sus bárbaros perseguidores, dejó a uno sin narices y a otro sin orejas, y aunque él sangraba también por muchas partes, pues no eran mancos sus enemigos, embistió a todos mientras le quedaron fuerzas, causando el asombro de Agueybaná, quien detuvo el brazo que, al fin, iba a dar al ya extenuado y estropeadísimo Juanuco, el golpe decisivo.

— No le rematéis — ordenó el reyezuelo —; quiero verle luchar otra vez, cuando se reponga. Es una cosa que me divierte. Vamos ahora a dar caza a Sotomayor, que ya es tiempo, y podría el caballero escapársenos.

Miró a González, que yacía en el suelo, jadeante y echando sangre por cien heridas.

— A ese vendremos a buscarle luego — añadió Agueybaná, riéndose con todo el cuerpo y haciendo tremolar las plumas de su penacho —. No es de temer que se mueva de aquí con la paliza que le habéis dado.

Dicho esto, marchó delante de su tropa, con paso decidido y talante de general victorioso.



Entretanto don Cristóbal de Sotomayor se internaba en el bosque, por donde le llevaban los guías, sin la más leve sombra de recelo. La marcha era difícil, por presentarse muy angosto el camino abierto entre el revuelto matorral. Tenían que andar en fila los viajeros, uno tras otro, siguiendo el zig-zag de la senda que sorteaba los árboles, por cuya corpulencia se adivinaba su vida secular. No obstante hallarse en pleno día, la ramazón alta era tan frondosa y tupida, que hacía obscuro en el interior del bosque, lleno del rumor de los insectos. El suelo estaba blando y caliente, siendo también, a trechos, resbaladizo y espinoso.

Anduvieron por aquellas profundidades casi una legua, llegando, por fin, a una plazoleta, o lugar despejado, donde se bifurcaba el sendero. Allí notó Sotomayor que los indios se detenían y vacilaban; mas no dió al hecho importancia, creyendo que su vacilación obedecía al haberse encontrado ante dos caminos.

— ¿Es que no sabéis por dónde hemos de ir? — preguntó.

Los indios no respondieron palabra.

— ¿Qué os sucede? — volvió a interrogar el caballero —. ¿Por qué os calláis?

Advirtiése en este preciso instante un rumor extraño a espaldas de los españoles. Estos volvieron la cabeza, viendo con espanto que venía a su encuentro una avalancha de indios armados de lanzas y macanas. Sotomayor y sus cuatro guardias comprendieron en el acto la extrema gravedad de su situación. Escapar era imposible y la defensa serviría únicamente para prolongar su agonía. Los salvajes eran muchos y venían como una tromba, rasgando el aire con sus aullidos y brillándoles en los ojos el furor homicida.

— ¡Traición! — exclamó don Cristóbal, comprendiendo tarde su imprudencia.

— ¡Traición! — repitieron casi a un mismo tiempo sus soldados, echando mano a la tizona.

Pero no llegaron a desnudar los tajantes aceros. Los indios que habían sido sus guías, sujetaron por la espalda a los cinco tristes españoles, al propio tiempo que les acometían de frente los guerreros de Agueybaná. Unos golpes certeros en el pecho y en la cabeza, y rodaron por el suelo, ensangrentados, los guardias del caballero Sotomayor. Este pugnaba por desasirse de los traidores, cuando se le acercó Agueybaná, blandiendo una cachiporra como la

maza de Hércules. El rencoroso cabecilla iba a darse la satisfacción de matar al noble español por su propia mano.

— ¡Cobarde! — le gritó el caballero al verle avanzar con su clava en el aire.

No tuvo el cacique paciencia para esperar más. Sujetaban a Sotomayor ocho o diez hombres. Cómodamente, a todo placer y sin riesgo, pudo Agueybaná descargar su mazo sobre la cabeza de don Cristóbal, que no dijo ni Jesús. Ya tendido en tierra y estropeados los cinco súbditos del rey Fernando, aún siguieron los indios golpeando aquellos cuerpos sin vida, hasta agotar su furia. Después los enterraron, dejando el cadáver de Sotomayor con las piernas fuera.

Y hubiéranse estado allí danzando, para festejar su victoria, si no les aguijonara el afán de ir a recoger a Juan González, con intención nada piadosa, y marchar luego sobre la colonia, cuyos habitantes cristianos les proporcionarían otro festín de sangre.

Pero no se olvidó Dios del pobre Juanuco en aquel terrible trance. Cuando los indios volvieron a buscarle, no lograron dar con él ni aún registrando media legua a la redonda. En cambio, Juanuco, que había encontrado un seguro escondite, vió como sus perseguidores iban de un lado para otro, desesperados, sin dar con el rastro del fugitivo. Por su actitud y por sus palabras, comprendió

que habían dado muerte a Sotomayor y que se proponían matar también a todos los colonos.

El cuitado Juan González conservaba todavía el pellejo — aunque con sensibles deterioros — gracias a la protección del Cielo, como ya se ha dicho, y a su astucia aguzada por el amor a la vida. Cuando le dejaron los indios, para ir al encuentro de Sotomayor, Juanuco se incorporó, y pudo cerciorarse, después que se hubo palpado la cabeza y otros lugares importantes de su persona, de que la integridad de su ser material no había sufrido alteración, salvo la pérdida de sangre y las abolladuras y cardenales provenientes de un soberano vapuleo.

— ¡Vaya! — se dijo, ya tranquilo —. Todavía tenemos hombre. ¡Dios sea loado!

Comprendió, por sus conocimientos de curandero, que no tenía daño grave en ningún órgano principal, y que, vendándose las heridas, podría continuar su viaje a Caparra. Con hierbas y hojas de palma, se curó y vendó como pudo. Luego púsose a observar el paisaje, buscando una guarida donde esconderse; pues no cometería la imprudencia de ponerse en camino mientras no supiera la dirección que habían de tomar Agueybaná y sus guerreros.

Abundaban en el lugar los árboles gigantescos y tan espesos de copa que podía ocultarse un hombre en ella, en la seguridad de que no le vería, desde abajo, ni el más

lince. Juanuco trepaba mejor que una lagartija; subi6se al 6rbol m6s frondoso y esper6 a ver c6mo le trataba la suerte. Desde su mirador, apartando muy cautamente las ramas que le hacían invisible, pudo observar las maniobras de los indios, cuando 6stos andaban busc6ndole, y les vi6, finalmente, tomar el camino de la colonia, a la cual iban, sin duda, a poner cerco.

— ¡Dios me ha valido! — exclam6 Juan Gonz6lez, lanzando un suspir6n que hizo temblar todas las hojas del 6rbol —. ¡Esos ya no me cogen!

Descendi6 del 6rbol, sin esperar m6s tiempo, y, renqueando, porque no tenía las piernas muy seguras, sigui6 su camino, rumbo al campamento de Ponce de Le6n, adonde pudo llegar sin nuevos tropiezos.



Los indios de Agueyban6, por su parte, habíanse dirigido al pueblo de Sotomayor, el cual asaltaron a media noche, sorprendiendo a los colonos en lo mejor del sueño.

Les fu6 muy f6cil a los sublevados incendiar los techos de paja de las casas y dar muerte a muchos de aquellos pobres aventureros a quienes el destino implacable deparaba un tr6gico fin. En el poblado no había m6s que algunas docenas de españoles, mientras los indios

asaltantes llegaban a miles. Además, cuando los colonos se dieron cuenta del peligro, ya estaban completamente envueltos y no tenían por dónde escapar. Hubo quienes ni levantarse pudieron de sus lechos; allí fué a buscarles la muerte y allí exhalaron el último suspiro, unos extrangu-
lados, otros con la cabeza partida de un macanazo y otros, en fin, con una aguda espina clavada en el corazón.

Dos mil hombres en febril actividad, impulsados por una sed de venganza insaciable, pueden realizar una labor de exterminio completo en muy pocos instantes, si no encuentran resistencia.

Hubo, sin embargo, quien resistió, haciendo pagar caras a los indios las muertes que éstos causaban: fué Diego de Salazar, el único, entre los españoles, que supo sobreponerse a la sorpresa y abrirse paso entre la turba de salvajes.

El pueblo ardía por sus cuatro costados, y el incendio se propagó al bosque vecino, llegando a alcanzar las llamas una altura que llevaba el pavor al corazón más templado. Los saltos de los indios, teniendo por fondo aquel infierno, hacían creer en la presencia de unos monstruos salidos del centro de la tierra para asistir al fin del mundo. Caían los árboles con estrépito, llenando el espacio de chispas y produciendo nuevos remolinos de llamas. Ello enardecía a los rebeldes, que aullaban como lobos, en tanto gemían

las víctimas de su furor o clamaban la ayuda del Cielo, que el fuego desatado había teñido de rojo.

En medio de este fragor y de esta luminaria infernales, comenzó Diego de Salazar a repartir mandobles. Su espada enorme segaba cabezas como la hoz curva del labrador siega espigas. Eran unos tajos terribles, pareciendo que movía la tizona, de brillante acero toledano, el brazo de un gigante. Era un continuo subir y bajar, en paradas y fintas habilísimas, y golpes dados de revés o de alto a bajo, con rápidas incisiones y punzaduras, de las que salía el arma goteando sangre.

Tal fué el brío del héroe, que los indios que tenía a su alrededor dejaron abierta una brecha por donde aquél pudo escapar. Mas no le bastó tener él asegurada la salida, sino que fué recorriendo todo el poblado y llevándose tras sí a todos los españoles que pudieron seguirle. Y a la cabeza de aquel haz de valientes, continuó Diego hendiendo cabezas y perforando pechos y barrigas, siempre sereno y acometedor, con empuje que iba en aumento según se renovaban los enemigos, por caer unos y ocupar otros el puesto de los caídos. Los demás colonos que habían seguido al bravo Salazar, peleaban igualmente con ardimiento admirable.

— ¡Paso libre! ¡Atrás cobardes! — gritaba el improvisado capitán, repartiendo estocadas.

Y los indios hubieron de retroceder, incapaces de afrontar la embestida que les diezmaba.

Como se habían abierto camino entre los guerreros de Agueybaná, se lo abrieron después entre el fuego del bosque, corriendo envueltos en llamas. Parecían almas en pena escapando del Purgatorio, aunque el hecho de blandir todavía las espadas sangrantes también les asemejaba a los arcángeles, lanzados contra las huestes de Lucifer.

A marchas forzadas, sin detenerse nada más que para tomar aliento, llegaron a Caparra al día siguiente. Allí fueron acogidos con la piadosa solicitud que requería su estado.

Ya sabía Ponce de León lo sucedido, primero porque se lo refirió Juan González, llegado al campamento pocas horas antes, y después porque de toda la isla iban arribando colonos huídos de la matanza, que fué casi simultánea en todos aquellos puntos donde los españoles habían iniciado la colonización. No bajarían de un centenar los que perdieron la vida y todo el fruto de los esfuerzos hechos, en los campos y en las minas, quedaba abandonado a la furia destructora de los rebeldes.

El gobernador Juan Ponce, en medio del cuadro de miseria y desolación que ofrecían los colonos refugiados en su campamento, algunos de los cuales gemían lastime-

ramente, por hallarse mal heridos, se irguió con ansia vindicativa y avanzó sus puños cerrados hacia la tierra que le negaba hospitalidad.

— ¡Vive Dios, que ha de pesaros la traición — dijo, puesto el pensamiento en los indios sublevados — más que le pesa el remo a un galeote! ¡Como a vuestros hermanos del Higüey, llegará un día en que os espante el nombre de Ponce de León!

VII

La guerra

Pocos días después de haberse producido la catástrofe que tanta sangre costó a los colonos españoles de la isla de San Juan y que festejaban los indios como el más venturoso de los acontecimientos, el gobernador pasó revista de sus fuerzas, reunidas en Caparra. Fué el balance de una triste situación que hubiera intimidado a un general cualquiera de los muy famosos que recuerda la Historia; pero no a Ponce de León, quien, con los reveses de fortuna, parecía enardecerse y aún remozarse.

Sin embargo, por muy grandes que fueran sus ímpetus, vióse forzado, de momento, a quedarse en su refugio de Caparra, que era el único relativamente seguro, por las ventajas que ofrecía para la defensa.

Desde las primeras noticias que del levantamiento tuvo el capitán y de los detalles que dióle Juan González con referencia a lo que había visto, Ponce envió un auxilio a don Cristóbal de Sotomayor, cuya muerte ignoraba todavía. Salieron a buscar a este caballero cuarenta solda-

dos, al mando de Ortubia; más no consiguieron llevar a Caparra sino los despojos de sus compatriotas sacrificados por las turbas de Agueybaná.

Se pudo entonces medir la magnitud del desastre. Antes de haber éste sobrevenido, había diseminados por la isla alrededor de doscientos españoles, todos ellos aventureros, útiles en la paz lo mismo que aptos para la guerra.

Murieron, durante los primeros días de la sublevación, más de la mitad, y le quedaban al jefe, por tanto, escasamente cien hombres, la mayoría heridos. Con esta fuerza, hubiera sido insensato salir en busca de Agueybaná, de quien se sabía que formalizó una alianza con otros caciques y que contaba, él solo, con seis mil guerreros.

Ponce había dispuesto a toda prisa la desvencijada carabela que tenía en la playa, en la que embarcaron Ortubia y los hombres de mar, para ir a Santo Domingo en demanda de socorro. El día de la partida, bajaron a la playa el gobernador y los mejores de sus oficiales y soldados, temiendo que Ortubia cayera en alguna emboscada de los rebeldes. Pero a éstos no se les vió en parte alguna, lo cual no quiere decir que no estuvieran acechando el paso de los castellanos.

Lo abrupto del terreno era circunstancia propicia a las sorpresas desagradables. Sucediáanse las barrancadas

y despeñaderos; los bosques espesos; las cuevas profundas, donde anidaban millares de murciélagos; las encrucijadas y los senderos resbaladizos. Los indios, perfectos conocedores de todos los secretos de aquellos parajes, sabrían esconderse y atacar a mansalva.

Por fortuna, nada pasó esta vez; los sitiados de Caparra llegaron a la playa sin haber tenido un mal tropiezo. La mar, llana y azul, parecía invitar a la fuga, con la promesa de una fácil travesía. Flotaban en la móvil superficie, cerca de la ribera, enormes tortugas amarillas, y había en el aire un alegre jubileo de alcatraces y flamencos, aves que hacen sus nidos en los cayos y arrecifes salientes de la costa.

— No os estéis en la Española sino el tiempo preciso — dijo Ponce a Pérez de Ortubia, cuando todo estuvo listo para el embarco —, y explicadle al almirante, con todo pormenor, lo acontecido. No sería mala medida que os viérais con Cosme el herrador, que puede ayudaros y buscar soldados; pero ¡por la Pasión de Cristo! haced por que no se os vaya el tiempo, que no he de dormir mientras no les sienta la mano a los caciques alzados.

Prometió Ortubia no despreciar momento y embarcó sin más dilaciones, partiendo el navichuelo con viento favorable, aunque también dejando sentir el crujido lastimero de sus cuadernas.

Ponce y sus hombres volvieron sobre sus pasos, peñas arriba, teniendo vivo el ojo y alerta el oído, por recelar siempre una emboscada.

— Si Ortubia consigue traerse dos docenas de arqueros y algunos mozos diestros en el manejo de la espada, la pacificación de la isla es obra de quince días — iba diciendo Ponce de León a los oficiales Diego de Salazar, Miguel de Toro y Luis de Anasco, que caminaban a su lado.

Salazar, hombre de pocas palabras, asentía moviendo la cabeza. Luis de Anasco, el más joven de los oficiales, muy súbito en sus iniciativas y resoluciones, dijo que, entretanto llegaban socorros de Santo Domingo, podía intentarse alguna incursión que cogiera a los indios por sorpresa.

— Ya lo tenía yo pensado — declaró el capitán —, y no habrá más remedio que hacerlo, si no queremos morirnos de hambre. En Caparra quedan pocos bastimentos; por otra parte, hay que alimentar a los heridos. A vos, amigo Salazar, que con tanto valor supisteis defenderos de los indios, he de haceros salir algunas veces a buscar víveres.

— Con ello no haréis sino agradarme — contestó el bravo.

— Yo pido ser también de los primeros que salgan — dijo Miguel de Toro, soldado de tanta experiencia como fuerte y decidido.

— Y yo — pidió, a su vez, el joven Anasco, casi con ansiedad.

— Para todos habrá ocupación — hubo de observar el jefe —; pues son muchos los enemigos y somos nosotros pocos. Yo prometo repartiros los peligros con la misma equidad que si fueran mercedes.

Esta promesa de Ponce no se quedó en palabras. Los indios se habían envalentonado, y era de todo punto urgente escarmentarles; pues, de lo contrario, intentarían incluso asaltar el campamento.

Ponce, de quien podría decirse que estaba ahora en sus glorias, advertido que luchar con lo imposible era su ocupación favorita, no quería sino dar tiempo a que se curaran los heridos y volviera Ortubia con un modesto refuerzo, para lanzarse a la represión más enérgica. Pero los indios zumbaban en los alrededores de Caparra como nubes de insectos. Sabía el capitán que todos los caciques de la isla habíanse puesto a las órdenes de Agueybaná y que no quedaba un establecimiento español, en todo Boriquen, que no fuera un montón de humeantes ruinas. Sabía igualmente que Agueybaná gestionaba la ayuda de los caribes, habitantes en otras islas vecinas, para hacer la guerra al enemigo común, el hombre blanco. Y los caribes eran verdaderas fieras.

Pero el veterano soldado de la guerra de Granada

se reía de aquellas turbas que le aullaban desde los bosques cercanos, llamándole al combate con sus roncadas trompetas, es decir, con sus grandes caracoles de mar. Para entreteñerles, les preparaba, de vez en cuando, algunas celadas, que dirigían personalmente Anasco, Salazar y Miguel de Toro, empleándose en estas salidas no más de veinte soldados y algunos perros, entre los cuales *Becerrico* era el que daba mayor rendimiento. Este ilustre representante de la especie canina, cruzado de dogo y de mastín, y, por tanto, verdadero alano, mató a muchos indios, sembrando el terror en las filas de los sitiadores de Caparra. También hizo prisioneros. Cogía al enemigo por la muñeca y le obligaba a seguir, despedazándole si se resistía. Ponce de León querría a su perro casi tanto como a su mejor oficial.

Este era Salazar, el español más temido de los guerreros de Agueybaná. Apenas le veían venir, ya echaban éstos a correr, despavoridos, como si fuera el demonio, vestido con armadura de acero. Otros españoles había tan valientes como Salazar — no lo eran menos Ponce de León, Ortubia, Toro y Anasco —; pero ninguno demostraba igual traza en matar indios, por manera que parecía no haberse ocupado en su vida en otra cosa ni hallar otro placer comparable al de repartir estocadas y mandobles. Lo hacía naturalmente, como si fuera la cosa más sencilla

y fácil, poniendo en el trabajo esa complacencia íntima del prestidigitador que goza viendo quedarse al público estupefacto ante las sorpresas desconcertantes de sus juegos de manos.

Merced a las salidas de Salazar, Anasco y Toro, preparadas hábilmente por Ponce de León, que llevaba dentro de sí un formidable estratega, no faltaron víveres en Caparra, y los sitiadores, después de muchos descabros, abandonaron su propósito de asaltar el campamento, yendo a establecer el suyo a más prudente distancia.

Entretanto curaron los heridos, o se murieron los que no tenían remedio, y volvió Ortubia de Santo Domingo con alguna tropa y buenas armas, no faltando entre ellas el eficaz arcabuz. Con esto pudo Ponce de León disponerse a dar la gran batalla.

No contaba con numerosas legiones. Entre lanzas, arcabuces y ballestas, su ejército no llegaba a doscientos soldados, que tendrían que hacer frente a diez mil indios. Sin embargo, consideró el capitán que esta fuerza le bastaba, como le basta al milano ser milano para que le huyan todas las alondras. Sabían los indios de los españoles que eran mortales, lo cual les decidió a moverles guerra; pero ahora comenzaban a sospechar que aquellos hombres blancos y barbudos, aunque mortales, quizás eran invencibles. Esta ventaja llevaban por delante los audaces que siguie-

ron a Ponce de León, cuando éste marchó al encuentro del reyezuelo de Boriquen.



El primer choque del grueso de las huestes castellanas con los cinco mil hombres que tenía Agueybaná en su campamento, ocurrió a los pocos días. Sabía Juan Ponce el lugar donde acampaban los rebeldes y el número de guerreros contra quiénes iban los suyos a batirse. Reunió a sus oficiales, antes de emprender la ofensiva, y les dijo:

— No somos más que doscientos hombres, y queremos pelear contra cinco mil. Tocamos a veinticinco enemigos por barba; pero yo sé que hay, entre nosotros, quien, como Diego de Salazar, necesita cien indios para él solo. En estas peligrosas empresas es donde se demuestra el tesón de los soldados de España. Pensad que ha de darnos fama la victoria, y que la fama de valiente vale, para un soldado, más que el oro.

Todos los oficiales dijeron estar conformes con las palabras del capitán y gobernador, sin que a nadie intimidara la desproporción del número. Sólo Juan González, siempre medroso en vísperas de un combate, se hizo cruces de aquella gallardía de sus compatriotas, por él calificada de insuperable temeridad.

Se equivocó Juanuco, sin embargo, porque el resultado de la batalla fué francamente favorable a los españoles. Ponce de León había previsto que el ataque sorprendería a los boriqueños hasta el punto de producir en sus filas la confusión y el pánico. Y tal como lo sospechara hubo de ocurrir. Atacados inesperadamente y por cuatro puntos distintos, los indios no tuvieron tiempo de reponerse de su sorpresa, pese a los desesperados esfuerzos de su general, que era el único a quien no le hizo ver el miedo más españoles de los que existían en realidad. Los pobres indios, asustados por el tronar de los arcabuces y por la lluvia de saetas que les caía encima, opusieron al ataque una muy débil resistencia, y apenas comenzaron a funcionar las espadas, huyeron los indios, presa del terror y tropezando unos con otros.

— ¡A ellos! — gritaba Ponce de León, viéndose ya dueño del campo y con la esperanza de coger prisionero al cacique.

Y cada uno de los oficiales repetía el mismo grito implacable, estimulando la furia guerrera de sus soldados:

— ¡A ellos! ¡A ellos!

Los indios, queriendo esquivar la punta de los aceros, cogían con las manos crispadas las hojas tajantes; pero el filo les entraba en la carne, y retiraban las manos ensangrentadas, lanzando alaridos de dolor más que de rabia.

Su sorpresa y su vacilación daban tiempo a los españoles para herirles con golpes certeros y con estocadas que les atravesaban de parte a parte. ¿Qué valían sus clavas y sus lanzas de hueso ante las agudas espadas de temple maravilloso? Aunque lo tuvieran, su valor no habría podido suplir la deficiencia de sus armas. Luego, aquel rayo que salía del cañón de los arcabuces y que, indefectiblemente, hacía rodar a un hombre por el suelo, les llenaba de espanto. Llegando éste al paroxismo cuando atacaron los perros, a su vez, más fieros todavía que los hombres, más obstinados y crueles.

La inmensa superioridad numérica era contrarrestada y aún fácilmente batida por una inteligencia y un armamento superiores. Los sencillos boriqueños no habían tenido hasta entonces ni la más vaga noticia de unas máquinas de guerra y de una estrategia para la lucha que les parecían provenientes de un poder sobrehumano. En su ignorancia de salvajes, viendo que el número de sus enemigos era dos veces mayor que el que calculaban, después de la matanza de españoles hecha en los primeros días de la sublevación, dieron en el disparate de creer que los muertos habían resucitado, saliendo de las tumbas, más vigorosos y valientes, para venir a castigarles por su falacia. No se les ocurrió la verdad, esto es: que Ponce de León pudo recibir un refuerzo de la isla Española. El pánico les hizo pensar que

estaban rodeados de aparecidos, y ya sólo les interesó la huida, ignorando asimismo que volver la espalda a los soldados de Ponce era tanto como correr a la perdición. En efecto, sus perseguidores pudieron herirles con toda comodidad, y en ello se dieron tan buena traza, que dejaron sin vida, tendidos en el campo, cerca de mil indios.

Ello no obstante, Agueybaná no quiso darse por vencido; escapó con su deshecha tropa, a través de los bosques, y juró tomar desquite del descalabro, cosa que supo Ponce, por mediación de un espía, haciéndole decir con esa jactancia castellana que tan bien sentaba a la España de aquellos tiempos bizarros:

— ¡No me lo fíes largo, pardiez, que no me gusta esperar! ¡ Y prueba de lo que digo es que voy a buscarte, cacique de mis pecados!

En efecto, la persecución fué muy tenaz y muy ruda. Ponce no daba descanso a sus hombres, deteniéndose tan sólo cuando era materialmente imposible adelantar, ante el desfallecimiento de los menos fuertes. Estas estaciones servían al capitán para estudiar más al detalle la riqueza natural del país y las características de su flora y su fauna. Fatigosa era la marcha a través de los montes, salvando quebradas y vadeando ríos, que lo accidentado del terreno hacía correr impetuosamente y despeñarse en cascadas imponentes; pero también era agradable contemplar las

bellezas de aquella tierra fecunda, que aumentaría el patrimonio imperial de los reyes de Castilla.

Más de quinientas variedades arbóreas contaron los españoles, viendo que abundaban, en los parajes elevados, el roble, la mamea, el nogal silvestre, la hermosa magnolia llamada *Mauricio*, la maga, el bejuco de mono, el cedro oloroso, el laurel de llamas, la sabina, el higuerillo, el algarrobo, el boj y el guayacán. En los valles, crecían hermosas palmeras y árboles frutales muy estimados por gente que, como la de Ponce, no andaba nunca sobrada de víveres.

En cambio, la caza no era apetecible, salvo algunas aves buenas para comer, pero también difíciles de alcanzar. Lo que más abundaba en los bosques, aparte los mosquitos y otros insectos molestos y peligrosos, eran las culebras y las ratas, siendo un detalle que chocó a los españoles el hecho de morir éstas devoradas por aquéllas, implacables perseguidoras del mísero roedor boriqueño.

Ponce atravesó con sus soldados alturas hasta de mil quinientos metros y descendió a profundos valles donde no había rastro de haber sido visitados jamás por criatura humana.



Por fin, tras de algunas escaramuzas, de las que siempre salían los indios huyendo, pudo un día, el capitán español, llegar al punto donde Agueybaná se creía al abrigo de toda asechanza. Fué en un desfiladero cuya entrada tenía el cacique bien defendida. Ya los españoles andaban despeados y con ganas de dar remate a su aventura. Con tantas semanas de no comer sino fruta y alguna mazorca de maíz, aparte el verse obligados a dormir al raso o en las cuevas de estalactitas, domicilio secular de los murciélagos, aquella gente sentía muy debilitada su vocación andariega y belicosa.

No obstante, arengada por Ponce de León, hizo un supremo esfuerzo y se dispuso a realizar su más famosa hazaña. Ponce no estaba, a su pesar, muy seguro del triunfo. Había ido dejando gente en el camino y no contaba ahora sino con ochenta soldados. Agueybaná, por el contrario, aumentó sus huestes durante la marcha, reuniendo más guerreros de los que tenía antes de sufrir su anterior derrota. Hallábanse preparados en su campamento casi todos los boriqueños aptos para la lucha, y consideraba el régulo alejada toda probabilidad de fracaso.

Ponce procuró ser prudente. Destacó de su pequeña legión a Ortubia y Salazar, para que, con algunos soldados, fingieran querer forzar la entrada del desfiladero,

mientras él daba un rodeo, buscando un punto estratégico donde hacerse fuerte con el resto de la tropa.

Los dos citados oficiales llevaron a cabo su misión maravillosamente. Ofreciéndose como blanco a las hordas de Agueybaná, que se precipitaron sobre aquel puñado de audaces, acostumbrados a jugarse la vida a cara o cruz, dieron ocasión y tiempo a Ponce para que se fortificara en un repecho de acceso difícil, hacia el cual fueron retrocediendo Ortubia y Salazar cuando ya estaban completamente envueltos por un enjambre de indios. Sin embargo, se defendían mejor de lo que podía esperarse, gracias a tener de acero el vestido y de gigante el corazón.

Los guerreros de Agueybaná, viéndose tan numerosos ante un enemigo insignificante, pusieron de manifiesto un ardor poco frecuente en ellos y acometían a los españoles como jabatos. Se les soltó los perros; pero esta vez no se asustaron, y algún valiente lebel rodó por el repecho con la cabeza hendida. También rodaban, cuesta abajo, los indios que tenían los españoles al alcance de sus lanzas y espadas, mientras desde la improvisada fortificación, se disparaban ballestas y arcabuces sin perder ni un solo tiro.

Cerraba la noche y había en el valle un griterío ensordecedor, confundiéndose las voces de los hombres con el ladrido de los perros, el chocar de las armas y el estampido

retumbante del arcabuz. A cada disparo de esta mortífera máquina, se iluminaba el paisaje como por un relámpago, y se veía entonces un inmenso rebaño de indios cobrizos y empenachados trepar por la rampa, clavando las uñas en la tierra y cogiéndose de las plantas hasta con los dientes.

— ¡Saltad adentro! — les gritó Ponce a los españoles que habían retrocedido hasta el parapeto —. ¡No esperéis más! ¡Pronto!

Ortubia, Salazar y sus soldados pasaron la trinchera, protegidos por los compañeros, quiénes, al momento, volvieron sus lanzas contra los indios que intentaban saltar a su vez. Los arcabuces no cesaban de escupir fuego y plomo. Los arcos de las ballestas movíanse con celeridad prodigiosa y partían silbando las flechas, para caer rectas y certeras sobre los asaltantes.

A la media luz cenicienta del crepúsculo, ya en plena agonía, vió Ponce de León destacarse del hormiguero humano que porfiaba por ganar la altura, a un indio más arrogante y más lleno de plumas que los otros. No era muy alto, pero sí corpulento y de bizarra actitud. Avanzaba arengando a sus compatriotas y blandía una espada arrebatada a un soldado español.

— Ese debe ser el jefe — dijo Ponce —. Arrogancia tiene de tal y me parece, entre todos, el más decidido.

No había acabado de pronunciar estas palabras el

veterano capitán, cuando, a su lado, sonó un tiro cuyo fozonazo casi le chamuscó la barba. Y al propio tiempo, el indio que parecía dirigir el asalto estuvo tambaleándose unos instantes, hasta acabar por desplomarse de cara al cielo y abiertos los brazos en cruz.

— ¡Lástima de valiente! — exclamó Ponce de León —. Me hubiera gustado cogerle vivo.

— Juraría que era el propio Agueybaná — hubo de observar Pérez de Ortubia —. Ved la consternación que ha causado su muerte entre los indios: parece que retroceden.

— Pues no estaría mal que saliéramos nosotros ahora, para acabar de escarmentarles — dijo el joven Anasco.

— Soy del mismo parecer — manifestó Salazar, que ardía en deseos por acortar la distancia que le separaba del enemigo —. Vayamos a darle a esa gente el golpe de gracia.

Juan Ponce se opuso con toda su energía a que se intentara una salida temeraria.

— Buenos son los arranques del valor cuando no se acompañan de la locura — dijo —. ¡A ver si os estáis todos quietos! ¡Aquí manda Ponce de León y nadie más!

Al decir esto, sus ojos habían tomado una expresión de autoridad tan enérgicamente mantenida, que no hubo oficial que osara contradecirle. Siguiéron todos disparando

sus arcos y arcabuces, hasta que se acentuó más el repliegue de los indios, quiénes, al fin, se retiraron del todo, dejando el repecho sembrado de cadáveres.

Pero ni aún ahora permitió Ponce a sus hombres que abandonaran la trinchera, temiendo una reacción por parte del enemigo, que seguía teniendo, sobre los ochenta españoles, una imponderable superioridad numérica. De seis o siete mil no bajarían los guerreros boriquireños, y era abusar de la protección del Cielo ir otra vez en su busca.

— Nos hemos salvado por un milagro, y los milagros no son frecuentes — advirtió el capitán —. Esperemos ahora a que los indios, desalentados y sin jefe, si ha querido Dios que muriera Agueybaná, se vayan unos por un lado y otros por otro, de modo que podamos cogerles cuando no puedan resistirnos, y, así, nos sea fácil imponer en toda la isla nuestro mando y nuestra ley.

Se respetó, como siempre se hizo, lo que ordenaba el gobernador, y a nadie hubo de pesarle esta tregua. Era cierto que se contaba Agueybaná entre los indios que perecieron en el combate. Y muerto este régulo, el más obstinado en romper el yugo español, las tribus se diseminaron y fueron sometiéndose poco a poco, sin que le costara a Ponce grandes esfuerzos, en adelante, afirmar el dominio de España en toda la isla. Ochenta hombres habíanle bastado para hacerse un señor con miles de va-

sallos y conquistar un país de los más ricos y hermosos del Nuevo Mundo. Podía estar satisfecho de su fortuna y asimismo de la gloria que sin duda le esperaba. ¿Qué otra cosa podía apetecer quien, habiendo ya bajado más de media cuesta de la vida, hallábase en esa edad en que lo que más se estima es el descanso y el prestigio de una ancianidad honrada por toda suerte de respetos y adhesiones?

Juan Ponce de León sintió, sin embargo, que enfermaba su alma de melancolía cuando terminó la guerra y se reconstruyeron los ranchos y poblados que había convertido en cenizas la vencida sublevación. Otra vez se hallaba, como al terminar su campaña del Higüey, nostálgico de aventuras, de lucha, de trabajo. No había modo de sujetar aquella su fantasía desbordada, y a toda costa quería el viejo vivir la vida como la vivió en la juventud y en la madurez.

— ¿A dónde iré que no me siga el fastidio los pasos y pueda ser lo que siempre he sido, un buen soldado útil a mi patria y a mi rey?

Esto se preguntaba Ponce de León, después de haber sometido la isla de San Juan, cuando comenzaba a bostezar de tedio, a causa de sus victorias. Un acontecimiento inesperado vino a contestarle y a sugerirle una nueva ilusión brillante y lejana como una estrella.



Andaba cierto día el empecatado soñador recorriendo los pequeños establecimientos españoles de una región minera, por no saberse estar en Caparra columpiándose en su hamaca, cuando tuvo un encuentro con aquella misteriosa india Banoa, que siempre se le aparecía en circunstancias anormales e impresionantes, como si, en efecto, respondieran al conjuro de una hechicera.

Banoa le esperó esta vez en una encrucijada, como mendiga andrajosa, y le dijo que había acabado su gobierno en Boriquen, por haberlo otorgado el rey de España a Juan Cerón, el protegido del almirante.

— Han venido Juan Cerón y Miguel Díaz de tu tierra — añadió la india —. En Caparra te esperan, para que les devuelvas lo que un día les quitaste contra su voluntad.

Se contaba entre los acompañantes de Ponce de León, el ingenioso Juanuco González, quien se mostró maravillado del encuentro con Banoa y de la noticia por ésta traída.

— No sabía más el sabio Merlin de lo que sabe esta bruja — observó Juanuco —, y ya doy por cierto que es verdad lo que dice; pues nunca anunció un bien o un mal que luego no viniese.

El capitán dijo que, para salir de dudas, era lo mejor ir a Caparra en seguida, e invitó a Banoa a que les acompañara.

— No; déjame a mí que siga mi camino — suplicó la india —. Sirviéndote estoy desde que un día me levantaste del suelo, herida por los cascos de tu caballo, y como hermana me trataste, a los ojos del Buen Dios. Mientras viva, he de ser tu esclava. Ya volveremos a encontrarnos cuando el Rey de todos los reyes lo quiera.

Y se marchó Banoa sin decir más, dejando perplejos a Ponce y a sus oficiales y soldados.

— ¡Pardiez! — hubo de exclamar el capitán, tras corta vacilación —. Vamos a Caparra, que, si es cierto que están allí esperándome Juan Cerón y Miguel Díaz, no quiero que por mi tardanza se impacienten. Tal nos comportamos los cristianos en este Nuevo Mundo, que parece que no cabemos todos en él, a pesar de haberlo hecho Dios tan grande.

Acelerando la marcha, llegaron a Caparra dos días después. La colonia estaba alarmadísima, debido a la llegada de Cerón, Díaz y su correspondiente cortejo; de modo que se confirmaba lo dicho por Banoa, pues también era cierto que el pretendiente al gobierno de la isla traía cédula real.

Parecía inminente un choque entre los partidarios

de Cerón y los de Ponce, a quién, con descarada injusticia, se postergaba, sólo por complacer a don Diego Colón, obstinado en defender sus derechos contra el capricho de la Corona. Culpable de aquel conflicto era el rey, que unas veces regateaba prerrogativas al almirante y otras veces se arrepentía de su arbitrariedad, enmendando lo anteriormente decretado y ocasionando perjuicio a un tercero.

Cerón se mostró a Ponce con aire de perdonavidas. La actitud de sus amigos era asimismo un poco insolente. Sólo se necesitaba una palabra del verdadero pacificador de la isla, para que estallara la discordia entre hombres nacidos en una misma patria. Predominaba el criterio, entre los colonos de Puerto Rico, de embarcar nuevamente a Cerón y a sus partidarios, alzándose Ponce contra la autoridad del Almirante y del trono.

Pero el veterano capitán palentino no había sido nunca desleal ni, por otra parte, le interesaba gran cosa seguir gobernando en Boriquen. Cerón traía una carta del rey para Ponce, que éste leyó con atención no exenta de complacencia. Hacíase en la carta un cumplido elogio de los méritos de Ponce. El rey daba a éste amplias explicaciones, para paliar el efecto de su injusticia, y decía que la restitución de Cerón y Díaz habían sido resueltas por un consejo de Estado. A vuelta de circunloquios y frases amables, expresaba el soberano su deseo de indemnizar

al conquistador de la isla de San Juan, y añadía que le serían respetadas sus propiedades, bien fueran casas, tierras o indios de repartimientos, debiendo, además, el nuevo gobernador tratar a Ponce con toda consideración y respeto.

— Por Dios juro que no me pesa vuestra llegada — dijo el veterano, luego que hubo leído la carta de su majestad —. Ni teniais vos por que presentaros con tanta arrogancia, amigo Juan Cerón. Bien se expresa en este papel — añadió, doblando la carta y metiéndosela después en el pecho por una abertura de su colete — que el rey Fernando no olvida mis servicios, aunque sólo con buenas palabras me los pague. Yo me doy con ellas por satisfecho y os cedo la isla, donde podréis gobernar libre de cuidados; pues reina aquí la paz, gracias a mis esfuerzos por terminar la guerra.

En los ojos del nuevo gobernador y de sus amigos se reflejó una gran sorpresa. Los colonos partidarios de Ponce mostrábanse también estupefactos. Unos y otros se habían acostumbrado a la idea de reñir, y no acertaban ahora a explicarse la facilidad con que el veterano capitán acataba los injustos mandatos del rey.

Esta escena se desarrollaba en la casa de Ponce, en una gran sala de paredes enjabelgadas, que ennoblecía la presencia, en un testero, del Señor en la Cruz. Por los

ventanales abiertos, entraban a raudales la luz dorada del atardecer y el aire fino y perfumado de la sierra. Todos los circunstantes estaban de pie: a un lado, Ponce de León, rodeado de sus oficiales y colonos más distinguidos; al otro, el nuevo gobernador con su cortejo. La figura de Ponce destacaba muy notablemente de todas las demás, por su gallardía y la nobleza y dignidad de la actitud.

Aunque las palabras conciliadoras del capitán causaron general estupor, nadie se movió de su sitio ni osó despegar los labios. Pero Ponce hubo de advertir la extrañeza con que todos le miraban, y, comprendiendo la causa, dijo:

— Veo que esperabais todos de mí una conducta distinta, después de haberseme quitado el gobierno de una tierra que podría llamar mía, ya que en su conquista comprometí mi esfuerzo y mis caudales. ¡Bah! Yo abro el pecho a nuevas esperanzas. No hemos descubierto ni la mitad, ni la cuarta parte del Nuevo Mundo; otras tierras nos esperan, más extensas y acaso también más ricas; en Indias, hay ancho campo para todos. Quedaos vos aquí, amigo Juan Cerón, si os sentís tan fatigado del viaje, que fuerzas os faltan para seguir buscando mundos nuevos. Yo y los que quieran seguirme, iremos a conquistar otras tierras para el rey, nuestro señor.

Dicho esto, mandó Ponce a sus criados que trajeran

vino de España para festejar la llegada de los mandatarios reales, a quienes quería rendir agasajo, como era de razón entre caballeros. Se brindó por la prosperidad de la isla y por el ejército de Ponce en sus empresas futuras, disipándose así el nublado que, momentos antes, amenazaba terrible tempestad.

Ponce de León conservó sus propiedades de Caparra, donde continuó residiendo, mientras preparaba algunos bajeles para seguir el imperativo de su fantasía y recorrer los mares ignotos. Algunos meses le bastaron para tener dispuestos tres navíos y alistada una nueva legión de exploradores, entre los cuales no podían faltar sus oficiales predilectos: Ortubia y Salazar.

Por cierto que este último, en el tiempo que todavía estuvo en Boriquen, aún dió a los indios nuevos sustos, por lo cual creció su fama de valiente hasta tal punto, que, cuando otro español cualquiera quería amedrentar a un hijo del país, y, a este efecto, le amenazaba, echándose las de muy fiero, el indio solía contestarle tranquilamente:

— No eres Salazar, y no te temo.

Así lo han dejado escrito los testigos presenciales de las hombradas, luchas, aventuras y correrías del famoso Diego.

VIII

La fuente encantada

En un importante documento histórico, que es un extracto de la segunda década dirigida por Pedro Mártir al Papa León X, quien subió a la silla del prelado supremo de la Iglesia Católica en 1513, se lee un párrafo cuya letra dice:

“Entre las islas situadas al Norte de la Española, hay una a 325 leguas de distancia, según dicen los que la han explorado, que contiene un manantial perenne de agua viva, de tan maravillosa virtud que, bebiéndola con método, restablece a los ancianos en su juventud primera; y aseguro a vuestra santidad que esto no es un dicho sin fundamento, porque es tan válido en la corte, que no sólo el pueblo le da fe, sino hasta las personas cuya sabiduría y fortuna las separan del común del pueblo; mas si vuestra santidad desea saber mi opinión acerca de este punto, le diré que no quiero atribuir tan grandioso poder a la naturaleza; pero sí que Dios se habrá reservado esta prerrogativa para atraerse el corazón de los hombres” (1).

(1) Pedro Mártir, d. 2, c. X.

Se hace aquí referencia a este documento para que el lector no tome por fantasía lo que es historia verdadera, y sobre todo para que se explique determinadas hazañas de Juan Ponce de León, quien gastó una suma enorme de energías buscando la fuente prometedora de una eterna juventud.

Aunque este libro está dedicado a un público juvenil y, como tal, fácilmente impresionable, capaz de creer en encantamientos y en toda suerte de fantásticas maravillas, quiere el autor prepararle para que no juzgue lo que va a leer con demasiada credulidad ni tampoco con excesiva malicia; pues lo mismo puede caerse en el error aceptando por cierto todo lo que se cuenta, como mirando con desconfianza burlona cuanto, a primera vista, parece inverosímil.

Un día se tropezó Ponce de León, en la isla de San Juan, con unos indios viejos, con tipo de oráculos. De buena fe, creían aquellos hombres en la existencia de una fuente maravillosa que, dijeron, devolvía la juventud al anciano que bebiera de su agua. Ponce era muy dado a las fantasías, por natural inclinación de su temperamento. Le impresionaron las palabras que oyó pronunciar a los indios con acento no sólo de sinceridad, sino del más profundo fervor.

¿Tendremos por necio al héroe español a causa de

haber creído en embelecocos, dándose a vivir con la imaginación lo que siempre ha sido el sueño más lisonjero de los poetas?

No; Juan Ponce, aunque soñador, no era un tonto. Creyó el cuento de la fuente encantada como lo creyeron otros muchos hombres de su tiempo. Para demostrar que otros más sabios, mejor educados para distinguir lo posible de lo absurdo, participaban de la misma credulidad, se ha recordado, al principio de este capítulo, lo que, a propósito de la soñada fuente, escribió Pedro Mártir al Papa León X.

Procuremos no ser injustos con el valiente capitán y explorador, cuyas últimas hazañas tuvieron por origen una fantasía, que no rebaja ni en un solo grado la admiración que han ido consagrándole, sucesivamente, muchas generaciones. Todo parecía maravilloso en el Nuevo Mundo — ¡que ya era maravilla grande haber descubierto un mundo hasta entonces ni siquiera sospechado! — y las almas se hallaban de tal modo dispuestas a esperar mayores prodigios, que todo cuanto de extraordinario y sorprendente hubiese ocurrido, por natural y lógico habríalo aceptado la humanidad entera.

Cree el autor de este libro haber dicho con esto lo bastante para que nadie, entre sus lectores, considere a Ponce de León como un hombre pueril, ignorante y supersticioso

en extremo. Cúlpase no al hombre, sino a su época, de haber exagerado su fe en lo que se halla fuera de las leyes naturales.

Y volvamos, sin otras consideraciones, a tomar el hilo de nuestra narración, que seguirá deslizándose por el cauce que hubo de abrir la verdad a través de la historia.

Los indios que dieron a Ponce noticia de la fuente milagrosa, indicaron, como camino a seguir para encontrarla, el del Norte, mar adentro. Y concretaron el punto donde se hallaba la supuesta fuente, situándolo entre las islas Lucayas, entonces todavía no descubiertas por los europeos. En una de dichas islas, que llamaron de Bimini, corría el agua de la fuente, río o manantial, capaz de remozar a los hombres ya caducos.

La fábula era muy a propósito para exaltar la ardiente imaginación del capitán palentino, quien estaba entonces buscando en qué ocuparse. Jamás le tentaron la ociosidad y vida regalona; para él era la quietud un tormento, y desde que se hizo cargo Juan Cerón del gobierno de Boriquen, Ponce revolvía en su mente las ideas más descabelladas, hasta que dió en la manía de querer superar los descubrimientos de Cristóbal Colón.

Pero cuando le hablaron los indios de la isla Bimini y de la fuente encantada, le pareció que descubrir dicha fuente sería la más alta y famosa de sus empresas, y si,

además, lograba él volver a la primavera de la vida, ¿qué mejor premio hubiera soñado para sus desvelos y sacrificios? A la sazón andaban los alquimistas queriendo penetrar el secreto de la vida y de la muerte, que sólo pertenece a Dios; de modo que estaba en boga, como lo ha estado muchas veces, antes y después, el nunca alcanzado poder de corregir las leyes inmutables de la naturaleza humana.

Juan Ponce no perdió el tiempo. Tenía dispuestos, como ya se ha dicho, tres flamantes navíos, y pudo emprender su loca aventura junto con un puñado de valientes a quienes había hecho concebir ilusiones semejantes a las suyas.

— Será verdad o será mentira que los viejos podamos volvernos mozos — decía Ponce a sus amigos —; pero no hay pecado en creer que Dios, en su infinita bondad, nunca dejará de sorprender a los hombres con nuevos milagros. Si no hallamos la fuente encantada, acaso encontremos otra cosa mejor, aunque tengo para mí que nada puede haber mejor, en este mundo, que tener la fuerza y la alegría de la juventud junto con la experiencia que sólo dan los años.

Todos los alistados en la expedición opinaron del mismo modo, aunque los había que no necesitaban de ningún milagro para volverse jóvenes, porque ya lo eran. Sin em-

bargo, les atraía la nueva aventura por su mismo carácter fabuloso y arriesgaban su vida sólo por el afán de ver lo nunca visto.

Juanuco González resumió el estado de los ánimos en una copla que cantaba alegremente, al son de la vihuela y sentado en la proa de un bergantín (1), cuando la escuadrilla, desplegadas las velas, abandonó las playas bori-queñas. Decía así la copla:

“Alas del viento nos llevan
adonde la suerte diga;
que es el juego con la muerte
lo que nos pide la vida.”

* * *

Corría el mes de marzo de 1512 cuando los tres navichuelos de Ponce de León, impulsados por un viento propicio, siguieron la graciosa curva de la isla Española, haciendo rumbo al Norte.

(1) Este tipo de barco existe desde el siglo xiv, pero ha pasado por numerosas modificaciones, y el que utilizaron los exploradores del Nuevo Mundo se diferencia bastante del bergantín actual. Los navegantes de aquella época llamaban *bergantín* a un buque de menos porte que la carabela, aunque arbolaba los palos trinquete y mayor, además del bauprés. Era de construcción fácil y aparejo sencillo.—N. del A.

A bordo reinaba bulliciosa jácara, alternando los modos caballerescos con los dichos y los hábitos del aventurero y del rufián. Quiere esto decir que la alegría de los expedicionarios, expresada en todos los tonos, al son de la bandurria y entre estrepitosas risotadas, tenía a lo mejor un acento noble, bien fuera por la letra de un bello cantar, bien por la frase ampulosa de un hidalgüelo soñador y, finalmente, por el heroico afán que todos llevaban en el pecho, al marchar sin más guía que una ilusión de niños.

No llegaban, ni con mucho, a cien hombres los embarcados en los veleros de Ponce. Iban todos bien armados, pero era menguada su provisión de bastimentos. ¿Cuántos meses iban a durar sus correrías por las islas desconocidas? ¿Y hallarían medios de subsistencia para no perecer a poco de iniciada su aventura? Esto no fué jamás motivo de mucha inquietud para aquellos empecatados servidores del ideal, que fiaban al azar cuánto tenían y cuánto esperaban.

Todavía costeaban la isla Española, navegando muy cerca de la playa, cuando vieron venir hacia ellos un esquife, desde el cual se hacían señales a la nave capitana, que marchaba rezagada de las otras dos.

Ponce de León divisó el esquife desde el puente y ordenó que se pusiera el barco al paio, hasta que llegara aquel remero, que sin duda venía a comunicarles alguna

importante novedad, tal vez por mandato del gobernador de Santo Domingo.

La nave se detuvo, balanceándose graciosamente, majestuosamente, y el esquife fué acercándose poco a poco, hasta llegar a uno de los costados del buque.

— ¡Por vida del gigante San Cristóbal! — exclamó el capitán de la expedición, que se había asomado por la borda —. ¡Es Banoa! Echadle la escala, y que suba.

Mejor que subió, puede decirse que fué izada la india por dos marineros, en medio de una gran expectación por parte de toda la gente que estaba en cubierta. La fama de bruja que tenía Banoa, habíase trocado, desde algún tiempo atrás, en cierto crédito cordial de amiga fiel y de *hada buena*.

— ¿Cómo andas tú por aquí y a qué has venido? — preguntó Ponce a Banoa, sinceramente admirado de la constancia y de la intrepidez de aquella extraña mujer, que, dicho sea de paso, venía con las ropas y el pelo empapados del agua salada del mar.

— He venido a decirte que no ha existido nunca la fuente que buscas — contestó la india, todavía jadeante por el esfuerzo hecho con los remos —. No vayas a la isla de Biminí, que a ella fueron otros hombres de mi raza y jamás han vuelto.

— Prueba es eso de que se encuentran allí mejor que en otra parte — argumentó, sonriendo, el capitán —. Ya sabía yo que marcharon a Bimini muchos indios, cuyo paradero nadie sabe; mas yo entiendo que se quedaron en la isla por haber dado con la felicidad. ¿No os parece, amigos? — añadió, dirigiéndose a los oficiales y soldados que le rodeaban —. De la Tierra dichosa no se vuelve.

— Tampoco se vuelve de la muerte — advirtió, sentenciosa y lúgubrementemente, Banoa.

Juan Ponce continuaba sonriendo; no parecía impresionado por los prudentes avisos de la india, en cuyos ojos pudo ver reflejada, el capitán, una sincera y dolorosa inquietud. Los oficiales y soldados, repentinamente asaltados por un temor, miraban ora a Banoa, ora a su jefe, con cierta ansiedad comprensible, dada la sencillez de sus almas.

— No vayas a Bimini — insistió Banoa, suplicante —. Un día te arrepentirás de haber despreciado mi consejo.

— Bien sabes — dijo en esto Ponce, un poco alarmado por la cara que ponía su gente — que siempre tuve tus avisos en mucha estimación, y ahora, como siempre, quisiera pagarte de algún modo la buena voluntad. Pero no me digas que no vaya a Bimini, porque eso es más que pedirme la vida, que para nada quiero, si he de volverme a Boriquen.

— En las Indias hay muchas tierras por descubrir; busca otra empresa digna de tu aliento.

— No quiero nada más que hallar la fuente de la eterna juventud.

— No la hallarás nunca, porque jamás la hubo.

— Pues otra cosa encontraremos para resarcirnos de su pérdida, si no damos con el agua milagrosa. ¡Ea! No perdamos más tiempo. ¿Quieres venir con nosotros, Banoa?

La india retrocedió dos pasos, negando con un enérgico movimiento de cabeza.

— ¿Y si yo te lo mandara? — insistió el capitán.

— Vais a la ruina y a la perdición — dijo la india —. Permita el Buen Dios, al menos, que podáis volver. Yo le rezaré para que os proteja.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, se lanzó al mar de cabeza, con una rapidez de movimientos que dejó a todos asombrados; y ya en el agua, después de haber buceado como una nereida, fuese nadando a su esquife, metióse en él con maravillosa facilidad y comenzó a bogar hacia la playa, sin hacer caso de las voces que le daban los hombres del navío.

— ¡Adiós, Banoa! ¡Nos acordaremos de ti!

— ¡Qué bien sabe bogar! ¡Vedla cómo corre!

— ¡Cuida de que no te coma un tiburón!

— ¡Rézale a la Virgen para que, al menos, volvamos con oro!

— ¡He ahí una mujer morena que vale por diez hombres blancos!

Entretanto Diego de Salazar y Juan Pérez de Ortubia manifestaban a Ponce de León que la visita inesperada de la india Banoa les había impresionado.

— Cierto es como nos está Dios mirando — dijo Salazar — que yo he perdido buena parte de la fe que tenía puesta en esta salida, y ya no me parece posible cuanto nos dijeron los indios de la fuente de Biminí.

— Tampoco yo tengo gran confianza en que salgamos con bien de tan arriesgada empresa — declaró Ortubia, a su vez —. Y aún he de añadir que me parece cosa del diablo y no del Rey de los Cielos, eso de que pueda un hombre ser dos veces mozo por virtud de una agua que tienen los herejes y que no se ha visto alumbrar jamás en tierra de cristianos. Me parece que, de haber querido Dios otorgar a los hombres tan gran merced, mejor premiaría con ella a sus fieles que no a sus enemigos.

Ponce escuchaba a sus oficiales con suma atención, sentado en un rollo de cuerdas, bajo la cubierta del puente. Tenía echado a sus pies al perro *Becerrico*, que jadeaba, con medio palmo de lengua fuera, mientras dirigía a su amo y a Ortubia y Salazar, alternativas miradas, como si

también él, pobre bestia, aunque dotada de maravilloso instinto, entendiera la conversación y meditara lo que oía decir a los hombres.

— No me parecéis muy firme creyente — replicó a Ortubia el capitán —; pues, por lo que habéis dicho del favor que otorgaría Dios a los salvajes, negándoselo a los cristianos, si existiera la fuente milagrosa, comprendo que andáis perdido en religión. Amigo Ortubia, los indios no son herejes, sino pobres criaturas que ignoran a Dios, y por esto Dios les distingue con su preferencia, para maravillarles y enseñarles su gran poder. Y tened presente, además, que acaso esa merced incomparable que consiste en dar a los hombres dos veces su mocedad, es a nosotros a quienes el Señor la quiere conceder, por haber venido a estas tierras vírgenes de enseñanza, a predicar su doctrina.

Pérez de Ortubia no encontró razón que contrarrestara la de Ponce, y se mantuvo en silencio. Salazar frunció el entrecejo, pareciendo que reflexionaba, y *Becerrico* comenzó a lamerle las manos de su amo, como si le felicitara por lo bien que había contestado a los oficiales.

— No temáis por lo que pueda sobrevenirnos — insistió Ponce, con un acento de convicción capaz de impresionar a un escéptico y con mucho mayor motivo a los que sólo dudaban —; nada sucede contra la Divina Volun-

tad, no siendo lo que hacemos los pecadores para burlarla. Yo espero que Dios me toque en el corazón y me diga: "Atrás Ponce; no desafíes al destino, porque el destino soy Yo." Mientras halléis alientos en mí, mientras me veáis alegre y ganoso de llegar a la fuente encantada, tened por seguro que no es locura nuestra empresa, puesto que Dios la permite.

— ¡Razón tenéis, vive Cristo, y no he de volver a dudar de que vamos a buen puerto! — dijo el valiente Diego.

— Perdonad mis palabras temerarias — añadió Ortuibia —. Sabéis que yo soy vuestro y que disponéis de mi vida.

— Pues decidle al piloto que procure darle alas al barco. Nos hemos quedado muy atrás, a causa de la visita de Banoa. No me parece la india mensajera de ningún santo ni de ninguna Virgen ni menos de Nuestro Señor. Nada sabe de la isla Biminí. ¡Ea! marchemos a toda vela, a ver si alcanzamos a las naves delanteras.

Esto dijo Ponce, creyendo, sugestionado por sus propias palabras, que sólo unas brazas de mar le separaban del prodigioso manantial.



Siendo el tiempo excelente, a causa de la proximidad de la primavera, la navegación con rumbo al Norte no presentó dificultades, y al llegar los navichuelos de Ponce a las islas Lucayas, se creyeron los navegantes en la entrada de un paraíso.

La verdad es que el archipiélago no podía ser más hermoso para quienes se limitaran a llevarse del mismo una impresión simplemente visual. Entre las islas, de un verdor exuberante, se abrían los caminos muelles del mar, a cuyas aguas daban los rayos del sol un tono amarino y sonrosado, rompiéndose al propio tiempo la luz de modo que hacía brillar la superficie inquieta de las rías como si estuviera sembrada de espejos. Volaban, en torno de los islotes y cayos, los alcatraces a millones, tejiendo con sus alas una cortina móvil sobre la tierra, cuya opulenta vegetación remataban los penachos de las palmas reales.

Tan bello era el espectáculo de la naturaleza en aquellos, hasta entonces, ignorados parajes, que los hombres de Ponce los saludaron con vítores y aclamaciones, ni más ni menos que si ya tuvieran a la vista el premio de sus afanes.

— Tierra más hermosa no puede haberla en el mundo — dijo Ponce, casi en éxtasis, reposando sus ojos ávidos en la contemplación del paisaje, antes de ordenar el

desembarco —. Si en alguna de estas islas no está la fuente milagrosa, no será porque no la merezca su hermosura.

Se buscó luego un lugar donde poner los barcos al abrigo del viento, y en seguida tomaron tierra aquellos que la creían dotada de una excepcional virtud.

Pero apenas hubieron desembarcado, les asaltó una duda: ¿cuál sería, entre tantas, la isla de Biminí? No llevaban guías ni tenían, respecto a la situación de la isla buscada, sino vagas referencias ideales.

— No habrá más remedio — dijo el jefe de la expedición, encogiendo los hombros, como batallador acostumbrado a encontrar siempre difícil su camino — que visitar todas las islas y probar el agua de todas las fuentes, hasta que demos con aquella que remoja a las gentes caducas.

Ello significaba seguir fiándolo todo a la suerte y exponerse a pasar meses, años quizás, recorriendo el archipiélago palmo a palmo. ¿Y si, al fin, fueran ciertas las palabras de la india Banoa, quien negó la existencia de la fuente encantada? Ponce de León, dejándose a un lado sus fantasías, sonrió maliciosamente al sospechar que podía muy bien no existir la fuente. “Yo siempre podré decir a mis hombres — iba pensando — que no hallamos el agua milagrosa por no haber dado con la verdadera isla de

Bimini. Es un modo de prolongar estas andanzas nuestras, y mucho será que no descubramos cosa de provecho, aunque no sea la fuente mágica precisamente.”

Comenzaron luego a recorrer la isla y a probar el agua de todos los manantiales y riachuelos que en la misma encontraron.

— Yo no soy viejo — decía Juanuco González a sus camaradas, a quienes solía divertir con su ingenio, cuando estaba la tropa de buen humor —; yo no necesito remozarme. Pero quiero ver si el agua milagrosa me adelgaza y hermosea un poco, que eso sí que no me vendría mal. Quisiera ser hermoso como un príncipe, si es cierto que todos los príncipes son hermosos, y más aún me gustaría ser ligero como un lebre.

Dicho esto, se llenaba de agua la barriga, preguntando después, al mismo tiempo que daba varias vueltas delante de los soldados:

— ¿Cómo me encontráis? ¿Os parezco más fino y airoso de talle? ¿Se vuelve más blanca y sonrosada la piel de mi rostro? ¿Todavía no estoy para enamorar a una reina?

Estallaba un coro de carcajadas y cada uno de los compañeros de Juanuco respondía con su pulla, más o menos aguda, más o menos grosera.

— Si las reinas se enamoraran de los cerdos, ya esta-

rías tú en un trono; porque un más gallardo cochino no se ha visto en el mundo.

— Mirad el esbelto doncel qué linda cara tiene; su piel gana a la seda por su finura.

— ¡Grandísimo holgazán! ¡Condernado gallofero! ¡No sirves sino para hacer reir!

— No ha de valerte el agua milagrosa, aunque demos con ella, y feo te quedarás como naciste. Ya por feo diste a tu madre un susto al venir al mundo.

A pesar de las pullas de sus camaradas y del resultado negativo de todas las pruebas, Juanuco seguía bebiendo agua, no tanto por creer en la virtud de la misma como por hallar en ella pretexto para exhibir su donaire y travesura. Y no se limitó a beber el agua; bañábase también siempre que se le ofrecía ocasión, al efecto de restaurarse por dentro y por fuera. Su ejemplo fué seguido por todos los expedicionarios, incluso por los oficiales, y aún el mismo Ponce, que era el más necesitado de una reforma interior y exterior, llegó a bañarse diez veces al día en distintos charcos y ríos, bebiendo, además, el agua de todas las fuentes.

— Con probar nada se pierde — decían hasta los descreídos.

Y no cesaban de beber ni de remojar el cuerpo en la linfa, bien fuera clara o cenagosa; porque lo que ellos

buscaban era un poder oculto y no la mayor pureza del agua. Ni aún la de los pantanos salados dejaron de probar.

Recorrida una isla, pasábanse a otra, deslizándose blandamente por las rías, y alternaban sus frecuentes tragos y lavatorios con las calas que hacían en la tierra, por manera que su afán de belleza y vigor juvenil no les distraía de otra ambición suya característica, que era la de encontrar oro.

Mas no encontraron en ninguna de aquellas islas, aunque estuvieron en ellas muchos días y las registraron sin dejarse rincón, ni juventud ni oro. Por no haber nada que pudiera servirles, no había ni indios. Eran aquellos parajes muy bellos, como paraíso deshabitado; pero la espléndida hermosura de la naturaleza, si bien agradaba a los ojos y mantenía la esperanza en el corazón, no compensaba a los españoles del esfuerzo realizado ni gastó Ponce sus caudales sólo por el gusto de ver un paisaje encantador. No se conocían en el siglo XVI tales refinamientos.

Sin embargo, ni Ponce de León ni ninguno de los expedicionarios sentían ahora la fatiga que debía ocasionarles el continuo correr tras la quimera. Antes habíanse resentido los barcos que sus cuerpos, es decir: los navichuelos, demasiado frágiles, necesitaban ya de una reparación, mientras los hombres conservaban íntegras todavía sus fuerzas y sus ilusiones.



Encontrábanse en la isla de San Salvador cuando se decidió Ponce a reparar sus buques, haciendo un alto en la marcha. Mas no se entretuvo sino muy poco tiempo. Las averías de las naves eran importantes; pero sólo se repararon de modo provisional, debido a que ni a bordo ni en la isla había elementos para una obra más seria y duradera.

En la isla de San Salvador había estado ya Cristóbal Colón, pues ésta fué la primera playa americana que pisaron los españoles durante el viaje inolvidable que determinó el descubrimiento del Nuevo Mundo. Ponce de León no ignoraba el hecho, por lo cual formó propósito de remontarse más al Norte, siempre buscando la isla de Bimini.

Mientras se calafateaban los navíos, volvió el capitán a entregarse a sus quimeras, recreando la imaginación con fantásticas visiones de un porvenir imposible. Si alguna vez, mirándose en el espejo de un claro remanso, veíase Ponce tal cual era, asaz maltratado por los años, con la piel de la cara muy curtida y la barba muy canosa, poníase a pensar en su esperado remozamiento, consolándose así de hallarse ya tan avanzado en la carrera de la vida.



Gustaba de discutir con Juan González, por creerle el más escéptico de sus hombres, sobre la posibilidad — ¡ay, muy remota! — de que existiera un agua para curar los achaques de la edad y devolver a los viejos su perdido vigor.

— Tú no crees que eso sea posible, ¿verdad, Juanuco? — preguntaba el capitán al rechoncho coplero.

Y éste, guiñando un ojo como redomado pícaro, solía contestar:

— Su merced me pide la verdad de lo que pienso, y lo que pienso es que nunca los hombres han pasado de viejos ni hubo ninguno jamás que retrocediera el camino hecho hacia la tumba.

— ¿Por qué, si es eso lo que piensas, pruebas el agua de todas las fuentes y te bañas en todos los charcos y ríos?

Juanuco rascábase el cogote y repetía sus guiños picarescos.

— Hago lo que su merced dice porque nada se pierde con probar y porque el calor de estas tierras invita a remojar el cuerpo por fuera y por dentro. Pero otra razón tengo más principal, y es que los remojamientos dan motivo a reír y a divertirse, cosa siempre agradable, si su merced no cree lo contrario. Yo no bebería el agua, a pesar de todo, si hallara una fuente que echara vino; pues

tengo para mí que es el vino lo único que da al cuerpo vigor y al alma alegría.

— El vino lo saca el hombre de las uvas — observó el capitán, visiblemente contrariado por el escepticismo de Juanuco —. No es posible, porque no es natural, que brote el vino de la tierra o de una roca.

— Su merced habla como el Evangelio; no es natural que salga el vino de las fuentes, pero tampoco lo es que se recobre la juventud cuando se llevan vividos los años que son de razón y señalan el paso a la vejez. No se hace dos veces el camino de la cuna al sepulcro; porque, si eso fuera posible, no habría viejos en la tierra.

Ponce de León, que al principio no sentía muy firme su fe en la fuente milagrosa y que se había entregado a pensamientos semejantes a los de Juanuco, diciéndose que el buscar la isla de Biminí era un pretexto para la exploración de regiones todavía ignoradas, ahora pensaba de otra manera, y sin duda le causaría el desengaño un gran dolor. Lo cierto es que hubo de aficionarse insensiblemente a la idea de recobrar la juventud y que no quería ya creer que fuera eso imposible, como el niño que ha soñado tener un lindo juguete no se resigna a perderlo, cuando le dicen sus padres que, por ser muy caro, no pueden comprárselo.

El valiente capitán español no esperaba de la vida otro bien que el milagro de la fuente encantada. Quizás

lo hubiera cambiado por una gloria inmediata y grandísima, como la de Cristóbal Colón; pero tan difícil le parecía conquistar la gloria como descubrir la fuente de la juventud. Sobre todo estaba ya metido de lleno en aquella empresa, y un hombre de su temple no podía volverse atrás sin antes haber agotado sus energías.

En fin, el pacificador del Higüey y de Puerto Rico, el veterano de las guerras de Granada, necesitaba una ilusión para seguir viviendo. Remontábase, pues, a un mundo ideal, donde todo es hacedero y posible, hasta lo absurdo, y así vivió contento y pudo realizar hazañas que han hecho su nombre inolvidable y famoso.

No es esta la primera vez que la fantasía desbordada ha servido de algo bueno en el mundo.

IX

Descubrimiento de La Florida

Abandonadas las islas Lucayas o Bahamas, por los exploradores españoles, después que estuvieron recompuestas las naves, siguió Ponce la ruta que le indicaba su corazón; pero ahora no se le mostraba el mar propicio, sino todo lo contrario, y a medida que los barcos avanzaban más al Norte, crecía la hostilidad de los elementos, por manera que los navíos, de suyo ya achacosos, parecían a punto de naufragar.

— Mucho será que la embestida de las olas no haga saltar las cuadernas de nuestro bajel, como saltan las duelas de una cuba vieja al golpe del martillo — decía a Ponce de León el piloto de la nave capitana.

— Mal tiempo llevamos, pero a tu experiencia fío la salvación del barco y de nuestras vidas — contestó Ponce sin mostrarse preocupado.

El piloto movió la cabeza de un modo que no era para tranquilizar a nadie, y siguió el barco saltando sobre el furioso oleaje, como mísero cascarón perdido en la inmen-

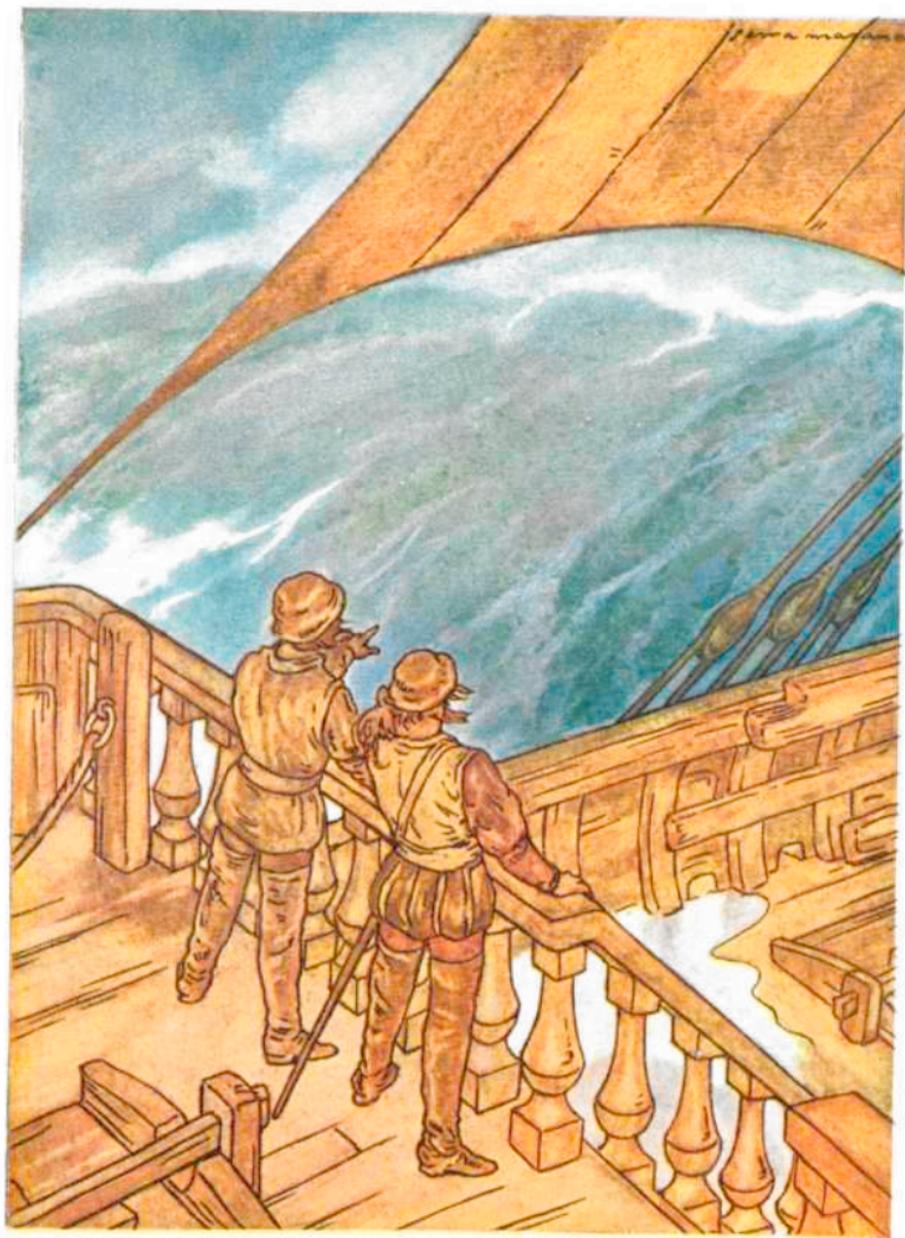
sidad. Los otros dos bajeles venían detrás, dando también espantosos tumbos, y tan pronto aparecían muy distanciados uno de otro como se acercaban peligrosamente, viéndose por ello que era empresa difícil gobernarlos.

Así estuvieron tres días, sin que cesara la furia del temporal, hasta que una mañana avistaron tierra los marineros y supuso el jefe de la expedición que habían llegado a la isla de Bimini.

— No niego que pueda ser la isla que vos decís — manifestó el piloto al capitán, cuando, hallándose los dos en el puente, escrutaban el horizonte con avidez —. Mas no penséis que podamos acercarnos, porque no está la mar para probarlo: nos estrellaríamos contra la costa o encallaríamos en algún bajío.

Ponce tuvo que poner freno a su impaciencia y esperar unos días a que se mostrara el mar menos hosco, una vez hubiera terminado su derroche de mal humor. Los navichuelos siguieron bordeando la línea de la costa, pero a distancia, y, por fin, vueltos los elementos al sosiego, amansado el huracán, pudo la escuadrilla ponciana acercarse a tierra. Estaban a los treinta grados y ocho minutos de latitud y era el atardecer del día 2 de abril.

Por lo que habían andado al largo de la costa, creyeron los españoles haber descubierto una isla muy grande; pero, en realidad, la tierra adonde acababan de arribar



... hasta que una mañana avistaron tierra ...

forma parte de la que llamaban Tierra Firme. Se trata de una estrecha faja de terreno medio continental y medio peninsular, desarrollada en forma de arco, al N. y NE. del golfo de Méjico, perteneciente hoy a los Estados Unidos. Dista sólo 100 kilómetros, en algún punto, del trópico de Cáncer.

No quiso Ponce desembarcar, porque se les había echado la noche encima, mientras buscaban el abrigo de un ancón. Esperó a que amaneciera, no sin ansiedad, de la que participaban todos sus hombres, aconteciendo por esto que pocos durmieron, no obstante el cansancio experimentado durante la fatigosa travesía.

Pero, cuando alumbró la aurora y pudieron saltar a tierra sin cuidado, fué su alegría inmensa, viendo que no era el país menos fértil y bello de como lo soñaron.

Sin adentrarse en él y comprendiendo Ponce intuitivamente que su descubrimiento era de extraordinaria importancia, quiso tomar posesión en seguida, en nombre de la Corona de España, de aquel territorio prometedor de incalculables bienes.

Mandó que desembarcaran el pendón morado de Castilla, y, llevándolo en alto, avanzó unos pasos tierra adentro, seguido de todos los expedicionarios, que habían desnudado las espadas. Sacó también Ponce la suya de la vaina, después de haber clavado en tierra el pendón, y dijo,

trazando con su acero una línea ideal en el aire, para indicar todo lo ancho del horizonte:

— Tierras son estas por nosotros descubiertas y para España ganadas, que prometo defender contra todos los reyes y príncipes del mundo, si disputarlas quisieran a nuestros reyes castellanos. Yo las tomo en nombre de Castilla. ¡Viva el rey Fernando!

— ¡Vivaaa!... — contestaron todos los hombres de la expedición, levantando, por encima de sus cabezas, las espadas desnudas.

Después se arrodillaron y dieron gracias a Dios, rendidas las armas y humilladas las frentes, por la merced que recibían de los Cielos. Terminó la ceremonia abrazando los oficiales a Ponce y lanzando los soldados al aire sus bacinetes, demostración de entusiasmo que se guardaba sólo para las ocasiones solemnes; pues no eran aquellos hombres de bronce muy fáciles al regocijo ni se entusiasmaban sin fundamento.

Recorrido un buen trecho hacia el interior, pudieron percatarse los exploradores castellanos de que no había sido un engaño de la imaginación la belleza del país; por doquiera hallaban extensos praderas y nacimientos de agua tan clara que no la ganaría en transparencia el más limpio cristal. Generalmente, esos manantiales eran a modo de pozos muy anchos y muy profundos; pero la pureza de

su linfa permitía contar las piedras del fondo. Subía el agua hasta la superficie de la tierra, repartiéndose allí en múltiples riachuelos, que serpenteaban por entre la hierba fresca, como cintas de plata relucientes bajo los rayos del sol.

— No recuerdo haber visto en mi vida cosa que más alegre el ánimo que esta bendición de Dios — decía Ponce, entre balbuceos que delataban su emoción —. Si uno de estos ojos de agua no es la fuente que buscamos, será que el Todopoderoso no ha querido juntar dos maravillas, porque maravillosa es la hermosura de estos ojos, como es maravillosa también la virtud que esperamos hallar en ellos.

No acababan aquí, sin embargo, los encantos del paisaje. Mayor prodigio era la deslumbrante floración de la primavera en aquellos campos vírgenes. En toda la tierra había un derroche de flores, que matizaban el verde de los prados y abrumaban con una carga de divina gracia a los árboles y ribazos. Por esto y por haber descubierto la península en Domingo de Ramos, dióle Ponce el nombre de La Florida, que todavía conserva. Los indios la llamaban Cantix.

Durante algunos días, estuvieron los españoles recorriendo el país, que en todas partes mostrábase magnífico, como jardín digno de reyes y emperadores. La circunstan-

cia de ser poco accidentado el terreno, pues sólo en un extremo elevan su línea ondulada algunas colinas, entre las cuales apenas pasa de cincuenta metros la más alta, acentuaba el carácter señorial de su belleza.

Siendo la costa de lo más pintoresco, por la abundancia de cayos, pequeñas islas y escarpados arrecifes, no tenía el dejo ni el tono elegantes del interior, cruzado por dos ríos navegables, el Apalachiola y el de San Juan, que descubrieron los exploradores de Ponce, así como innumerables lagunas y manantiales. Las márgenes de los ríos, floridas como altares cuidados por monjas, se reflejaban en la corriente mansa. Crecían a trechos las palmas reales y esbeltos y finos cipreses, jalonando la inmensa sabana de césped, y del centro de las lagunas emergía la tierra poblada de laureles, magnolias y naranjos, que parecían puestos allí por la mano de un hábil y experto jardinero.

La vegetación anunciaba la proximidad de la zona tropical, pero a los exploradores les pareció el clima discretamente fresco y delicioso.



Por desgracia y contrariamente a lo que podía esperarse de la suavidad del clima y del paisaje, los indios habitantes en La Florida eran, como los caribes, indómitos y

feroces. No pareció que recibieran gusto por la llegada a su patria de unos extranjeros. Cundió la alarma en las tribus, que se prepararon para la guerra, y los españoles vieron bruscamente cortada su exploración por un ataque fulminante.

En vano trató Ponce de ganar la voluntad a los salvajes, ofreciéndoles las consabidas cuentas de vidrio y vistosas camisolas. Dádivas quebrantan peñas, pero los indios de Cantix tenían el corazón más duro que la roca y no sentían por la sociedad más afición que el tigre de la selva africana.

Los mensajeros españoles enviados por Ponce a parlamentar con el cacique, escaparon con vida por un milagro. No hubo más remedio que contestar a la violencia con la violencia; varias veces atacaron los indios y siempre repelieron los españoles la agresión, devolviendo a los naturales del país el mismo trato que de éstos recibían. Después de algunos choques sangrientos, que costaron la vida a muchos indígenas, pero de los cuales no salieron indemnes los exploradores, vióse obligado Ponce de León a suspender el avance de fondo y a fijar su campamento en lugar seguro.

Se contaban los salvajes de La Florida por miles y eran temibles sus armas, no precisamente por su naturaleza, sino por venir aderezadas con venenos, de tal suerte que

bastaba con que causaran un rasguño para ocasionar al herido incurable malestar y aún la muerte algunas veces. Por lo demás, eran sus flechas unos juncos muy recios, con punta de pedernal o de espina de pescado, y tenían también lanzas por el estilo, que penetraban fácilmente en la carne cuando no se interponía el hierro de las armaduras. Entraban al combate al redoble de sus atabales, hechos de enormes calabazas, y al son de los caracoles de mar, caramillos de caña y flautones de madera, no menos gruesos que la pantorrilla. Luchaban como valientes; no retrocedían sino al sentirse heridos o al verse desarmados; los perros y el fuego de los arcabuces era lo único que les intimidaba un poco.

Llegó un momento en que los castellanos, no cansados de batallar con los fieros habitantes de La Florida, pero sí intranquilos al ver que las flechas envenenadas producían a sus camaradas heridos terribles dolores, cuando no la muerte, comenzaron a pensar en la conveniencia de trasladarse a otro país más hospitalario.

Ningún soldado osó manifestar este deseo al capitán; pero entre la tropa cundía el descontento y la murmuración. Juan González, que, ahora como siempre, era el más sensible a los peligros, o mejor dicho, el único verdaderamente cobarde, decía a sus compañeros que los indios de La Florida habían aprendido de los caribes a envenenar sus

armas. Y como él estuvo largo tiempo con los caribes, disfrazado de tal, y conocía sus costumbres, explicó de qué modo se preparaban aquellos venenos cuyos efectos tanto hacían sufrir a los exploradores.

— Hay dos suertes de venenos — dijo Juanuco, hallándose rodeado de los demás expedicionarios sin categoría, que escuchaban su narración con un cierto interés medroso —: uno es menos malo que otro, por estar compuesto únicamente del jugo de una mala hierba, tan dañino como el de esas manzanas que aquí llamamos de Santa Marta y que ponen enfermo a quien las hinca el diente. Se mezcla el jugo de la mala hierba y el de las manzanas venenosas; después se le añade goma de un árbol resinoso y sangre de áspid. Pero no es ese menjurje el que más debéis temer, porque hay otro mucho peor, y es el que tiene, junto a lo demás que llevo dicho, las cabezas machacadas de unas hormigas que podrían, por sí solas, acabar con todos los españoles venidos a Indias.

Y añadió el rechoncho y avisgado Juan, complaciéndose en atormentar a sus camaradas con nuevos detalles de una elaboración que daba miedo:

— Es costumbre, entre los caribes, que prepare el veneno la vieja más vieja y más bruja de la tribu, que se encierra en una cueva y se está allí cociendo tres días seguidos el unguento. Pasados los tres días, entran los indios

en la cueva, a ver si la vieja se ha muerto o desmayado a causa del tufo. Si la encuentran muerta, brincan de contento, por haber comprobado que la ponzoña es mortal; pero si la bruja se conserva viva y ni tan sólo ha perdido el conocimiento, le dan una paliza y arrojan, por inútil, el veneno. Algunas viejas he visto yo matar a palos, y por mi abuela os juro que no me pesó su muerte, porque tenían el alma atravesada como Barrabás.

— Es la verdad — observó un expedicionario herido de un flechazo — que el mismo demonio no inventaría un humor más maligno que este veneno que llevo en la sangre. ¡Ay, madre mía! Parece que se me abran las carnes y siento como si tuviera clavadas en las entrañas las uñas de un buitre.

Todos los heridos hicieron coro con sus lamentos al que antes había hablado, maldiciendo a los indios y la hora en que pisaron la tierra florida y engañosa de Cantix. El campamento era un cuadro de lástimas. Abundaban los hombres que tenían vendados los brazos, o las piernas o la cabeza, y alguno había que se revolcaba en el suelo, presa de terribles dolores. Aullaban tristemente los perros, también alcanzados por las flechas y dolientes de su ponzoña, y se veían abandonadas sobre el césped las armaduras, como hierros inservibles, pues no protegieron a sus dueños con la eficacia que podía esperarse de su fortaleza.

Ponce de León trataba en vano de mantener la esperanza de los soldados que habían perdido la salud. Dispuso que se bañaran los heridos en los manantiales más puros, para ver si curaban, y él mismo fué a buscarles agua a las fuentes más distantes, siempre buscando aquella cuyo poder maravilloso libraría de tormento a todos, debiendo a él devolverle el vigor y la arrogancia de los veinte años. Mas el agua servía tan sólo para aplacar la sed y refrescar el cuerpo, fatigado por las largas e inútiles caminatas. Y acontecía, para mayor desgracia, que toda salida motivaba un nuevo y mal encuentro con los salvajes, por manera que volvían maltrechos al campamento algunos de los hombres que habían salido sanos del mismo; y si cantando se fueron, llorando se les veía volver, cosa que provocaba el desfallecimiento de los animosos.

Además, los indios de La Florida parecían tan infinitamente abundantes como los mosquitos de las selvas tropicales; mataban los españoles doscientos, y, al siguiente día, tropezaban con dos mil; si eran dos mil los caídos, en el acto se formaba otro ejército seis veces mayor. Al mismo tiempo que inagotables, eran irreductibles. Debían hallarse convencidos de la eficacia de su superioridad numérica, y era por esto tan grande su porfía.

Ponce llegó a comprender que, a la larga, perdería la

guerra, teniendo en cuenta que no contaba con reservas para cubrir las bajas de su ya muy mermada hueste.

— No somos bastantes para resistir a tantos indios — dijo un día a su teniente Ortubia; — tengo por locura esperar a que caiga el último de nuestros hombres y sospecho también que no es esta la isla que buscamos. Marchémonos de aquí, y otra vez volveremos mejor dispuestos para conquistar tan hermosa tierra, que he de ganar para España, aunque me cueste la vida.

Es fácil adivinar la alegría de los expedicionarios cuando se enteraron de que iban a mudar de residencia. Los heridos sintieron un alivio repentino, y Juanuco, que casi había perdido su natural y constante buen humor, volvió a sentirse alegre como unas castañuelas.



Seguían creyendo los españoles, al abandonar La Florida, que estaba ésta rodeada por el mar. Pero habían explorado casi todo el largo de la costa, y estaban seguros de la importancia de su descubrimiento, aun sin haber penetrado mucho en el país, que es una de las comarcas más bajas de un litoral de aluvión, el más frecuente en Norteamérica.

No obstante las pérdidas sufridas y el hecho de no

haber encontrado la fuente de la juventud, Ponce de León no podía mostrarse descontento de su suerte. Había ensanchado considerablemente la zona conocida del Nuevo Mundo; su hazaña, que por fuerza haría hablar a los hombres doctos de las cortes de Europa, era un nuevo paso dado en el misterio y una nueva luz que descubría caminos ignorados. Si para su provecho material e inmediato, nada podía valerle La Florida a su descubridor, sí valdría mucho, a su tiempo, para la civilización, y daría a Ponce una gloria imperecedera.

No es de creer que el veterano capitán de las guerras de Granada, pensara tener ganada la inmortalidad, ya en el preciso instante en que afirmó la planta en las floridas tierras de Cantix; pero barruntos de su gloria sí los tuvo y los seguía teniendo mientras navegaba de retorno a Boriquen. Mas era tan ambicioso que le pareció mezquina compensación cuanto llevaba logrado, y no cesaba su fantasía de enardecerle el alma, de modo que parecía tenerla envuelta en llamas. Sólo el agua milagrosa hubiera apagado aquel fuego en que el noble y valiente guerrero se iba consumiendo poco a poco.

Todavía descubrieron nuevas islas los navegantes españoles antes de volver a Puerto Rico, y en ellas se detuvieron algún tiempo, para buscar aquella fuente que no aparecía en parte alguna. A dichas islas las llamaron *de*

las *Tortugas*, y por este nombre son designadas todavía en las cartas geográficas. Nombráronlas así, los compañeros de Ponce de León, por abundar tanto en aquellas aguas el citado animal marino, que, en una sola noche, mataron ciento setenta tortugas. Asimismo cogieron quince lobos de mar y cazaron numerosas aves, sobre todo pelícanos, pues los había en cantidad enorme.

Otra vez a bordo y puesta la proa al Sur, tropezaron con otras islas próximas a las Lucayas, que también quisieron recorrer, para ver si estaba entre ellas la de Bimini. La navegación se hacía sumamente difícil, por ser contrarias las corrientes del golfo y porque aquel laberinto de islas desconcertaba al navegante más experto. Crujía la armazón de los barcos, ya muy vencidos, tras su prolongada lucha con los elementos, y los pilotos no ocultaban sus dudas respecto a la posibilidad de seguir navegando.

— Vamos avanzando a tientas — decía Ponce, ya descorazonado, a su piloto —. En estas islas no viven indios, que hubieran podido servirnos de guías. ¡Sabe Dios dónde estará la isla de Bimini, si la habremos dejado atrás y si se encuentra hacia la derecha o hacia la izquierda!

— Y puede ser también que no se encuentre en ninguna parte — observó tristemente el piloto.

El capitán se encogió de hombros, sin despegar los

labios. En aquellos instantes recordaba los prudentes consejos de Banoa.

Por fin, a vuelta de mucho buscar, encontraron un ser humano en una de las islas. Era una mujer que, seguramente, no había vivido menos de un siglo y que más parecía una bestia, por su deformidad y sus costumbres salvajes. Por todo vestido, tenía envuelta una faja de pieles de lagarto que le llegaba desde la cintura a las rodillas, y el color de su cuerpo era tan oscuro que parecía negro. La vieja, que era ya un esqueleto viviente, con la cabeza monda, completamente esquilmada de cabello, y las extremidades retorcidas, caminaba a gatas o arrastrándose. Tenía, sin embargo, unos ojos brillantes, aunque pequeños como los de un ratón, y circundados de infinitos pliegues. La fealdad de aquella mísera criatura, que, además, mostraba una nariz respingona, en forma de gancho, era para imponer al hombre más esforzado y atrevido. Imposible sería imaginar una sibila de aspecto más impresionante.

Al principio, creyeron los españoles que era un monstruo, viéndola arrastrarse por el matorral, y a punto estuvieron de dispararle un tiro.

Ya le encañonaba un soldado el arcabuz, cuando Juan González, que tenía ojos de lince, gritó:

— ¡Eh, no tiréis, que ese que parece fiera es un prójimo, o mejor prójima, si no me engaña la vista! ¡Por las

parrillas de San Lorenzo, os digo que es el de una mujer ese bulto!

Se acercaron los exploradores con cierta cautela y teniendo las armas preparadas. La vieja sentóse en el suelo y miró a los extranjeros, dando muestras de asombro y de curiosidad a la vez. Pero no pareció asustada ni mucho menos.

El capitán quiso interrogarle en seguida, maravillado de que pudiera vivir sola, en la isla, una criatura imposibilitada para buscarse el sustento. Un indio boricueño y el alegre Juanuco iban a servir de intérpretes.

No fué fácil entenderse con la vieja, que hablaba un lenguaje enrevesado; pero el ingenio y la experiencia de Juan González, lograron, finalmente, a trueque de una fatigosa porfía, poner en limpio lo más esencial de las turbias explicaciones que dió la anciana. Vino ésta a decir, entre otras cosas ininteligibles, que sus parientes, únicos habitantes de la isla, años atrás, habían perecido todos, unos en la guerra y otros en el mar; añadió que lo mismo guerreaban las mujeres que los hombres, y que si ella se quedó sola, fué a causa de no poderse sostener en pie. Manifestó después que se alimentaba de raíces y que no era aquella donde se encontraba la isla de Biminí, sino otra todavía muy distante.

Le propuso Ponce que se fuera con ellos, para ser-

virles de guía, prometiendo a la anciana, a cambio de este servicio, mantenerla y cuidarla con toda solicitud. La india aceptó la proposición sin hacerse rogar, y los exploradores la trasladaron a bordo de la nave capitana en unas parihuelas.

No bastó a Ponce, sin embargo, este excelente auxiliar, para abrirle un camino mejor y más seguro entre el laberinto de las Lucayas. Al principio, lo mismo el capitán que todos sus oficiales y soldados, habían concebido nuevas esperanzas, creyendo que la experiencia de la india, encontrada felizmente, les serviría para llegar, sin nuevos obstáculos, al lugar donde se escondía la fuente encantada.

Pero dieron vueltas y vueltas, en torno de las islas, sin encontrar nunca la de Biminí, unas veces porque el temporal dificultaba la navegación y otras porque la india, hablando siempre muy oscuro, no daba una orientación precisa y con frecuencia hacía cambiar el derrotero.

Ponce de León comenzó a impacientarse al advertir que se iban debilitando, al mismo tiempo, sus energías morales y sus fuerzas físicas. Sentíase cansado y enfermo; adivinaba el final de su aventura, con un desenlace doloroso. Un mes largo estuvieron detenidos en una isla, para echarles un mal remiendo a los barcos, que se resquebrajaban, entre crujidos lastimeros, amenazando sumergirse. Aquel mes de retención forzosa, en una isla desierta, hizo

gemir al bizarro capitán, que decidió entonces volver a Puerto Rico, confiando a Ortubia la misión de seguir buscando la isla de Bimini.

Tendido en su hamaca, a la sombra de los tamarindos, Ponce confesó a su fiel teniente y gran amigo los tormentos y angustias que habían hecho presa en su alma.

— Me rindo, no puedo más — dijo a Ortubia, que le escuchaba de pie, con la cabeza baja y sostenida la tizona de través, por la espalda, con una mano puesta en el puño brillante y cincelado y otra en la vaina de cuero.

— ¡Pardiez, no debemos darlo todo por perdido! — observó el oficial.

— No está todo perdido; pero siento que me faltan las fuerzas y el deseo — declaró el veterano, cerrando los ojos como para mirarse por dentro —. Vos iréis con la vieja india y los mejores soldados, a buscar la isla de Bimini; yo me volveré a Boriquen, a preparar mi viaje a España; pues quiero que sepa el rey, de mis labios, cuanto llevamos hecho en su servicio. Tengo puesta en vos toda mi confianza; escoged los hombres más bravos y expertos; la reparación de los bajeles toca a su fin y todos podremos embarcar apenas se sosieguen un poco las olas.

Tres días después, Ponce de León y Pérez de Ortubia se daban el abrazo de despedida. Con Ortubia se marcharon los hombres que tenían aún alguna afición a la

quimera, exaltada su fantasía por los viejos romances; y con Ponce quedáronse los tímidos, los enfermos y los desengañados. Inútil es decir que Juanuco González era de los últimos.

Todavía tuvo que afrontar el veterano capitán nuevos peligros antes de que arribasen sus dos navíos a las risueñas playas de Boriquen. El mar parecía haberse vuelto su enemigo, y continuó bramando amenazas durante toda la travesía.

— Es por haber sido locos que nos tiene mala voluntad — decía Juanuco.

Y echó al aire una copla.



Poco tiempo tuvo que esperar Ponce de León, en su casa de Caparra, el regreso del teniente Pérez de Ortubia. Había aquél perdido muchos días, a causa de los temporales, en su retorno a Puerto Rico; en cambio, a Ortubia le fué la suerte propicia y encontró pronto la isla de Bimini.

Pero las noticias dadas por Ortubia y los hombres que le siguieron hasta la tan deseada isla, sin ser desagradables, hicieron apurar a Ponce de León la amargu-

ra del desengaño: no había encontrado la fuente de la juventud.

— Tengo para mí — dijo el teniente al viejo capitán — que pudo haber la fuente milagrosa en otro tiempo, quizás hace mil años, y quedó entre los indios el recuerdo de sus maravillas, transmitido de padres a hijos y de abuelos a nietos. Pero ya no hay fuente. Debió Dios cansarse de otorgar favores especiales a una raza que no supo jamás agradecerlos, y cegó el manantial que transformaba los ancianos en mancebos.

— Puede ser muy bien que llevéis razón en lo que decís — hubo de declarar Ponce, ya perdida toda esperanza —. No se hable más de la fuente encantada. Hice mal en no seguir los consejos de la india Banoa, que nunca me engañó, pues siempre me fueron provechosos sus avisos.

Aquí Ortubia creyó discreto recordar al capitán los importantes descubrimientos logrados. Aún habiéndose disipado como el humo la ilusión que dió origen a la empresa por Ponce acometida, las tierras descubiertas podían estimarse como premio no despreciable. En su día, habría de recibir Ponce del rey una valiosa recompensa, por haber ensanchado los dominios de España en el Nuevo Mundo.

— Porque tenéis de observar — insistió Ortubia — que, aparte La Florida y las otras tierras que encontramos,

también la isla de Biminí vale la pena, aunque no exista en ella la fuente milagrosa. Es una isla grande y fértil; tiene maderas ricas y hermosos prados; puede aprovecharse para el cultivo, pues está pródigamente regada por ríos caudalosos y de corriente mansa; en fin, tiene todo lo necesario al bienestar de sus habitantes, y podríamos tener allí buenos establecimientos.

Las discretas razones de Ortubia parecieron servirle al veterano de consuelo; pero ya no volvió a ser el hombre alegre y animoso que siempre fué, complicándose esta pérdida de la alegría con dejos agrios del humor. Pasaba el tiempo recluso en su casa o paseando solo con su perro *Becerrico*, y no se interesaba ni poco ni mucho por el gobierno de las colonias boriquireñas, que ejercía Juan Cerón con más altanería que acierto.

Vale decir que Ponce tenía motivos para no estar contento de su suerte. En el curso de su ya larga vida, le ocurrió siempre lo mismo: había realizado mil proezas sin conseguir lustre para su nombre ni una posición preeminente. Ahora mismo, aún pudiéndose codear con otros muy gloriados descubridores, después de su última expedición, volvía a encontrarse pobre y sin mando. Gastó en la empresa todos sus caudales y tenía ahora menos recursos que cuando gobernaba, en Haití, la provincia de Higüey, puesto al servicio de Nicolás de Ovando. Sin em-

bargo, había conquistado Puerto Rico y descubierto La Florida. Otros, con menos merecimientos, eran ricos y gozaban de gran predicamento en la corte.

Estas reflexiones agriaron el carácter de Ponce de León, sobre todo después de haber perdido la esperanza de recobrar el vigor de la juventud, ya tan distante. Iría a España, a conquistar el interés y el aprecio del soberano con la narración minuciosa de sus hazañas. Merecía un premio, como le dijeron Ortubia y otros amigos, y ese premio debía ser tal que elevara su dignidad y mejorara su fortuna por medio de un título y una encomienda.

Así pensando preparaba Ponce su viaje cuando vino un día, a aumentar sus preocupaciones cierto suceso trágico.

Desde que pasó con sus naves casi rozando las playas de la Española, no había vuelto a tener noticias de aquella amiga, tan misteriosa como sincera, que solía salirle al paso siempre que le amenazaba un peligro. La india Banoa parecía tenerle olvidado.

Pero una tarde, al ponerse el sol, yendo Ponce con su perro bordeando un espeso bosque, oyó pronunciar su nombre por una voz conocida. Al propio tiempo se oyeron otras voces y un ruido como de lucha. Los árboles no dejaban ver; *Becerrico* daba vueltas y saltos, ladrando furiosamente.

Otra vez se oyó pronunciar el nombre de Ponce de

León, con angustia, como pidiéndole auxilio en un instante supremo. No cabía duda; Banoa estaba en el bosque y había gritado:

— ¡Capitán Ponce de León, ayúdame!

El capitán azuzó a su perro.

— ¡Busca, *Becerrico*, busca!

Y se metió en el bosque, siguiendo los pasos vacilantes del can.

Mas apenas se hubieron deslizado por entre los árboles obra de veinte pasos, se oyó entonces la voz que venía del exterior.

— ¡Capitán! ¡Capitán!

— ¡Pardiez! — exclamó Ponce —. Parece que juguemos al escondite. ¡Anda, *Becerrico*! ¿No has oído que ahora me llaman desde afuera?

El perro, tras de haber olfateado en distintas direcciones, encontró un rastro y marchó seguro, pegado en tierra el hocico y seguido por el capitán.

Salieron del bosque, por donde habían andado casi entre tinieblas; es que moría ya la tarde y extendía la noche, en el espacio, sus primeros velos de sombra, muy ténues. Era la hora melancólica y gris en que se apaga el día, agonizando lentamente, y comienzan los murciélagos a trazar en el aire, con su vuelo inseguro, delirantes rúbricas.

Becerrico, que anduvo un buen trecho bordeando la espesura, se acercó luego a una quebrada y descendió por la vertiente. Después metióse entre peñas, por un paso angosto y sombrío, obstruido por la maleza. El lugar era impresionante, sobre todo por ser allí muy densa la obscuridad. Ponce de León había tropezado varias veces, siguiendo a su perro, y ahora sintió que tenía un pie prisionero en el espinoso matorral.

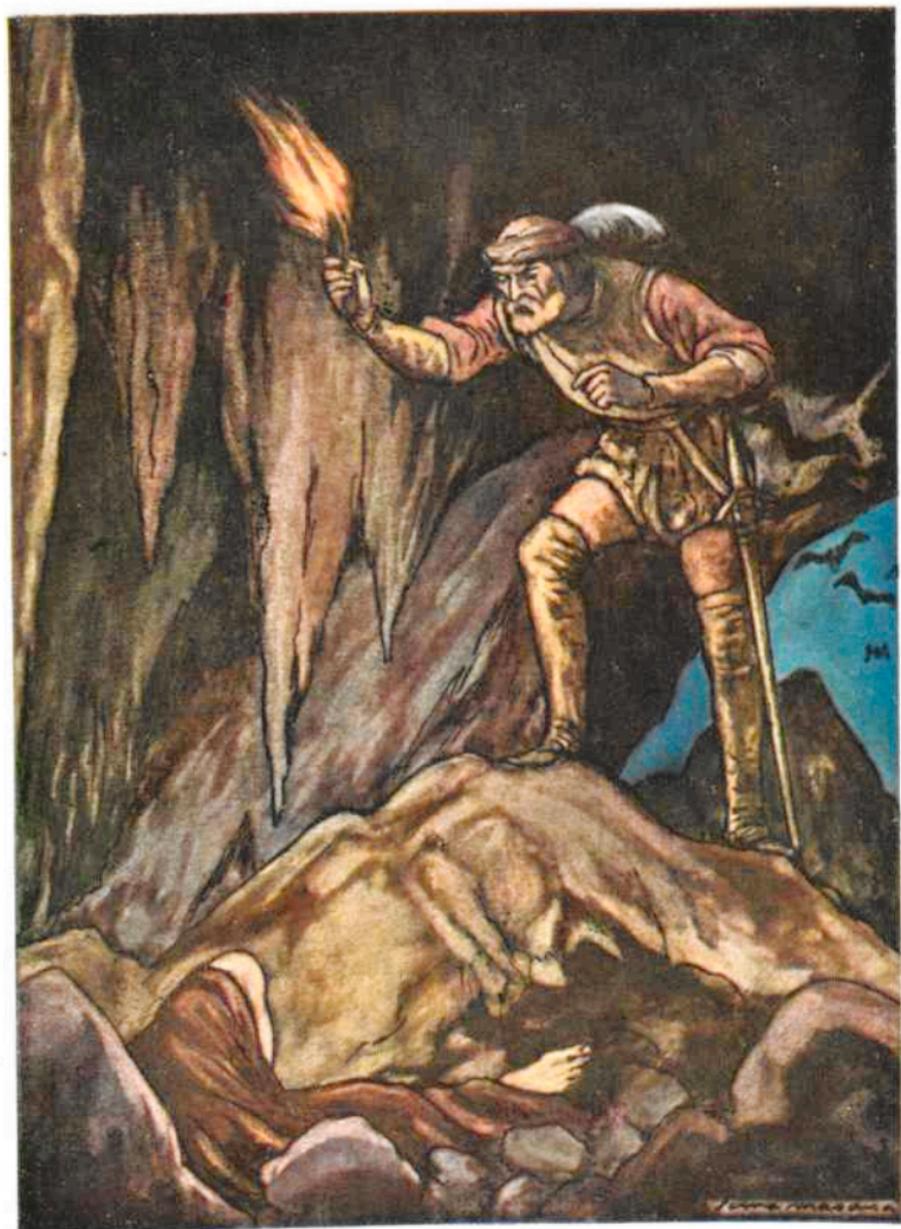
Era imposible avanzar más sin procurarse una luz. El perro seguía adelante o se detenía, de trecho en trecho, y lanzaba lúgubres aullidos.

— ¡Ira de Dios! — exclamó Ponce, casi desesperado y tirando con fuerza del pie que tenía cogido en la maleza —. ¡A ver a dónde iremos a parar!

Pero comprendió que no podía avanzar a oscuras otro paso. Dió voces al perro, para que se detuviera, y después cortó con la espada algunas zarzas secas, haciendo con ellas a modo de un hachón. Echó yesca, para encender el hacha, y, ya con luz, viendo dónde ponía los pies, mandó por delante a *Becerrico* y siguió él detrás.

No se oía otro rumor que el del viento, al meterse por las cañadas, y el furtivo de algún reptil, que se deslizaba entre los arbustos, espantado del perro y del hombre.

Por fin, llegaron a una cueva de estalactitas, antro misterioso en donde tienen su refugio las aves nocturnas,



... un grito de horror escapó de su garganta al descubrir lo que en la cueva había.



que no era la primera hallada por Ponce en Boriquen. El perro no entró en la gruta; quedóse en la puerta aullando. Pero el capitán, alumbrándose con su antorcha, se metió intrépidamente por aquella boca abierta a su curiosidad, y un grito de horror escapó de su garganta al descubrir lo que en la cueva había.

Banoa, la buena y fiel Banoa estaba allí; pero muerta. Tenía la cabeza partida, quizás por un golpe de clava, en medio de un charco de sangre todavía humeante. Ponce, estupefacto, miró en torno suyo; no vió sino a los murciélagos que revoloteaban alrededor de su cabeza y la cara de gato de un buho, acurrucado en un rincón. ¿Dónde estarían los asesinos de la india infeliz? Acaso en el fondo de aquel antro maldito; tal vez afuera, escondidos entre matorrales, como las serpientes.

Ponce de León, recobrado de su sorpresa, avanzó hacia el fondo de la gruta; pero una bandada de aves repugnantes, espantadas de la luz, le azotaron la cara con las alas, en su precipitada huída, y el bravo capitán tuvo que retroceder.

Comprendió que sería inútil, a la vez que temerario, buscar a los asesinos de Banoa. Había cerrado ya la noche, y permanecer allí por más tiempo de nada podía servirle a la muerta. Volvió, pues, sobre sus pasos y regresó al poblado con el alma inundada de tristeza. Tras

él marchó el perro, también mustio, con un palmo de lengua fuera y los ojos errantes.

Al día siguiente, algunos soldados fueron a buscar el cadáver de la india amiga, al que dieron sepultura cristiana. Jamás se supo quiénes fueron los asesinos de Banoa, no obstante haber puesto Ponce gran empeño en averiguarlo.

El veterano capitán consideró la muerte de Banoa como un acontecimiento que sólo podía augurar calamidades. Era su buena estrella apagada, desaparecida de la esplendente constelación donde cada aventurero español del Nuevo Mundo creía encontrar su sino. Se acentuaron la acrimonia y la melancolía en el humor de Ponce, que ya nunca más, aunque acometió nuevas empresas, se vió empujado por la fortuna ni se sintió asistido de aquellos bríos que, años más tarde, inspiraron a un poeta este epitafio, grabado en su sepultura:

*Aqueste lugar estrecho,
Es sepulcro del varón
Que en el nombre fué León,
Y mucho más en el hecho. (1)*

(1) Esta es la versión al castellano del texto original, que se escribió en latín y dice:

*Mole sub hac fortis requiescunt ossa Leonis
Qui vicit factis nomina magna suis.*

EPÍLOGO

Han pasado algunos años desde que acontecieron los hechos que se dejan narrados en el capítulo anterior de esta verídica historia. Nos es necesario dar un salto, en el tiempo, y trasladarnos a 1521. El lugar de la acción ya no es tampoco Puerto Rico, ni La Florida ni siquiera la tierra, tan arduosamente buscada, de Biminí; nos encontramos ahora en la isla de Cuba, donde los españoles tienen establecidas otras colonias florecientes.

En una casa hecha de obra de fábrica, que tiene en la fachada a modo de una galería, para protegerla del sol, terrible en estas tierras, que parecen de fuego, encontraremos a dos antiguos conocidos.

La puerta de la casa está abierta de par en par. Entremos sin cuidado, diciendo solamente: "¡Ave María!" o "¡A la paz de Dios!"

En la casa, espaciosa y distante del poblado, aislada en medio de los campos opulentos, reina un silencio profundo. Sin embargo, hay gente en el zaguán: cinco o seis hombres con facha de soldados, que esperan descansando

en sendos taburetes y fijan en el suelo la vista, como si les agobiara una pesadumbre moral.

Veamos lo qué ocurre más adentro.

En la mejor dependencia, una gran sala-dormitorio, con amplios ventanales abiertos al Norte y a Poniente, hay una cama, donde aparece postrado un enfermo. La cama es de tablas, montada sobre caballetes, y tiene un duro colchón de pelote. Pendiente de la pared, sobre la cabecera de la cama, hay un Santo Cristo, y cuelga del respaldo de una silla, próxima también a la cabecera, una enorme espada de gavilanes con su correspondiente tahalí.

El enfermo es un anciano de barba muy canosa y muy revuelta. En su rostro, blanco como la cal de las paredes de la alcoba enjabelgada, comienza a perfilarse la mascarilla de la muerte. Respira con esfuerzo, en la lucha suprema de la agonía, y tiene los ojos abiertos, pero inmóviles y tal vez ya insensibles a la luz.

Un fraile gerónimo murmura sus oraciones, junto a la cama, apagada su musitación por el estertor del moribundo. Tiene las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza levantada, para mejor dirigir su plegaria al Rey de los Cielos.

Al otro lado del lecho, llora una india vestida de cristiana y puesta de hinojos; más lejos, apartados a un

rincón, dos hombres jóvenes todavía, muy apuestos los dos, se mantienen de pie y en silencio, dirigiendo furtivas miradas ora al fraile, ora a la mujer plañidera, ora al anciano que agoniza.

Uno de estos dos hombres es el dueño de la casa; el otro se considera el mejor amigo del moribundo y se llama Juan Pérez de Ortubia. El viejo postrado, que parece a punto de exhalar el último aliento, es Ponce de León, el famoso capitán.

La agonía del anciano es lenta. El fraile se aparta del lecho para acercarse a los dos hombres que han permanecido en un rincón, a quienes ruega, en voz baja, que esperen afuera. Salen de la alcoba el amo de la casa y el oficial Pérez de Ortubia, andando de puntillas, por respeto al dolor y a la muerte.

En el zaguán, los soldados que esperaban allí se levantan prestamente de sus taburetes e interrogan con la mirada.

— Quizás llegue a la noche — dice el amo de la casa —; pero se muere sin remedio.

Pérez de Ortubia suspira con la fuerza del fuelle de una fragua; luego, con un pañuelo blanco, se limpia el sudor que le corre, abundante, por la frente y las mejillas.

— Os conviene refrescar — observa el amo de la casa, dirigiéndose al oficial —. Sentémonos ahí, a la sombra del

pórtico, y nos traerán agua de coco... o vino, si lo preferís al agua.

Ortubia declara preferir el agua fresca del coco al vino ardiente de España, y va a sentarse junto a una mesa dispuesta bajo la cubierta exterior del edificio. Le imita su acompañante, después de haber dado a un criado indio las órdenes oportunas para que les traigan algunos cocos verdes y un par de vasos.

Momentos después, mientras el indio esclavo abre los cocos con un hacha y escancia su agua deliciosa y fresquísima en los vasos de barro cocido, el amo de la casa y el oficial Ortubia hablan del capitán moribundo. Los soldados acercan sus taburetes a la puerta y aguzan el oído.

— ¿Decíais que antes le mata la tristeza del alma que la herida del muslo? — pregunta a Pérez de Ortubia su compañero de mesa.

El oficial, después de apurar el agua de su vaso y de secarse los labios con el dorso de la mano, lanza otro gran suspirón y dice:

— Desde la vuelta de nuestro primer viaje a La Florida, el capitán comenzó a ponerse mustio; cambió de tálante y apenas ha hecho, desde entonces, cosa que esté a la altura de su valor. No era hombre que se dejara abatir cuando se le mostraba contraria la fortuna; cien veces

perdió todo su caudal en empresas desgraciadas, y otras cien veces volvió a ser rico. No he conocido capitán más animoso ni más valiente. Pero después que asesinaron a la india Banoa, una buena mujer que le servía con la fidelidad y la mansedumbre de un perro, dió en decir que se sentía vencido y acabado; se le agrió el humor; perdió ardimiento, y aunque luego quiso rehacerse y emprendió nuevos negocios, ya siempre más tuvo a la suerte de espaldas y no dió un paso que no le resultara un tropezón.

— Me habían dicho que, cuando estuvo en España, alcanzó del rey grandes honores — observa el que tiene de huésped, muriéndose en su propia alcoba, al caducado capitán.

— Así es la verdad como estamos ahora esperando su muerte de un momento a otro — afirma Ortubia, suspirando de nuevo y ponderando la gravedad de sus palabras con movimientos de cabeza que indican el hondo pesar que le produce el mal irremediable de su viejo amigo —. Ponce de León se marchó a España a dar cuenta al rey de sus descubrimientos, y fué bien recibido en la corte. Dicen que algunos cortesanos, demasiado sabios o demasiado necios, se burlaron de él por haber creído los mentidos milagros de la fuente encantada; mas, por un lado, el capitán, que de nadie aguantaba burlas, y, por otro lado,

el rey, que supo estimar justamente los servicios de Ponce, pusieron freno a las malas lenguas.

En esto se acerca un soldado de los que han estado escuchando con gran atención, desde la puerta, y dice al oficial:

— Si me lo permitís, os diré que todavía son muchos los españoles aquí establecidos para quienes es tan cierto el poder milagroso de la fuente encantada, como es la verdad que nos está Dios mirando.

— No blasfeméis — protesta Ortubia, arrugando el entrecejo — ni volváis a cortarme la palabra. Yo puse siempre en duda que pudiera el agua devolver la juventud a los viejos; pero sé que lo creían, en España, los mismos que después se burlaron de Ponce de León. Por mi honor os juro, que andaría a estocadas, muy a gusto, con todos esos sabihondos de la corte que ahora dicen no creer en la fuente.

¡Voto a San Pedro y a todos los Santos Apóstoles!
¡Buenos lances habría yo tenido en Castilla, si hubiese acompañado al capitán!

Da Ortubia, al decir esto, un fuerte puñetazo en la mesa. Luego se bebe, de un trago, otro vaso de agua y continúa su interrumpida narración, añadiendo:

— El rey nombró a Ponce adelantado de Biminí y La Florida, invitándole a que conquistara aquellas tierras

con soldados alistados en España y en las Indias. Tengo entendido que no le quedaba a Ponce dinero para una empresa tan costosa, y tuvo que dejarla para más tarde. En cambio, pudo armar una escuadra de tres carabelas, con ayuda del rey y su Consejo, para perseguir a los indios caribes, terror de estas islas. Todos sabéis que no le acompañó la fortuna. Hace ya seis años que nos metimos en ese mal negocio. Anclamos en la isla de Guadalupe y desembarcaron algunos hombres para hacer provisión de agua y leña; también se mandó a tierra a unas cuantas mujeres con la misión de lavarnos la ropa... ¡Ira de Dios! Los caribes mataron a nuestros hermanos y se los comieron después. A las mujeres lleváronselas al monte. Y Ponce volvió a recordar la muerte de la india Banoa y a creer que se había apagado para siempre su buena estrella. Renunció a la empresa de vencer a los caribes, que hubo de llevar adelante otro capitán, y aceptó el cargo de gobernador de Puerto Rico, donde le vimos envejecido, triste y malhumorado, los mismos que antes le tomábamos por espejo de capitanes esforzados, animosos y risueños. No recuerdo cambio más sorprendente ni que pudiera producir mayor pena. Ponce de León perdió toda la gracia de su trato, que tantos amigos le valiera en otro tiempo. Por no tener a nadie a su lado, no tenía ni siquiera a su valiente perro *Becerrico*, que murió a causa de una flecha envene-

nada, como muere hoy su amo, lanzada por un caribe. Por fin, un día quiso Ponce volver a La Florida, a conquistar aquel hermoso país, y ya veis cuál ha sido su suerte: viene mal herido a vuestra casa, a rendir su alma al Todopoderoso. ¡Se ha cumplido el destino! Desde que asesinaron a Banoa, Ponce de León no ha hecho sino caminar hacia el sepulcro.

Hay una larga pausa. Ortubia recoge, con la yema de los dedos, dos rebeldes lagrimones que le iban a saltar de los ojos al pelo de la barba. No recuerda, desde su niñez, que se le hubiese enturbiado la vista con la súbita aparición de aquel humor acuoso, ni sospechaba que los hombres valientes pudieran llorar.

También se sienten conmovidos el amo de la casa y los soldados. El primero pregunta:

— ¿Y cómo fué que hirieron al capitán?

— ¡Una flecha loca! — contesta Pérez de Ortubia —. Ya os tengo dicho que la flecha, aunque envenenada, no hubiera bastado por sí sola a matar a Ponce de León, si no llevara ya el capitán la muerte en el alma. Al verse con un muslo sangrando y al sentir el efecto del veneno en las entrañas, consideró desbaratada la empresa de conquistar La Florida. Este último desengaño ha sido, para él, el peor de los venenos.

— ¡Lástima de hombre! — exclama el amo de la

casa —. Sólo Cristóbal Colón y ahora Hernán Cortés alcanzaron mayor fama.

— Ningún otro capitán le adelantó en arrojo ni en conocimiento de la guerra — observa un soldado.

— No he conocido jamás hombre más fiel a la amistad ni más constante en la obligación — recuerda Ortubia.

— Los indios le temían; los españoles le respetaban. Para los leales, era blando como el pan tierno; para los traidores, su rigor era temible como el rayo — dice otro soldado, subrayando las últimas palabras con un enérgico movimiento de su brazo.

— No le olvidarán los que escriban la Historia de los descubrimientos y conquistas que hemos hecho aquí los hombres de Castilla — afirma Ortubia.

Los soldados, insensiblemente, se han ido levantando uno tras otro y acercándose a la mesa, en torno de la cual permanecen ahora, puesto el pensamiento en las campañas y hechos famosos de Ponce de León. En la puerta, estorbando el paso, han quedado abandonados los taburetes.

Viene el fraile gerónimo, que antes estuvo murmurando preces junto a la cama del moribundo, y aparta los banquillos de la puerta, con suave lentitud y sin el más leve rumor. Ningún hombre de los que se encuentran bajo el pórtico, se ha percatado de su presencia. Y el fraile, una vez ha distanciado del umbral los taburetes, perma-

nece allí unos instantes, mirando en silencio el grupo que forman los soldados con Pérez de Ortubia y el amo de la casa. Luego junta las manos y pronuncia, con voz dulce de arcángel, estas palabras:

— Hijos míos, vuestro capitán no es ya de este mundo. ¡Rezad por su alma!

Todos han vuelto la cara con movimiento súbito. El fraile, sin añadir nada más a lo dicho, se adentra otra vez en la casa, y los otros le siguen los pasos también en silencio. Las caras han palidecido; en los labios de Ortubia se advierte un ligero temblor.

Entran en la alcoba y dirigen al lecho los ojos, que reflejan emoción y piedad. Todo está igual que estaba: el fraile se ha puesto a rezar nuevamente junto a la cama; al otro lado, de rodillas, continúa sollozando una india joven, vestida como las mujeres cristianas. Sobre la cabecera, el Santo Cristo abre sus brazos redentores. Del respaldo de una silla próxima, cuelgan la espada de gavi-lanes y su tahalí.

Tan sólo un cambio se puede observar, no muy perceptible al primer momento; pero, en realidad, transcendental: aquel ronquido rítmico y constante del moribundo, ha cesado. Diríase que el capitán Ponce de León, cuyo rostro tiene el color de la cera, ha podido al fin descansar.

Así es, en efecto. Mientras los soldados y el amo de la

casa se arrodillan, Pérez de Ortubia avanza, con paso decidido, hasta ponerse al lado del fraile, y cierra los ojos del muerto con mano temblorosa.

— ¡Descansa en la paz del Señor! — dice.

Y el fraile repite en latín:

— *¡Requiescat in pace!*

INDICE

	<u>Págs.</u>
I. — Una aventura vulgar	5
II. — De Palacio a la herrería	31
III. — La isla de San Juan	52
IV. — Historia de un año	69
V. — Las aves agoreras.	87
VI. — Andanzas de Juan González y muerte de don Cristóbal de Sotomayor	107
VII. — La guerra	131
VIII. — La fuente encantada.	155
IX. — Descubrimiento de La Florida	177
PRÓLOGO	203

PUBLICACIONES ESCOLARES Y VULGARIZACIÓN DE CONOCIMIENTOS

Cartilla. E. Homs. Método moderno de lectura; un tomo encuadernado, con profusión de ilustraciones.

Primer libro de lectura. Un tomo ilustrado.

Segundo libro de lectura. Un tomo ilustrado.

Tercer libro de lectura. Un tomo ilustrado. Serie graduada de verdaderos documentos culturales.

Escritura Práctica Norteamericana. E. Homs. Colección de diez cuad. ilustrados.

Caligrafía Inglesa. Colección de ocho cuadernos ilustrados.

Geografía Física y Astronómica. Libro I. Un tomo ilustrado.

Geografía Universal. Libro II. Un tomo ilustrado.

Geografía de España y Portugal. Libro III. Un tomo con magníficas ilustraciones.

Cuadernos Geográficos. Con mapas mudos destinados a trabajos gráficos y estadísticos.

Gráficas de Geografía. Tres cuadernos. Cada página va dispuesta para trazar gráficas comparativas.

Gramática Castellana. M. de Montoliu. Tres tomos graduados, compuestos a base de la estructura del lenguaje.

Aritmética. J. Palau. Tres tomos graduados, ilustrados, compuestos según la más mo-

derna técnica de la enseñanza de esta materia.

Aritmética Mercantil. J. Palau. Un tomo. Contiene todos los problemas que se presentan en la vida de los negocios.

Geometría. (Estudio de las formas.) J. Palau. Un tomo. Magníficas ilustraciones. Las formas vivas, el cálculo aritmético, el dibujo, etc., están asociados en esta obra.

Urbanidad. Condesa del Castellá. Un tomo. El trato social se estudia en esta obra de un modo atractivo.

Geografía Humana. H. J. y F. D. Herbertson. Un tomo con magníficas ilustraciones. Exposición clara de las relaciones que existen entre la actividad humana y la Geografía física.

Estudio experimental de algunos animales que se encuentran en la casa, en el jardín o en el campo y en la granja. J. Palau. Un tomo ilustrado. Esta obra debe considerarse como una introducción a la Zoología.

Estudio experimental de la vida de las plantas. G. F. Atkinson. Un tomo profusamente ilustrado. Esta pequeña obra maestra constituye una introducción a la Botánica.

Sinónimos. Un tomo. Repertorio de palabras usuales castellanas de sentido análogo, semejante o aproximado.

Romancero Castellano. Al alcance de los jóvenes. Un tomo con ilustraciones en color.

Dibujo Elemental. C. B. Nualart. Colección de nueve cuadernos. Muy a propósito para iniciar en el dibujo a los niños.

Vidas de Grandes Hombres. Con magníficas ilustraciones. Tomos publicados: *Julio César, Alejandro Magno, Cervantes, Napoleón, Jaime I el Conquistador, Gonzalo de Córdoba (El Gran Capitán), Cristóbal Colón, Stephenson, Franklin, Dante, Livingstone y El Cid Campeador.*

Flos Sophorum. E. d'Ors. Ejemplario de la vida de los grandes sabios. Un tomo ilustrado.

Cuentos vivos. Apeles Mestres. Serie primera. Un tomo. Serie segunda. Un tomo.

La educación del ciudadano. J. Palau Vera. Un tomo. Magníficas ilustraciones. Contiene gran número de ejercicios prácticos y la parte teórica está desarrollada con un amplio criterio moderno.

Economía Doméstica. Adelina B. Estrada. Un tomo profusamente ilustrado con láminas en color. En él se hallan todos los conocimientos que en este ramo debe poseer la mujer para el mejor desempeño de su elevada misión en el hogar.

TRABAJOS MANUALES

Ejercicios de Geografía. Colección de mapas dispuestos para recortar y pegar.

El Secreto de los colores. Trabajo manual e instructivo al mismo tiempo.

La Tejedora. Colección de modelos para tejer tiras de papel que están dispuestas para ello.

El bordado de Bebé. Colección de cartulinas perforadas, muy útiles para iniciarse en el bordado.

JUGUETES INSTRUCTIVOS

El Teatro de los Niños. C. B. Nualart. Juguete educativo. Escenarios; varios modelos para todas las fortunas. Obras completas para representar. Se han publicado las siguientes, en dos actos: *El Mercader de Venecia, El Alma de las ruinas, La Vuelta al hogar, Los Lobos del mar, Violeta, El Tesoro del Rajá, La Ciencia más que el poder, El Hacha maravillosa, La Fierrecilla domada, La Leyenda de San Jorge, La Madre, Caperucita azul* (del insigne literato D. Antonio Zozaya), *¡Viajeros al tren!, Sancho Panza, gobernador, No sedís ambiciosos y El triunfo de la bondad.* En tres actos: *La Estrella de los Reyes Magos.*

Mi Pueblo. C. B. Nualart. Juguete interesantísimo e instructivo. Un pueblo que se organiza a voluntad. Consta de más de 200 piezas diferentes.

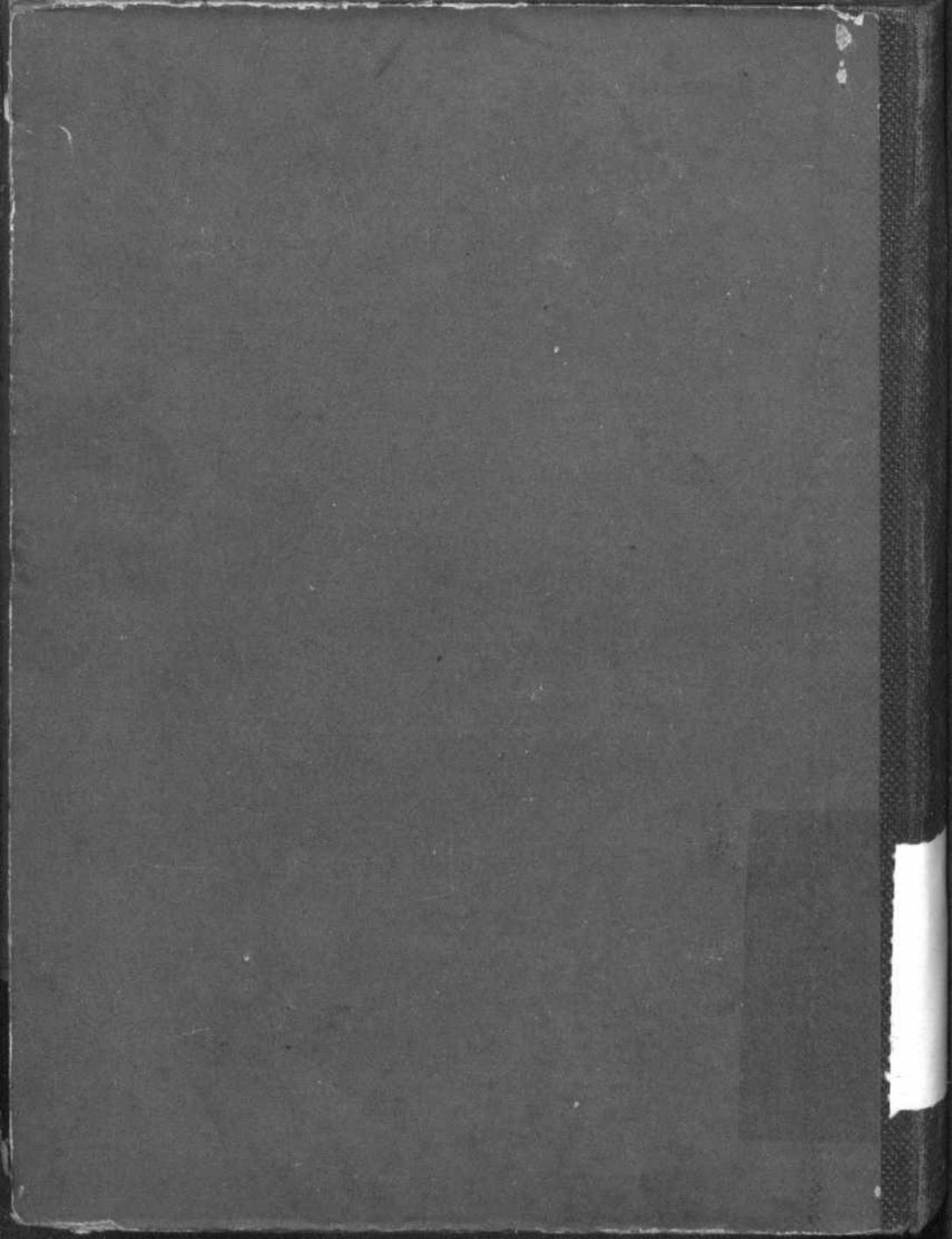
Pídase nuestro Catálogo General



S. A. INDUSTRIAS GRÁFICAS



SEIX & BARRAL HERMS.



G 31873